

LAFCADIO HEARN

虎胆龍威
第一卷
58



KWAIDAN



Lectulandia

KWAIDAN es una recopilación de CUENTOS FANTÁSTICOS DEL JAPÓN, relacionados en su mayoría con el más allá, la reencarnación o el karma. Su última parte, dedicada a algunos insectos (mariposas, mosquitos, hormigas) sintetiza con exquisita sensibilidad las supersticiones y creencias japonesas en torno a dichos animales, así como sus atribuciones culturales.

Lectulandia

Lafcadio Hearn

Kwaidan

El ojo sin párpado 9

ePub r1.3

XZAR 07.01.15

Título original: *Kwaidan*
Lafcadio Hearn, 1903
Traducción: Carlos Gardini
Retoque de cubierta: XZAR

Editor digital: XZAR
ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com

NOTA PRELIMINAR

El crítico norteamericano Malcolm Cowley ha visto en Lafcadio Hearn al escritor de lengua inglesa más comparable a Hans Christian Andersen o los hermanos Grimm. Ese título, conferido en virtud de la capacidad para recopilar atractivas leyendas folklóricas y luego verterlas a un límpido lenguaje literario, supone un elogio preciso y nada desdeñable. Vale la pena consignar, siquiera brevemente, los azares biográficos del hombre que lo mereció.

Lafcadio Hearn nació en 1850 en la isla jónica de Santa Maura (antiguamente Leucas o Lefkada, de donde proviene el nombre del escritor); su madre era griega, de ascendencia maltesa; su padre era un médico del ejército británico. Se educó en Dublín, con preceptores privados, y en Yorkshire y en Francia, en colegios jesuitas. En 1869 se trasladó a los Estados Unidos, donde se inició en el periodismo y más de una vez estuvo a punto de morir de hambre; en esa época, Hearn cultivaba una escritura florida de la que más tarde aprendió a arrepentirse. En Cincinnati contrajo matrimonio con una negra, con quien cohabitó durante dos años en un hogar lamentable; en 1877 se separó de ella y pasó a Nueva Orleans; más tarde viajó a las Indias Occidentales Francesas y finalmente a Nueva York, siempre perseguido por el fantasma de la miseria económica, al que pudo combatir gracias a la peculiar tenacidad que caracterizaba a este hombre miope, tímido y pequeño. En 1889, enviado por la Harper & Brothers, viajó al Japón para cumplir ciertos encargos editoriales; lidiaba continuamente con los editores, que al fin lo abandonaron a sus propios recursos. Hearn se alistó como profesor de inglés en las escuelas gubernamentales de Matsue. En 1896 adoptó la ciudadanía japonesa, con el nombre de Koizumi Yakumo. Murió en 1904, en Tokio, y sus cenizas fueron sepultadas tras una ceremonia budista.

Hearn es autor de *Stray Leaves from Strange Literature* (1884), una recopilación de fábulas y leyendas; *Gombo Zhêbes* (1885), una colección de proverbios criollos de la América francesa; *Some Chinese Ghosts* (1887), elaboradas transcripciones de leyendas chinas; *Chita* (1888) y *Youma* (1890), dos novelas cortas; *Two Years in the French West Indies* (1890), que refleja experiencias vividas en la Martinica; también realizó numerosos artículos periodísticos y traducciones de Pierre Loti, Théophile Gautier y Gustave Flaubert. Pero su obra más atractiva y perdurable es sin duda la que surgió de su contacto con el Japón; ésta abarca ensayos generales sobre la cultura japonesa, impresiones de viajes, comentarios sobre poesía culta y popular, cuentos fantásticos que traducen antiguas leyendas, cuentos curiosamente realistas (especies de *moeurs de province*), apreciaciones sobre la crisis histórica vivida por el Japón de la era Meiji, sobre los peligros de la industrialización y sobre los eventuales conflictos con Occidente, vagas reflexiones filosóficas signadas por la presencia de

Herbert Spencer, a quien admiró sin reservas y citó con abundancia: *Glimpses of Unfamiliar Japan* (1894), *Out of the East* (1895), *In Ghostly Japan* (1899), *Shadowings* (1902), *A Japanese Miscellany* (1901), *Kotto* (1902), *Japan: An Attempt at Interpretation* (1904), y, publicadas en un volumen después de su muerte, *The Romance of the Milky Way and Other Studies and Stories* (1905), *Kotoro* (1906).

Hearn enseñó en Matsue, Kumamoto, Kobe y Tokio, en cuya universidad fue profesor de literatura inglesa de 1896 a 1903. Pese a las dificultades que le planteó la sociedad japonesa, Hearn halló en su país de adopción un círculo de afecto que había ignorado en el mundo angloamericano. Alguna vez se comparó a un hombre salido de la cárcel o a una prostituta, a esas criaturas eternamente perseguidas por la sociedad, la Iglesia y la opinión pública. En este nuevo mundo, Herun-San, como lo llamaban sus allegados japoneses, despertó la entrañable curiosidad de profesores y alumnos, e incluso fundó una familia casándose con la hija única de un samurai en decadencia; ésta habría de darle tres hijos varones y una mujer.

En sus épocas de periodista, Hearn había adaptado fábulas y leyendas exóticas. Su vida en Japón acaso fue la cristalización de esas fábulas y leyendas; contemplada retrospectivamente, su llegada a Oriente parece más una elección deliberada que un azar del destino.

Son interesantes, al respecto, las primeras impresiones producidas por dicha llegada, según las describe el mismo Hearn:

«Todo es típico de un país de duendes, pues todas las cosas y las personas son pequeñas y extrañas y misteriosas: las casitas con sus techos azules, los frentes de los comercios pintados de azul, y la gente pequeña y sonriente con sus atuendos azules. Sólo algún peatón ocasional, un alto extranjero, quiebra esa ilusión, así como también diversos anuncios redactados en absurdos remedos del inglés. Tales discordancias, sin embargo, sólo sirven para enfatizar la realidad, jamás menoscaban la fascinación ejercida por esas calles graciosas y diminutas».

Luego añade, en el mismo artículo:

«Ésta es por cierto la realización, para las imaginaciones nutridas en el folklore inglés, del viejo sueño de un Mundo de Elfos».

Tal es la impresión recogida bajo «el blanco y tenue sortilegio del sol japonés», *the white soft witchery of the Japanese sun*. Ese sortilegio inicial luego se disiparía

para dar paso a una visión más íntima y penetrante, aunque no menos fascinada, de la cultura de su país de adopción. No sé hasta qué punto Lafcadio Hearn haya enfatizado rasgos tradicionales que por cierto despertaron su predispuesto fervor: un extranjero entusiasta suele sobrevalorar aspectos que el nativo pasa por alto o desdén; pero sus ensayos no carecen de agudeza y, si bien pueden exagerar ciertos aspectos, cuentan con el privilegio de la devoción.

Hearn procuró comprender la poesía de ese país, pero también sus leyendas, mitos y supersticiones, sin las cuales esa poesía resultaba un fenómeno opaco e incomprensible para el occidental. Deploró con nostalgia las nuevas opresiones que suponía la industrialización del Japón, y previó o vislumbró los conflictos que inevitablemente distanciaban a culturas de configuración diversa:

«Quizá el Japón —escribía en 1896— recuerde con más amabilidad a sus maestros extranjeros en el siglo xx. Pero jamás sentirá hacia Occidente, como sintió hacia China hasta antes de la era Meiji, el respeto reverencial que el hábito instauro hacia un guía adorado; pues la sabiduría de la China fue buscada voluntariamente, mientras que la occidental le fue impuesta por la violencia. El Japón contará con sus propias sectas cristianas, pero nunca recordará a los misioneros ingleses y norteamericanos como hoy recuerda a esos grandes sacerdotes chinos que lo educaron en su juventud. Y no conservará reliquias de nuestra estada escrupulosamente envueltas en séptuples mantos de seda, preservadas en exquisitas cajas de madera blanca, porque no le hemos ofrecido ninguna lección de belleza, no hemos sabido apelar a sus emociones».

Su labor en la docencia universitaria le reveló otros aspectos del contraste que separaba dos mundos de difícil conciliación. Poemas occidentales de lectura diáfana presentaban a los estudiantes japoneses arduos problemas de comprensión; un verso de Tennyson que nosotros juzgamos de indiscutible sencillez (*She is more beautiful than day*, «es más bella que el día») suponía inaccesibles obstáculos: la analogía entre la belleza del día y la belleza de una mujer, explica Hearn, excede las pautas de comprensión de un oriental, que ve en ello, al fin y al cabo, un exceso de antropomorfismo sentimental típico de nuestra cultura; nuestras metáforas y alegorías, comenta Hearn, citando al erudito profesor Chamberlain, resultan incomprensibles en el Lejano Oriente: la lengua del Japón, cuyos sustantivos no tienen género, cuyos adjetivos no tienen grados de comparación, cuyos verbos no tienen personas, manifiesta hasta qué punto está arraigada la ausencia de personificación, que inclusive obstruye el uso de sustantivos neutros combinados con verbos transitivos. Esa ausencia de personificación fascina al autor de *Kwaidan*, que

aventura que quizá nuestras facultades estéticas se hayan desarrollado en forma unidireccional y errónea; hemos feminizado la naturaleza y somos incapaces de comprenderla.

«Sólo puedo arriesgar algunas observaciones generales. Creo que este arte maravilloso afirma que, de los múltiples y varios aspectos de la naturaleza, son los asexuados los que no admiten ser contemplados antropomórficamente, los que no son masculinos ni femeninos, sino neutros e innominables, los que el japonés adora y aprehende con más profundidad. Él ve en la naturaleza cosas que durante milenios nos han sido invisibles; y ahora estamos aprendiendo de él aspectos de la vida y bellezas de la forma para las que antes éramos ciegos. Al fin hemos descubierto, para nuestro asombro, que este arte —pese a las dogmáticas afirmaciones que oponga el prejuicio occidental, y pese a la extraña impresión de irrealidad que nos produzca al principio— no es jamás una mera creación de la fantasía, sino una verdadera reflexión sobre lo que ha sido y será: hemos reconocido, pues, que contemplar esos estudios sobre la vida de los pájaros, la vida de los insectos, la vida de las plantas y la vida de los árboles, es, ni más ni menos, una magnífica iniciación en el arte».

Pájaros, insectos, plantas y árboles desempeñan un papel singular en las leyendas japonesas que Lafcadio Hearn reprodujo con lacónica exquisitez: son el centro de inspiración de esas fábulas pobladas por formas sujetas a perpetuas metamorfosis, ya impregnadas por la atmósfera siniestra que irradian criaturas reencarnadas en seres detestables, ya iluminadas por el etéreo resplandor que exhala Horai, el mágico país de las hadas.

Esas leyendas llegaron a Hearn mediante múltiples cauces. En el prólogo a la edición inglesa de *Kwaidan*, publicado en 1904 por Houghton Mifflin Company, aclaraba el autor:

«Muchos de los siguientes Kwaidan, o cuentos fantásticos, provienen de antiguos libros japoneses, como el Yasō-Kidan, el Bukkyō-Hyak-kwa-Zenshō-Kokon-Chomosū, el Tama-Sudaré y el Hyaku-Monogatari; algunos de estos relatos son de origen chino, entre ellos, el notable “Sueño de Akinosuké”. Pero el narrador japonés, en cada caso, supo reformarlos y transmutarlos de tal manera que parecen locales. Uno muy curioso, «Yuki-Onna», fue referido por un labrador llamado Nishitamagōri, de Chōfu, provincia de Mushashi, y decía que era una leyenda de su comarca natal. Ignoro si está escrito en japonés, pero las creencias extraordinarias reflejadas en dicho cuento por cierto existían en el Imperio de los Hijos del Sol, y en

formas muy diversas. El incidente de “Riki-Baka” fue un hecho y una experiencia personal, y lo narro casi con fidelidad absoluta, cambiando apenas un nombre familiar mencionado por el narrador japonés».

A veces, eran sus alumnos quienes le referían las leyendas, o su esposa quien se las leía de libros antiguos.

En todos los casos, Lafcadio Hearn supo verterlas a una prosa inglesa cuyos rasgos distintivos son la sonoridad y la transparencia, y que contrasta notablemente con sus escritos de épocas anteriores, deliberadamente alambicados y no siempre eficaces. Aunque juzguemos a Hearn un *minor writer*, dispone de virtudes que merecen nuestra atención: la claridad, la precisión y el dominio de la progresión narrativa, logradas gracias a una denodada búsqueda estilística que al fin desembocó en una afortunada sencillez. Tal sencillez es ideal para la redacción de fábulas cuya textura simbólica puede ser compleja pero cuyo desarrollo es lineal.

«*Maléficos vientos del Oeste arrecian sobre Horai, y disipan, ay, esa atmósfera mágica*, leemos hacia el final de *Kwaidan*. Si el talento de Lafcadio Hearn tenía límites inmediatos, juzguemos esa limitación como un hecho favorable, pues ella impedirá que se disipe la saludable atmósfera mágica que él supo rescatar de múltiples textos anónimos. Talentos más abarcadores quizá no hubiesen emprendido la modesta aunque dificultosa tarea de apropiarse de un mundo ajeno y de conferir solidez a sus trazos evanescentes.

CARLOS GARDINI

LA HISTORIA DE MIMI-NASHI-HŌICHI

Hace más de setecientos años, en Dan-noura, en las gargantas del Shimonoséki, se libró la última batalla de la larga contienda entre los Heiké, o clan Taira, y los Gengi, o clan Minamoto. Allí fueron exterminados los Heiké, con sus mujeres y sus niños, y su pequeño emperador, hoy recordado como Antoku Tennō. Y hace más de setecientos años que el mar y la costa están encantados... En otra parte me he referido a los extraños cangrejos de mar, llamados cangrejos Heiké, que lucen rostros humanos en el lomo y que son, según se dice, los espíritus de los guerreros Heiké ^[1]. En esa costa se ven y se oyen cosas muy raras. En las noches sin luna, millares de fuegos espectrales aletean en la playa, o relumbran sobre el oleaje, pálidas luces que los pescadores llaman *Oni-bi*, o fuegos demoníacos; y, cuando los vientos se enardecen, profusos alaridos provienen del mar, semejantes al clamor de una batalla.

En otra época, los Heiké ignoraban el sosiego mucho más que ahora. Por las noches, se subían a las naves que cruzaban sus dominios e intentaban hundirlas; y jamás dejaban de acechar a los nadadores para arrastrarlos consigo. Para aplacar a esos muertos se construyó el templo budista, *Amidaji*, en Akamagaséki ^[2]. Junto a él, cerca de la playa, se levantó un cementerio, poblado por monumentos cuyas inscripciones evocan los nombres del emperador ahogado y de sus grandes vasallos; y allí realizábanse regularmente ceremonias budistas consagradas a esos espíritus. Edificado el templo, erigidas las tumbas, los Heiké ya no inquietaron a los vivos con tanta frecuencia; mas no cesaron, ocasionalmente, de hacer cosas raras, que demostraban que aún no habían hallado la paz perfecta.

Hace algunos siglos vivía en Akamagaséki un ciego llamado Hōichi, famoso por su destreza en la declamación y en la ejecución del *biwa* ^[3]. Le habían enseñado su arte en la infancia, y en la juventud ya superaba a sus maestros. Como *biwa-hōshi* profesional, debía ante todo su fama a la exposición que hacía en sus versos de la historia de los Heiké y de los Gengi; y cuéntase que cuando cantaba la canción de la batalla de Dan-no-ura «ni siquiera los duendes (*kijin*) podían contener las lágrimas».

En los inicios de su carrera, Hōichi era muy pobre; pero encontró un buen amigo que le brindó su ayuda. El sacerdote del *Amidaji* gustaba de la música y la poesía, y con frecuencia invitaba a Hōichi a tocar y recitar en el templo. Más tarde, impresionado por la maravillosa habilidad del joven, el sacerdote le propuso que se instalara en el templo, oferta que aceptó con gratitud. Una habitación del templo fue destinada a Hōichi, quien, a cambio de comida y alojamiento, no debía sino deleitar al sacerdote con su música ciertas noches que no tuviera otros compromisos.

Una noche de verano llamaron al sacerdote para realizar un servicio budista en casa de alguien que había muerto en la vecindad; él se fue con su acólito, y Hōichi quedó solo en el templo. Era una noche tórrida, y el ciego quiso refrescarse en la

veranda que había ante su dormitorio. La veranda daba a un pequeño jardín, en la parte de atrás del *Amidaji*. En ese lugar, Hōichi aguardó el regreso del sacerdote, e intentó distraer la soledad mediante la música de su *biwa*. Pasó la medianoche, y el sacerdote no aparecía. Pero como aún reinaba una atmósfera demasiado sofocante como para entrar, Hōichi optó por quedarse afuera. Al fin escuchó unos pasos que se acercaban desde la puerta de atrás. Alguien cruzó el jardín, avanzó hasta la veranda y se detuvo justo frente a él... pero no era el sacerdote. Una voz hueca pronunció el nombre del ciego, con el modo abrupto y descortés con que un samurai se dirige a un subalterno:

—¡Hōichi!

Hōichi, harto sorprendido, no supo responder al instante; y la voz lo llamó una vez más, en tono áspero y perentorio:

—¡Hōichi!

—¡*Hai*! —respondió el ciego, amedrentado por ese acento amenazador—. ¡Soy ciego! ¡No sé quién me llama!

—No hay nada que temer —exclamó el desconocido con voz más mesurada—. Estoy sirviendo en las cercanías de este templo y soy portador de un mensaje para ti. Mi actual señor, hombre de altísimo rango, está de paso en Akamagaséki, con muchos y muy nobles servidores. Deseaba contemplar el escenario de la batalla de Dan-no-ura, y hoy visitó ese lugar. Como supo de tu habilidad para recitar la historia de la batalla, desea que actúes en su presencia: de modo que tomarás tu *biwa* y me acompañarás al palacio donde aguarda la augusta asamblea.

En aquellos tiempos, difícilmente se hacía caso omiso a las órdenes de un samurai. Hōichi se calzó las sandalias, tomó su *biwa* y se fue en pos del desconocido, quien lo guió con destreza aunque obligándolo a caminar muy rápido. La mano que lo guiaba era de hierro, y el rechinar de sus pasos mostraba que estaba completamente armado... quizá fuera un centinela de palacio. El temor de Hōichi se disipó: comenzó a sospechar que era muy afortunado, pues, al recordar que el servidor le había hablado de un «hombre de altísimo rango», pensó que el señor que deseaba escucharlo no podía ser menos que un *daimyō* de la clase superior. El samurai no tardó en detenerse; y Hōichi advirtió que habían llegado ante un amplio portal... lo cual le intrigó, pues no recordaba ningún portal en esa parte del pueblo, salvo la entrada principal del *Amidaji*.

—¡*Kaimon*^[4]! —gritó el sirviente. Hubo un chirrido metálico y ambos siguieron adelante. Atravesaron un vasto jardín y se detuvieron nuevamente ante otra entrada.

—¡Acercaos! —gritó el samurai—. Traigo a Hōichi.

Entonces se sucedieron los pasos apresurados, el susurro de las mamparas, el rumor de las puertas correderas y el murmullo de las voces femeninas. Por el modo de hablar de las mujeres, Hōichi advirtió que integraban la corte de algún señor de

alcurnia, mas no pudo imaginar a qué sitio lo habían conducido. No tuvo tiempo para cavilar al respecto. Una vez que alguien lo ayudó a ascender por varios peldaños de piedra (en el último de los cuales debió dejar las sandalias), una mano de mujer lo guió por interminables y resbaladizos entarimados, lo hizo girar ante innumerables esquinas con columnas y lo llevó por pisos de esterilla cuya superficie era asombrosa por la amplitud, hasta el centro de un vasto recinto. Pensó que allí se congregaba una multitud de gente de rango, pues el susurro de la seda era semejante al sonido de las hojas de un bosque. También escuchó un denso murmullo de voces que hablaban en tono muy bajo, cuyo lenguaje era el lenguaje de las cortes.

Dijéronle a Hōichi que se acomodara a su gusto, y él descubrió que le habían preparado un almohadón. En cuanto se colocó y afinó su instrumento, la voz de una mujer —quien, según imaginó Hōichi, sería la *Rōjo*, o matrona al cargo del personal femenino— se dirigió a él con estas palabras:

—Recítanos ahora la historia de los Heiké, acompañándote con tu *biwa*.

Declamar todo el poema habría requerido muchas noches; Hōichi, por lo tanto, se aventuró a preguntar:

—Siendo la historia tan larga como es, ¿qué parte de ella desea mi augusta audiencia que le recite?

La voz de la mujer respondió:

—Recítanos la historia de la batalla de Dan-no-ura, que se destaca por su piedad^[5].

Entonces Hōichi elevó la voz y entonó el canto del combate del mar encrespado, y los sonidos de su *biwa* imitaban el chasquido de los remos y el bogar de las naves, el zumbido y el susurro de los dardos, los gritos y embates de los guerreros, el crujido del acero sobre los cascos, la caída de los cuerpos en el agua. Y cada vez que había una pausa, escuchaba voces elogiosas que murmuraban:

—¡Qué artista más maravilloso! ¡Jamás, en nuestra provincia, escuchamos cantar de ese modo! ¡No hay en todo el imperio un cantor como Hōichi!

Esto le infundió nuevos ánimos, y tocó y cantó aún mejor que antes; y le respondió un profundo susurro de asombro. Mas cuando al fin llegó al adverso destino de los hermosos y los débiles, al estremecedor exterminio de los niños y las mujeres, y al salto de muerte de Nii-no-Ama, con el heredero del trono en sus brazos, los concurrentes profirieron un grito prolongado, unánime y conmovedor, al que siguieron gemidos y sollozos tan fuertes y feroces que el ciego sintió temor ante la violencia de la pena que había suscitado, pues llantos y gemidos continuaron durante largo rato. Pero gradualmente se fueron desvaneciendo las lamentaciones; y una vez más, en el hondo silencio que imperó a continuación, Hōichi escuchó la voz de la mujer que, según él creía, era la *Rōjo*.

Ésta le dijo:

—Aunque nos habían asegurado que eras muy diestro en la ejecución del *biwa*, y que tu modo de cantar no resistía comparación, ignorábamos que alguien pudiera demostrar tanta destreza como la que esta noche nos has revelado. Nuestro señor se complace en anunciarte que está dispuesto a ofrecerte una recompensa que iguale tus méritos. Mas desea que actúes en su presencia en las seis próximas noches, al cabo de las cuales es probable que continúe su augusto viaje de retorno. Mañana por la noche, por consiguiente, debes venir aquí a la misma hora. El servidor que esta noche fue en tu busca irá a por ti... Hay otra cosa que me han ordenado que te informe. Se te requiere que a nadie menciones las visitas que nos haces durante la augusta permanencia de nuestro señor en Akamagaséki. Como él viaja de incógnito^[6], es su voluntad que nadie se entere de lo que ocurre... Ahora, estás en libertad para volver a tu templo.

Después que Hōichi hubo expresado su debida gratitud, la mano de una mujer lo condujo hasta la entrada del palacio, donde el mismo samurai que lo había traído lo aguardaba para conducirlo a casa. El servidor lo llevó hasta la veranda de la parte trasera del templo y allí se despidió de él.

Hōichi regresó casi al alba, pero nadie había advertido su ausencia, pues el sacerdote, que había vuelto a horas tardías, lo supuso dormido. Hōichi pudo descansar durante el día, y no hizo ningún comentario sobre su extraña aventura. A la medianoche siguiente, el samurai volvió en su busca y lo condujo ante la augusta asamblea, ante la cual Hōichi volvió a actuar con el mismo éxito que había obtenido la noche anterior. Pero, durante esta segunda visita, accidentalmente descubrieron su ausencia en el templo; y cuando regresó al amanecer el sacerdote requirió su presencia y le dijo, en un tono de afable reconvención:

—Nos has causado gran ansiedad, amigo Hōichi. Salir, a ciegas y a solas, a horas tan avanzadas, es peligroso. ¿Por qué te fuiste sin avisarnos? Pude poner un sirviente a tu disposición. ¿Y dónde has estado?

—¡Perdonadme, querido amigo! —respondió evasivamente Hōichi—. Hube de atender un asunto particular y no pude hacerlo a otras horas.

La reticencia de Hōichi asombró al sacerdote antes de mortificarlo: esa actitud le pareció poco natural y despertó su suspicacia. Temió que algún espíritu maligno hubiese embrujado o engañado al joven ciego. No formuló más preguntas, pero privadamente impartió instrucciones a los servidores del templo para que vigilaran los movimientos de Hōichi y lo siguieran en caso de que él volviera a alejarse durante la noche.

A la noche siguiente observaron que Hōichi volvía a dejar el templo; los sirvientes encendieron las lámparas y lo siguieron. Pero era una noche lluviosa y muy oscura, y antes de que los sirvientes pudieran llegar al camino, Hōichi había desaparecido. Era obvio que había caminado con gran rapidez... un hecho

asombroso, teniendo en cuenta su ceguera, pues el camino estaba en pésimas condiciones. Los hombres se apresuraron a internarse en las calles y a preguntar en todas las casas que Hōichi solía frecuentar; sin embargo, nadie lo había visto. Finalmente, mientras regresaban al templo por el camino de la costa, los sorprendió el sonido de un *biwa*, ejecutado con tenacidad en el cementerio de *Amidaji*. A excepción de algunos fuegos fatuos —habituales en ese lugar en las noches tenebrosas—, no había en esa dirección sino espesas penumbras. Pero los hombres, sin vacilar, se precipitaron hacia el cementerio; y allí, a la luz de sus lámparas, descubrieron a Hōichi, sentado bajo la lluvia, solo, ante el monumento erigido en memoria de Antoku Tennō, tocando el *biwa* y entonando en voz alta el canto de la batalla de Dan-no-ura. Y detrás de él, y a su alrededor, y en todo el cementerio, ardían como bujías los fuegos de los muertos. Jamás mortal alguno presencié tan magna congregación de *Oni-bi*.

—¡Hōichi San! ¡Hōichi San! —gritaron los sirvientes—. ¡Estás embrujado! ¡Hōichi San!

Pero el ciego no parecía oírlos. Esforzándose en reproducir con el *biwa* rasgueos, crujidos y clamores, y su voz se enardecía al cantar la batalla de Dan-noura. Lo aferraron y gritáronle al oído.

—¡Hōichi San! ¡Hōichi San! ¡Acompáñanos en el acto!

Él les dirigió un severo reproche:

—Interrumpirme de este modo, ante tan augusta asamblea, es por cierto intolerable.

Ante lo cual, pese a lo siniestro de la circunstancia, los sirvientes no pudieron contener la risa. Seguros de que Hōichi estaba embrujado, lo apresaron, lo pusieron de pie y por la fuerza lo arrastraron al templo, donde en el acto lo despojaron de sus ropas húmedas, a instancias del sacerdote, lo cubrieron con otra vestimenta y le ofrecieron comida y bebida. Entonces el sacerdote exigió una detallada explicación de la asombrosa conducta de su amigo.

Hōichi vaciló durante largo rato. Pero al fin, comprendiendo que su conducta realmente había alarmado y enfurecido al buen sacerdote, decidió deponer su reserva; refirió, pues, todo lo ocurrido a partir de la primera visita del samurai.

Díjole el sacerdote:

—¡Hōichi, mi pobre amigo, estás en gran peligro! ¡Qué lástima que no me lo hayas dicho antes! Tu maravillosa destreza musical te ha metido, por cierto, en extraños problemas. Es hora de que sepas que no has visitado palacio alguno, sino que has pasado las noches en el cementerio, entre las tumbas de los Heiké; y ante el monumento que evoca la memoria de Antoku Tennō esta noche te halló nuestra gente, sentado bajo la lluvia. Cuanto has experimentado no fue sino una ilusión... salvo la llamada de los muertos. Al obedecerlos una vez, te has puesto en sus manos.

Si vuelves a obedecerlos después de lo ocurrido, te harán pedazos. De todos modos, te hubiesen destruido, tarde o temprano... Ahora bien, esta noche no podré permanecer contigo, pues han solicitado mis servicios. Pero, antes de irme, será necesario que proteja tu cuerpo cubriéndolo con textos sagrados.

Antes del crepúsculo, el sacerdote y su acólito desnudaron a Hōichi; entonces, con sus pinceles, le trazaron sobre el pecho y la espalda, la cabeza y el rostro y el cuello, los miembros y las manos y los pies —y aun sobre las plantas de los pies, y sobre cada rincón de su cuerpo—, el texto del sūtra sagrado que denominan «Hannya-Shin-Kyō^[7]». Cumplida esta tarea, el sacerdote instruyó a Hōichi de este modo:

—Esta noche, apenas yo haya partido, debes sentarte en la veranda y esperar. Te llamarán. Pero, pase lo que pase, no respondas y no hagas movimiento alguno. No digas nada, quédate quieto, como si estuvieras meditando. Si te mueves, o haces algún ruido, te destrozarán. No te asustes; y ni sueñes con pedir ayuda... pues ninguna ayuda podrá salvarte. Si haces tal como te digo, el peligro se disipará y quedarás libre de todo temor.

En cuanto anocheció, el sacerdote y su acólito dejaron el templo; y Hōichi se sentó en la veranda de acuerdo con las instrucciones que había recibido. Dejó el *biwa* en el suelo, asumió una actitud meditativa, y permaneció inmóvil, cuidándose de no toser, y de que no se oyera su respiración. Estuvo así durante horas.

Al fin escuchó pasos en el camino. Éstos cruzaron la entrada, atravesaron el jardín, se aproximaron a la veranda, y se interrumpieron, justo frente a él.

—¡Hōichi! —llamó la voz hueca—. Pero el ciego contuvo el aliento y mantuvo su rigidez.

—¡Hōichi! —repitió ásperamente la voz.

Y luego, por tercera vez, con ferocidad:

—¡Hōichi!

Hōichi permaneció inerte como una piedra. La voz gruñó:

—¡Nadie responde! ¡No importa...! Lo buscaré...

Pasos de hierro retumbaron en la veranda. Lentamente, los pies se acercaron y se detuvieron ante Hōichi. Hubo un largo intervalo de ominoso silencio, durante el cual Hōichi sintió que todo su cuerpo se estremecía al ritmo acelerado de su corazón.

Al fin la voz ronca murmuró junto a él:

—Aquí está la *biwa*; pero de quien lo toca sólo veo... ¡Un par de orejas...! Eso explica que no haya respondido: no tiene boca para responder... de él no quedan sino las orejas... Le llevaré, pues, estas orejas a mi señor, como prueba de que sus augustas órdenes han sido obedecidas, en la medida de lo posible...

En ese instante, Hōichi sintió que unos dedos de hierro le agarraban las orejas, arrancándoselas. Pese al dolor, contuvo sus gritos. Los pesados pasos abandonaron la

veranda, descendieron al jardín, se alejaron por la carretera, y dejaron de oírse. A ambos lados de la cabeza, el ciego sentía correr un líquido cálido y espeso; pero no se atrevía a levantar las manos.

El sacerdote regresó antes del alba. En el acto se dirigió a la veranda del fondo, y al entrar resbaló en una mancha viscosa que le arrancó un grito de horror, pues la luz de la lámpara le reveló que esa viscosidad era sangre. Entonces vio a Hōichi, sentado, en actitud meditativa, mientras de sus heridas aún fluía la sangre.

—¡Mi pobre Hōichi! —exclamó el sacerdote, perplejo—. ¿Qué es esto...? ¿Te han herido...?

Al escuchar la voz de su amigo, el ciego se sintió a salvo. Rompió a llorar, y en medio de sus lágrimas refirió su aventura nocturna.

—¡Pobre, pobre Hōichi! —exclamó el sacerdote—. ¡Todo por mi culpa, todo por mi imperdonable culpa...! En cada rincón de tu cuerpo inscribimos los textos sagrados... ¡salvo en tus orejas! Confié a mi acólito esa parte de la tarea, y fue un gran error por mi parte no haberme fijado si lo había hecho... Bueno, nada puede hacerse ahora, salvo tratar de curar tus heridas sin demora... ¡Alégrate, amigo mío! Ha terminado el peligro. Jamás volverán a perturbarte esos visitantes.

Gracias a la asistencia de un buen médico, Hōichi no tardó en recobrase de sus heridas. La historia de su extraña aventura se propagó por todas partes y lo hizo famoso. Muchos nobles acudían a Akamagaséki para gozar de su arte; y Hōichi recibió pródigas ofrendas en dinero, que hicieron de él un hombre de fortuna. Pero, desde que ocurrió su aventura, sólo se lo conoció por el apelativo de «Miminashi-Hōichi»: Hōichi *el Desorejado*.

[1] Los describe en *Kotto*, y también habla de ellos en «La poesía de los fantasmas». (Véase la versión española de este texto en *El romance de la vía Láctea*; Buenos Aires, Espasa-Calpe, 1951). (N. del T.) <<

[2] O Shimonoséki. La ciudad también se conoce con el nombre de Bakkan (*N. del A.*)

<<

[3] El *biwa*, una especie de laúd de cuatro cuerdas, se usa ante todo en la recitación musical. En un principio, los trovadores profesionales que declamaban el «Heiké-Monogatari» y otras crónicas trágicas, eran llamados *biwa-hōshi*, o «sacerdotes del laúd». El origen de esta denominación no es muy claro, pero es posible que la haya sugerido el hecho de que los «sacerdotes del laúd», así como los masajistas ciegos, tuvieran el cráneo rasurado al igual que los sacerdotes budistas. El *biwa* se toca con una especie de plectro llamado *bachi*, habitualmente hecho de cuerno. (N. del A.) <<

[4] Un término respetuoso para solicitar la apertura de una puerta. Solían usarlo los samurai cuando se dirigían a los guardias de una casa señorial que les permitiera la entrada (*N. del A.*) <<

[5] La frase también puede verse: «pues la piedad que despierta ese pasaje es la más profunda». La palabra japonesa del texto original que traduzco por «piedad» es *awaré* (N. del A.) <<

[6] «Viaja de incógnito» es, al menos, el significado de la frase original: «realiza un agosto viaje bajo disfraz» (*shinobi no go-ryokō*). (N. del A.) <<

[7] El breve Pragña-Pâramitâ-Hridaya-Sûtra recibe ese nombre en japonés. Tanto los sûtras más breves como los más largos conocidos como Pragña-Pâramitâ («Sabiduría trascendental») han sido traducidos por el difunto profesor Max Müller, y puede hallárselos en el volumen XLIX de *Sacred Books of the East* («Buddhist Mahâyâna Sûtras»). En cuanto al empleo mágico del texto, según se describe en esta historia, vale la pena destacar que el sûtra versa sobre la Doctrina de la Vacuidad de las Formas, es decir, sobre la irrealdad de todo numen o fenómeno. «La forma es vacuidad; y la vacuidad es forma. La vacuidad no difiere de la forma. Lo que es forma... eso es vacuidad. Lo que es vacuidad... eso es forma... La percepción, el nombre, el concepto y el conocimiento, también son vacuidad... No hay ni ojo ni oído ni nariz ni lengua ni cuerpo ni mente... Mas cuando ha sido aniquilada la envoltura de la conciencia, entonces él [el que procura librarse] se libera de todo temor y del alcance de las mutaciones, y goza al fin del Nirvana». (N. del A.) <<

OSHIDORI

Había un cazador y halconero llamado Sonjō, que vivía en el distrito de Tamura-no-Gō, provincia de Mutsu. Un día salió de caza y no descubrió presa alguna. Pero en el camino de regreso, en un sitio llamado Akanuma, Sonjō vio un par de *oshidori*^[1] (patos de los mandarines) que nadaban juntos en un río que él estaba a punto de cruzar. No está bien matar *oshidori*, pero Sonjō, acosado por el hambre, decidió dispararles. Su dardo atravesó al macho; la hembra se deslizó entre los juncos de la orilla opuesta y desapareció. Sonjō se apoderó del ave muerta, la llevó a casa y la cocinó.

Esa noche tuvo un sueño perturbador. Creyó ver una hermosa mujer que entraba en su cuarto, se erguía junto a su almohada y se echaba a llorar. El llanto era tan amargo que, al escucharlo, el corazón de Sonjō parecía desgarrarse. Y díjole la mujer: «¿Por qué? ¿Por qué lo mataste? ¿Qué mal te había hecho...? ¡Éramos tan felices en Akanuma... y tú lo mataste! ¿Qué daño te causó? ¿Te das cuenta siquiera de lo que has hecho? ¡Oh! ¿Te das cuenta del acto perverso y cruel que has perpetrado...? También me diste muerte a mí, pues no podré vivir sin mi esposo... Sólo vine para decirte esto».

Y una vez más se echó a llorar en voz alta, con tal amargura que el sonido de su llanto penetró en los mismos tuétanos del cazador; y luego sollozó las palabras de este poema:

Hi kukuréba
Sasoëshi mono wo...
Akanuma no
Makomo no kuré no
Hitori-né zo uki!

[¡Al llegar el crepúsculo
Lo invité a regresar junto a mí!
Ahora, dormir sola a la sombra
De los juncos de Akanuma...
¡Ah!, ¡qué inefable desdicha!^[2]

Y luego de proferir estos versos exclamó: «Ah, no te das cuenta... ¡no puedes darte cuenta de lo que has hecho! Pero mañana, cuando vayas a Akanuma, ya verás... ya verás...». Y con estas palabras, estremecida por el llanto, se alejó.

Al despertar por la mañana, Sonjō recordaba el sueño con tal vividez que sintió

una profunda consternación. Evocó estas palabras: «Pero mañana, cuando vayas a Akanuma, ya verás... ya verás...». Y resolvió ir allí en el acto, para averiguar si su sueño era algo más que un sueño.

Dirigiose, pues, a Akanuma; al llegar junto a la margen del río, vio a la *oshidori* hembra, que nadaba a solas. En el mismo instante, el ave advirtió la presencia de Sonjō: pero, en lugar de darse a la fuga, nadó derecho hacia él, clavándole una mirada extraña y tenaz. Entonces, con el pico, súbitamente se desgarró el cuerpo y murió ante los ojos del cazador.

Sonjō se rasuró la cabeza y se hizo sacerdote.

[1] Desde la Antigüedad, en el Lejano Oriente, considérase a estas aves emblemas de afecto conyugal (*N. del A.*) <<

[2] El tercer verso ofrece una doble significación patética, pues las sílabas que componen el nombre propio Akanuma (Ciénaga Roja) también pueden leerse *aka-numa*, o sea «el tiempo de nuestra inquebrantable (o deliciosa) unión». De modo que el poema también puede verse: «Al avanzar la oscuridad, yo lo invitaba a hacerme compañía... Ahora, después del tiempo de esta unión feliz, ¡qué desdicha para quien debe dormir sola a la sombra de los juncos!». El *makomo* es una especie de junco de gran tamaño, empleado en la confección de cestos. (N. del A.) <<

LA HISTORIA DE O-TEI

Hace mucho tiempo, en la ciudad de Niigata, provincia de Echizen, vivía un hombre llamado Nagao Chōsei.

Hijo de un médico, fue educado para ejercer la profesión de su padre. A temprana edad se había comprometido con una muchacha llamada O-Tei, hija de un amigo de su padre; y ambas familias habían acordado que la boda se realizaría apenas Nagao culminara sus estudios. Pero O-Tei adolecía de una frágil salud, y a los quince años fue atacada por una fatídica enfermedad. Cuando advirtió que su muerte era inevitable, llamó a Nagao para despedirse.

En cuanto él se arrodilló ante el lecho, díjole O-Tei:

—Querido Nagao-Sama, estamos mutuamente comprometidos desde nuestra más tierna infancia, y debíamos habernos casado a fines de este año. Pero voy a morir, y los dioses saben que es lo mejor para ambos. Si viviera algunos años más, sólo podría causar problemas y disgustos. Con este cuerpo débil, no podría ser una buena esposa; y el deseo de vivir, por tanto, para no abandonarte, sería un deseo muy egoísta. Estoy resignada a la muerte, y quiero que me prometas que no vas a lamentarla... Además, quiero decirte que volveremos a encontrarnos.

—Claro que sí —respondió Nagao con fervor—. Y en esa Tierra Pura no volveremos a distanciarnos.

—No, no —replicó ella con suavidad—. No me refiero a la Tierra Pura. Creo que estamos destinados a encontrarnos una vez más en este mundo... aunque mañana han de sepultarme.

Nagao la observó con perplejidad y advirtió que ella sonreía. O-Tei prosiguió, con voz lánguida y evanescente:

—Sí, quiero decir en este mundo... y en esta vida, Nagao-Sama. Siempre, por supuesto, que lo desees. Sólo que para que esto ocurra, nuevamente he de nacer y alcanzar la mayoría de edad. De modo que tendrías que esperar. Quince... dieciséis años; es mucho tiempo... Pero, prometido mío, sólo tienes diecinueve.

Nagao quiso aliviar su agonía y le respondió:

—Esperarte, prometida mía, es menos un deber que un motivo de júbilo. Estamos mutuamente ligados por el término de siete existencias.

—¿Pero dudas acaso? —inquirió ella, observándole el rostro.

—Querida mía —respondió él—, dudo si podré conocerte con otro cuerpo y con otro nombre... a menos que puedas darme alguna señal o contraseña.

—Eso no está en mi poder —dijo O-Tei—. Sólo los Dioses y los Budas saben cómo y cuándo nos encontraremos. Pero estoy segura, muy, muy segura, de que si tienes voluntad de recibirme, podré volver junto a ti... Recuerda estas palabras...

Dejó de hablar, cerró los ojos. Estaba muerta.

Nagao había amado a O-Tei con sinceridad, y su pena fue muy profunda. Hizo confeccionar una tablilla mortuoria, inscribió en ella el *zokumyō*^[1], y cada día le dedicó sus ofrendas. Mucho caviló sobre las palabras que O-Tei pronunciara antes de morir; y, con la esperanza de agradar a su espíritu, escribió la solemne promesa de desposarla si alguna vez regresaba a él con otro cuerpo. Lacró con su sello esta promesa y la colocó en el *butsudan*^[2], junto a la tablilla mortuoria de O-Tei.

No obstante, como Nagao era hijo único, fue necesario que contrajera matrimonio. Pronto se vio en la obligación de ceder ante la voluntad de su familia y de aceptar una esposa escogida por su padre. Una vez casado, no dejó de depositar sus ofrendas ante la tablilla de O-Tei; y jamás dejó de recordarla con afecto. Pero gradualmente la imagen de ella se oscureció en su memoria, como un sueño difícil de evocar. Y transcurrieron los años.

Esos años le depararon múltiples infortunios. La muerte le arrebató a sus padres, luego a su esposa y a su único hijo. De modo que se halló solo en el mundo. Abandonó su desolado hogar y emprendió una larga travesía con la esperanza de olvidar sus penas.

Un día, en el curso de sus viajes, llegó a Ikao, una aldea de montaña, aún famosa por sus fuentes termales y por el hermoso paisaje que la rodea. Se detuvo en una posada, donde lo atendió una muchacha; y Nagao, al ver el rostro de la joven, sintió que su corazón latía como no lo había hecho jamás. Tanto se parecía a O-Tei que el viajero se pellizcó para convencerse de que no estaba soñando. Mientras ella iba y venía —preparando el fuego, sirviendo la comida, arreglando el cuarto del huésped—, Nagao evocó, en cada uno de sus gestos y actitudes, la graciosa imagen de la muchacha que había amado en su juventud. Le habló; ella le respondió con una voz suave y diáfana, cuya dulzura lo abrumó con la tristeza de tiempos pasados.

Al fin, muy intrigado, la interrogó de este modo:

—Hermana, os parecéis tanto a una persona que conocí hace mucho tiempo, que recibí una gran sorpresa cuando entrasteis a esta habitación. Disculpádmeme, pues, si os pregunto dónde nacisteis y cuál es vuestro nombre.

De inmediato —con la inolvidable voz de la muerta— ella respondió:

—Mi nombre es O-Tei; y tú eres Nagao Chōsei de Echigo, mi prometido. Hace diecisiete años fallecí en Niigata; luego tú me hiciste una promesa por escrito, diciendo que me desposarías si yo regresaba a este mundo con cuerpo de mujer, y lacraste esta promesa con tu sello, y la colocaste en el *butsudan*, junto a la tablilla en que está inscrito mi nombre. Y por eso he vuelto.

Dijo estas últimas palabras, y se desmayó.

Nagao la desposó y compartieron un dichoso matrimonio. Pero ella jamás pudo recordar cuál había sido su respuesta en Ikao; nada recordaba, asimismo, de su previa existencia. La memoria de su vida anterior —enigmáticamente encendida en el momento del encuentro— había vuelto a apagarse, y así permaneció a partir de entonces.

[1] El vocablo budista *zokumyō* (nombre profano) alude al nombre personal que se lleva durante la vida, en contraposición al *kaimyō* (nombre sagrado) o *homyō* (nombre legal) que se otorga después de la muerte, apelativos religiosos póstumos que se inscriben sobre la tumba y la tablilla mortuoria que se deposita en el templo. Véase mi artículo «The Literature of the Dead» en *Exotics and Retrospectives* (N. del A.) <<

[2] Altar budista doméstico (*N. del A.*) <<

UBAZAKURA

Hace trescientos años, en la aldea de Asamimura, distrito de Osengōri, provincia de Iyō, vivía un buen hombre llamado Tokubei. Este Tokubei era la persona más rica del distrito, y el *muraosa*, o jefe de la aldea. La suerte le sonreía en muchos aspectos, pero alcanzó los cuarenta años de edad sin conocer la felicidad de ser padre. Afligidos por la esterilidad de su matrimonio, él y su esposa elevaron muchas plegarias a la divinidad Fudō Myō Ō, que tenía un famoso templo, llamado Saihōji, en Asamimura.

Sus plegarias no fueron desoídas: la mujer de Tokubei dio a luz una hija. La niña era muy bonita, y recibió el nombre de O-Tsuyu. Como la leche de la madre era deficiente, tomaron una nodriza, llamada O-Sodé, para alimentar a la pequeña.

O-Tsuyu, con el tiempo, se transformó en una hermosa muchacha; pero a los quince años cayó enferma y los médicos juzgaron irremediable su muerte. La nodriza O-Sodé, quien amaba a O-Tsuyu con auténtico amor materno, fue entonces al templo de Saihōji y fervorosamente le rogó a Fudō-Sama por la salud de la niña. Todos los días, durante quince días, acudió al templo y oró; al cabo de ese lapso, O-Tsuyu se recobró súbita y totalmente.

Hubo, pues, gran regocijo en casa de Tokubei; y éste ofreció una fiesta a los amigos para celebrar el feliz acontecimiento. Pero en la noche de la fiesta O-Sodé cayó súbitamente enferma; y a la mañana siguiente, el médico que había acudido a atenderla anunció que la nodriza agonizaba.

Abrumada por la pena, la familia se congregó alrededor del lecho de la moribunda para despedirla. Pero ella les dijo:

—Es hora de que os diga algo que ignoráis. Mi plegaria ha sido escuchada. Solicité a Fudō-Sama que me permitiera morir en lugar de O-Tsuyu; y este gran favor me ha sido otorgado. Por tanto, no debéis deplorar mi muerte... Pero quiero pedir os algo. Le prometí a Fudō-Sama que haría plantar un cerezo en el jardín de Saihōji, en señal de gratitud y conmemoración. Ahora no podré plantarlo con mis propias manos: os ruego, pues, que lo hagáis por mí... Adiós, amigos míos; y recordad que me alegró morir por O-Tsuyu.

Después de los funerales de O-Sodé, los padres de O-Tsuyu plantaron un joven cerezo —el mejor que pudieron encontrar— en el jardín de Saihōji. El árbol creció y floreció; y el día decimosexto del mes segundo del año siguiente —el aniversario de la muerte de O-Sodé— se cubrió maravillosamente de flores. Continuó dándolas

durante doscientos cincuenta y cuatro años —siempre el día decimosexto del mes segundo—; y esas flores, blancas y rosadas, eran semejantes al pezón del pecho femenino, y parecían rezumar leche. Y la gente lo llamó *Ubazakura*, el Cerezo de la Nodriza.

DIPLOMACIA

Según las órdenes, la ejecución debía llevarse a cabo en el jardín del *yashiki*. De modo que condujeron al hombre al jardín y lo hicieron arrodillar en un amplio espacio de arena atravesado por una hilera de *tobiishi*, o pasaderas, como las que aún suelen verse en los jardines japoneses. Tenía los brazos sujetos a la espalda. La servidumbre trajo baldes con agua y sacos de arroz llenos de piedras; y se apilaron los sacos alrededor del hombre en cuclillas, de tal forma que éste no pudiera moverse. Vino el señor y observó los preparativos. Los halló satisfactorios y no hizo observaciones.

Súbitamente gritó el condenado:

—Honorable señor, la falta por la que me habéis sentenciado no fue cometida con malicia. Fue sólo causa de mi gran estupidez. Como nací estúpido, en razón de mi karma, no siempre pude evitar ciertos errores. Pero matar a un hombre por ser estúpido es una injusticia... y esa injusticia será enmendada. Tan segura como mi muerte ha de ser mi venganza, que surgirá del resentimiento que provocáis; y el mal con el mal será devuelto...

Si se mata a una persona cuando ésta padece un gran resentimiento, su fantasma podrá vengarse de quien causó esa muerte. El samurai no lo ignoraba. Replicó con suavidad, casi con dulzura:

—Te dejaremos asustarnos tanto como gustes... después de muerto. Pero es difícil creer que tus palabras sean sinceras. ¿Podrías ofrecernos alguna evidencia de tu gran resentimiento una vez que te haya decapitado?

—Por supuesto que sí —respondió el hombre.

—Muy bien —dijo el samurai, desnudando la espada—; ahora voy a cortarte la cabeza. Frente a ti hay una pasadera. Una vez que te haya decapitado, trata de morder la piedra. Si tu airado fantasma puede ayudarte a realizar ese acto, por cierto que nos asustaremos... ¿Tratarás de morder la piedra?

—¡La morderé! —gritó enfurecido el hombre—. ¡La morderé! ¡La morde...!

Hubo un destello, un silbido y un ruido sordo: el cuerpo se inclinó hacia los sacos de arroz, mientras dos chorros de sangre brotaban del cuello mutilado... y la cabeza rodó por la arena. Rodó con pesadez hacia la piedra: entonces, con un salto imprevisto, aferró el borde de la piedra entre los dientes, la mordió con desesperación, y cayó inerte.

Nadie habló; pero los sirvientes contemplaron horrorizados a su amo. Éste no pareció perder la calma. Se limitó a alcanzarle la espada al servidor más próximo, quien, con un cazo de madera, echó agua de un extremo a otro de la hoja y luego

refregó el acero cuidadosamente, con hojas de fino papel... Y así culminó la parte ceremonial de este incidente.

Durante varios meses, todos los servidores del samurai vivieron incesantemente atemorizados por la eventual aparición del espectro. Nadie dudaba de que la prometida venganza iba a cumplirse; y el constante terror que los agobiaba les hacía ver y oír muchas cosas inexistentes. El rumor del viento entre los bambúes, las sombras que se agitaban en el jardín, cualquier cosa bastaba para asustarlos. Al fin llegaron a un acuerdo y decidieron solicitarle al amo que se realizara una ceremonia *Ségaki*^[1] en honor del vengativo espíritu.

—Es absolutamente innecesario —dijo el samurai, cuando el jefe de sus servidores hubo expresado tal deseo—. Entiendo que la voluntad de un hombre a punto de morir puede ser causa de temor. Pero no hay nada que temer en este caso.

El servidor contempló al amo con ojos implorantes, pero vaciló en indagar la razón de esta asombrosa confidencia.

—Oh, la razón es muy simple —declaró el samurai, quien adivinó la duda que había suscitado—. Sólo la última intención de ese hombre pudo ser peligrosa; y cuando yo lo desafié a ofrecerme una evidencia, distraje su mente del anhelo de venganza. Murió concentrándose en el propósito de morder la piedra; y pudo llevar a cabo ese propósito, en efecto, pero ningún otro. Olvidad el resto... no hay razón alguna para inquietarse.

Y, de hecho, el muerto jamás acudió a perturbarlos.

[1] El servicio *Ségaki* es una ceremonia budista especial que se consagra a las criaturas que supuestamente han entrado en la condición de *gaki* (pretas) o espíritus hambrientos. Véase una breve referencia en mi libro *A Japanese Miscellany* (N. del A.) <<

EL ESPEJO Y LA CAMPANA

Hace ocho siglos, los sacerdotes de Mugenyama, provincia de Tōtōmi, quisieron fabricar una gran campana para su templo, y les pidieron a las mujeres de la comarca que los ayudaran mediante la donación de viejos espejos de bronce para la fundición.

[Aún hoy, en los patios de ciertos templos japoneses, se ven pilas de viejos espejos de bronce donados para propósitos semejantes. La colección más vasta que pude observar estaba en el patio de un templo de la secta Jōdo, en Hakata, Kyūshū: los espejos se habían donado para la erección de una estatua de bronce de Amida, de treinta y tres pies de alto.]

Había entonces una joven, esposa de un granjero, que vivía en Mugenyama, y que llevó su espejo al templo para que lo fundieran. Pero más tarde deploró la pérdida del espejo. Recordó las cosas que su madre le había contado respecto a él, y también recordó que no sólo había pertenecido a su madre, sino a la madre y a la abuela de su madre; y recordó algunas sonrisas felices que el espejo había reflejado. Por supuesto, con haberles ofrecido cierta suma de dinero a los sacerdotes a cambio del espejo, habría podido pedirles que se lo devolvieran. Pero carecía del dinero necesario. Al asistir al templo, veía su espejo en el patio, detrás de una verja, entre centenares de espejos. Lo reconoció por el *Shō-Chiku-Bai* grabado en relieve al dorso, los tres dichosos emblemas del Pino, el Bambú, y la Flor de Ciruelo, que habían deleitado sus ojos de niña cuando su madre se los mostró por primera vez. La joven anhelaba una oportunidad para robar el espejo y ocultarlo... luego podría conservarlo para siempre. Pero esa oportunidad no se presentaba; la acosó la infelicidad; lamentó haber cedido voluntariamente una parte de su propia vida. Pensó en el viejo dicho que afirma que un espejo es el Alma de una Mujer (dicho místicamente expresado en el dorso de muchos espejos de bronce mediante el ideograma chino que representa el Alma), y temió que esto fuera cierto de un modo harto más inquietante que el que supusiera jamás. Mas a nadie se atrevía a confiarle su pena.

Pero cuando todos los espejos donados para la campana de Mugenyama fueron enviados a la fundición, los fundidores descubrieron que uno de ellos se negaba a derretirse. Pese a sus reiterados esfuerzos, el espejo se resistía. Era evidente que la mujer que había ofrecido esa donación al templo se había arrepentido de ella. No había realizado la ofrenda de todo corazón; y su alma egoísta, aún aferrada al espejo, lo mantenía sólido y frío en el centro del horno.

Por supuesto que todo el mundo llegó a enterarse, y que todo el mundo no tardó en saber de quién era ese espejo. Y esta pública exposición de su culpa secreta sumió a la pobre mujer en la vergüenza y la ira. Incapaz de soportar la humillación, optó por

ahogarse, tras redactar una carta de despedida que contenía estas palabras:

«Cuando yo haya muerto, no será difícil fundir el espejo y forjar la campana. Pero, a aquella persona que quiebre la campana al tañerla, mi espíritu le otorgará grandes riquezas».

Aclararé que a la última promesa o voluntad de quien muere presa de la ira, o se suicida presa de la ira, suele adjudicársele un poder sobrenatural. Una vez fundido el espejo de esa mujer, una vez forjada la campana, la gente recordó las palabras que contenía esa carta. No dudaba de que el espíritu de quien las había redactado ofrecería grandes riquezas a quien quebrase la campana; y, en cuanto ésta fue colgada en el patio del templo, una multitud acudió a tocarla. Agitaban el badajo con todas sus fuerzas; pero la campana resultó ser de excelente calidad, y resistió con firmeza todos los asaltos. La gente, empero, no se desalentaba fácilmente. Día tras día y hora tras hora, tañía la campana con ferocidad, sin prestar atención a las protestas de los sacerdotes. Los tañidos se convirtieron en un tormento; los sacerdotes no pudieron soportarlos; y se deshicieron de la campana, precipitándola a una ciénaga desde una colina. La profunda ciénaga la devoró... y ése fue el fin de la campana. Sólo perdura su leyenda; y en esa leyenda se la llama la *Mugen-Kané*, o Campana de Mugen.

Existen extrañas y antiguas creencias japonesas con respecto a la eficacia mágica de una cierta operación mental implicada, aunque no descrita, por el verbo *nazoraëru*. No hay palabra inglesa que pueda traducirla con exactitud, pues se la emplea en relación a múltiples tipos de magia mimética, no menos que en la ejecución de ciertos actos de fe religiosa. Los significados ordinarios de *nazoraëru*, según los diccionarios, son «imitar», «comparar», «asemejar»; pero el significado esotérico es: «sustituir, en la imaginación, un objeto o acción por otro, con el fin de obtener un resultado mágico o milagroso^[1]».

Por ejemplo: uno no puede costear la edificación de un templo budista, pero nada le impide depositar un guijarro ante la imagen del Buda, con la misma piedad que a uno lo urgiría a edificar un templo si contara con la fortuna para hacerlo. El mérito de esa ofrenda resulta idéntico, o casi idéntico, al mérito de la erección de un templo... Uno no puede leer los seis mil setecientos setenta y un volúmenes de los textos budistas; pero puede hacer una estantería giratoria que los contenga, y hacerlos girar alrededor de uno como un torno. Si en cada empujón palpita el firme deseo que se aplicaría a la lectura de los seis mil setecientos setenta y un volúmenes, uno adquiere tanto mérito como si los hubiese leído... Acaso esto baste para explicar los significados religiosos de *nazoraëru*.

Los significados mágicos sólo podrían explicarse en su totalidad mediante una gran variedad de ejemplos; pero, para nuestro propósito, serán suficientes los

siguientes. Si se confecciona un hombrecillo de paja (por los mismos motivos que incitaron a la Hermana Helena^[2] a hacer un hombrecillo de cera) al que luego se clava, con clavos de no menos de cinco pulgadas de largo, a un árbol del huerto de un templo, a la Hora del Buey, la muerte, precedida por una atroz agonía, de la persona imaginariamente representada por ese hombrecillo... eso ilustraría el significado de *nazoraëru*... O bien, supongamos que un ladrón entra a nuestra casa durante la noche, y se lleva nuestros bienes. Si descubrimos sus huellas en el jardín, y en el acto quemamos una gran moxa sobre cada una de ellas, se inflamarán las plantas de los pies del ladrón, que no tendrá reposo hasta que vuelva, por propia voluntad, a ponerse a vuestra merced. Ésa es otra especie de magia mimética expresada por el vocablo *nazoraëru*. Las diversas leyendas sobre la Mugen-Kané nos brindarán un tercer ejemplo.

Una vez que la ciénaga engulló la campana, no quedó, por supuesto, más ocasión de tañerla para quebrarla. No obstante, las personas que lamentaban la pérdida de tal oportunidad, optaron por golpear y quebrar objetos que imaginariamente sustituían a la campana... así esperaban complacer al espíritu de la dueña del espejo que tantos inconvenientes había causado. Una de estas personas fue una mujer llamada Umégaë, famosa en las leyendas japonesas en razón de sus relaciones con Kajiwara Kagésué, un guerrero del clan Heiké. Mientras la pareja estaba de viaje, Kajiwara un día se vio en serios problemas por falta de dinero, y Umégaë, recordando la tradición de la campana de Mugen, tomó una bacía de bronce, y transformándola mentalmente en una representación de la campana, la golpeó hasta romperla, solicitando, al mismo tiempo, trescientas piezas de oro. Un huésped de la posada donde estaba la pareja inquirió la causa de los golpes y los gritos, y, al enterarse de cuál era el problema, le regaló a Umégaë trescientos *ryō* de oro. Más tarde circuló una canción sobre la bacía de bronce de Umégaë; aún hoy la cantan las bailarinas:

Umégaë no chōzubachi tutaïté
O-Kané da déru naraba,
Mina San mi-uké wo
Sōré tanomimasu

[Si, golpeando la bacía de Umégaë,
Pudiera obtener honorable dinero,
Negociaría entonces
La libertad de mis compañeras.]

Este acontecimiento acrecentó la fama de la Mugen-Kané; y muchos siguieron el ejemplo de Umégaë, con la esperanza de emular su suerte. Entre ellos hubo un granjero disoluto que vivía cerca de Mugenyama, en las riberas del Oigawa. Este granjero, que había derrochado sus bienes en el libertinaje, elaboró una reproducción de la Mugen-Kané con el barro de su jardín; golpeó la campana de arcilla y la quebró, solicitando a gritos una gran fortuna.

Entonces surgió ante él la imagen de una mujer vestida de blanco, cuyo cabello flotaba al viento, con un cántaro cerrado en la mano. Díjole a la mujer:

—Vine para responder a tu fervorosa plegaria según ésta merece. Toma, pues, este cántaro.

Con estas palabras, le dejó el cántaro en la mano y desapareció.

El hombre se precipitó a la casa radiante de felicidad, y le refirió la buena noticia a su mujer. Depositó ante ella el cántaro —que era pesado— y lo abrieron juntos. Y descubrieron que estaba lleno, justo hasta el borde, de...

¡Pero no...! Realmente no puedo decir de qué estaba lleno.

[1] El problema de traducción es extensible, naturalmente, a la lengua española (*N. del T.*) <<

[2] Alusión al poema de Dante Gabriel Rossetti «Sister Helen». (*N. del T.*) <<

JIKININKI

Una vez, Musõ Kokushi, sacerdote de la secta zen que viajaba solo por la provincia de Mino, se perdió en una comarca montañosa donde no había nadie que lo guiara. Erró sin rumbo durante largo tiempo; y ya desesperaba de hallar refugio durante la noche, cuando vislumbró, en lo alto de una colina iluminada por los últimos rayos del sol, una de esas pequeñas ermitas llamadas *anjitsu*, que suelen construir los monjes solitarios. Aunque parecía estar derruida, Musõ se apresuró a acercarse a ella; descubrió que la habitaba un anciano monje, a quien rogó que le concediera alojamiento por esa noche. El anciano rehusó con hosquedad, pero le indicó a Musõ la situación de una aldea, en un valle próximo, donde hallaría alojamiento y comida.

Musõ se encaminó hacia la aldea, compuesta por menos de una docena de granjas; el jefe del villorrio lo recibió en su casa con suma afabilidad. A la llegada de Musõ había cuarenta o cincuenta personas reunidas en el aposento principal; a él lo guiaron hasta un cuarto pequeño y apartado, donde pronto le ofrecieron cama y alimento. Vencido por la fatiga, Musõ se acostó muy temprano; pero poco antes de medianoche su sueño se vio interrumpido por un llanto que provenía del aposento contiguo. Deslizáronse entonces las puertas correderas; y un joven, que llevaba una lámpara encendida, entró al cuarto, lo saludó con una reverencia y le dijo:

—Venerable señor, es mi penoso deber informaros que ahora soy el responsable de esta casa. Ayer no era sino el hijo mayor. Pero cuando vos llegasteis aquí, vencido por la fatiga, no queríamos incomodaros de ningún modo: no os anunciamos, pues, que mi padre había muerto hacía apenas unas horas. Aquellos a quienes visteis reunidos en el aposento contiguo son los habitantes de esta aldea; se han congregado aquí para rendirle al muerto un póstumo homenaje; y pronto se marcharán a otra aldea que dista tres millas de aquí, pues nuestra costumbre nos prohíbe permanecer en la aldea la noche que sucede a la muerte de alguien. Hacemos nuestras ofrendas, elevamos nuestras plegarias, y luego nos retiramos, dejando solo al cadáver. En la casa donde queda el cadáver suelen suceder cosas extrañas: pensamos, pues, que sería mejor que nos acompañarais. En la otra aldea hallaréis buen alojamiento. Aunque, quizá, siendo un sacerdote, no temáis a los demonios y a los espíritus malignos; y, si no os inquieta quedaros solo con el muerto, sois bienvenido a nuestro humilde hogar. No obstante, debo advertiros que nadie, salvo un sacerdote, se atrevería a pernoctar aquí.

Musõ respondió:

—Vuestras cordiales intenciones, así como vuestra generosa hospitalidad, merecen mi más profunda gratitud. Pero lamento que no me hayáis anunciado la muerte de vuestro padre en cuanto llegué, pues, aunque estaba algo fatigado, por

cierto que no lo estaba al punto de hallar dificultades en cumplir con mis deberes sacerdotales. Si me lo hubierais dicho, habría administrado el servicio antes de que todos partieran. Así las cosas, lo administraré una vez que os retiréis, y permaneceré con el cuerpo hasta la mañana. Ignoro a qué os referís al mencionar el peligro que entraña quedarse aquí a solas; pero no temo a demonios ni espectros: os ruego, por tanto, que no abriguéis temor alguno por mi persona.

Estas declaraciones parecieron regocijar al joven, quien manifestó su gratitud con las palabras pertinentes. Después, los otros miembros de la familia así como los aldeanos reunidos en el aposento contiguo, enterados de las promesas del sacerdote, acudieron a darle las gracias, y luego dijo el dueño de la casa:

—Ahora, venerable señor, aunque mucho deploremos dejaros a solas, debemos despedirnos. Las normas de nuestra aldea nos impiden quedarnos aquí después de medianoche. Os imploramos, amable señor, que en todo punto cuidéis de vuestro honorable cuerpo mientras no estemos aquí para servirlos. Y si acaso oyerais o escucharais algo extraño durante nuestra ausencia, no olvidéis referírnoslo cuando regresemos por la mañana.

Todos dejaron la casa salvo el sacerdote, quien se dirigió al aposento donde yacía el cadáver. Habían depositado ante éste las habituales ofrendas; ardía un *tōmyō*, una pequeña lámpara budista. El sacerdote recitó las correspondientes plegarias, ejecutó las ceremonias fúnebres, y entró luego en profunda meditación. Así permaneció durante varias horas; ni un sonido alteró la paz de la aldea desierta. Pero en lo más hondo de la nocturna quietud, una Forma, vaga y de gran tamaño, entró sigilosamente; y en ese mismo instante Musō se vio privado del habla y el movimiento. Vio que la Forma se apoderaba del cadáver, como si tuviera manos, y lo devoraba con más rapidez que un gato al comer una rata; comenzó por la cabeza y luego prosiguió por partes: el pelo, los huesos y aun el sudario. Y esa Criatura monstruosa, tras consumir el cadáver, se volvió hacia las ofrendas y también las devoró. Luego se fue tan misteriosamente como había venido.

Los aldeanos, al regresar por la mañana, hallaron al sacerdote ante las puertas de la casa. Todos lo saludaron; y al entrar y mirar en torno, nadie expresó sorpresa alguna ante la desaparición del cadáver y las ofrendas. Pero el dueño de la casa le dijo a Musō:

—Venerable señor, acaso hayáis visto cosas desagradables durante vuestra estancia: temimos todos por vos. Pero ahora nos place hallaros sano y salvo. De buena gana nos habríamos quedado, de haber sido posible. Pero las leyes de nuestra aldea, según os informé anoche, nos ordenan abandonar las casas después de un

fallecimiento y dejar el cadáver a solas. Cada vez que se infringió esta ley, sobrevino una enorme desgracia. Cada vez que se la obedece, hallamos que el cadáver y las ofrendas desaparecen durante nuestra ausencia. Acaso hayáis visto la causa.

Entonces Musō le habló de la Forma tenue y horrible que había entrado en la cámara mortuoria para devorar el cuerpo y las ofrendas. A nadie pareció sorprender esta narración; y el dueño de la casa señaló:

—Lo que nos acabáis de referir, venerable señor, coincide con cuanto se ha dicho al respecto desde antiguo.

Musō entonces preguntó:

—¿El monje de la colina no suele realizar los servicios fúnebres para vuestros muertos?

—¿Qué monje? —preguntó el joven.

—El monje que ayer por la noche me indicó esta aldea —respondió Musō—. Llegué hasta su *anjitsu*, que está en la colina. Rehusó alojarme, pero me dijo cómo llegar aquí.

Todos se miraron entre sí con expresión atónita; y, tras un instante de silencio, el dueño de la casa declaró:

—Venerable señor, en la colina no hay monje ni *anjitsu* alguno. Hace muchas generaciones que ningún monje reside en esta comarca.

Musō no dijo nada más al respecto, pues era evidente que sus amables anfitriones lo juzgaban víctima de alguna ilusión sobrenatural. Pero en cuanto se despidió, no sin procurarse la información necesaria para proseguir su camino, decidió buscar la ermita de la colina para confirmar si había sufrido o no un engaño. Halló el *anjitsu* sin dificultad; y esta vez el anciano lo invitó a acompañarlo. En cuanto Musō entró, el eremita hizo una humilde reverencia y exclamó:

—¡Ah! ¡Vergüenza de mí...! ¡Gran vergüenza sobre mí...! ¡Terrible vergüenza sobre mí!

—No debéis avergonzaros por haberme negado alojamiento —dijo Musō—. Me indicasteis la aldea vecina, donde fui recibido con suma amabilidad; y os agradezco ese favor.

—A nadie puedo ofrecer alojamiento —respondió el recluso—, y no es mi negación lo que me avergüenza. Me avergüenza que me hayáis visto en mi verdadera forma... pues fui yo quien devoró el cadáver y las ofrendas ante vuestros propios ojos... Sabed, venerable señor, que soy un *jikininki*^[1], un devorador de carne humana. Compadecedme y permitidme confesar la secreta falta que me redujo a esta condición.

«Hace mucho, mucho tiempo, yo era sacerdote en esta desolada región. No había otro sacerdote en leguas a la redonda. De modo que, en esa época, los montañeses solían traer aquí los cuerpos de los que habían muerto (a veces desde parajes

distantes) para que yo cumpliera con los servicios sagrados. Pero yo no cumplía estos servicios y no realizaba los ritos sino por afán de lucro; sólo pensaba en la comida y las vestimentas que podía obtener mediante mi sacra profesión. Y a causa de este impío egoísmo volví a nacer, inmediatamente después de mi muerte, como *jikininki*. Desde entonces estoy obligado a alimentarme de los cadáveres de la gente que muere en esta comarca: a todos debo devorarlos del modo que anoche presenciasteis... Ahora, venerable señor, permitidme que os ruegue que realicéis un sacrificio Ségaki para mí: ayudadme mediante vuestras plegarias, os lo imploro, para que no tarde en liberarme de esta espantosa existencia...».

En cuanto el eremita hizo esta solicitud desapareció; y también desapareció la ermita, en el mismo instante. Y Musō Kokushi se halló a solas, de rodillas en el pastizal, junto a un sepulcro antiguo y enmohecido, con la forma que llaman *gorinishi*^[2], que parecía ser la tumba de un sacerdote.

[1] Literalmente, duende devorador de hombres. El narrador japonés también da el vocablo sánscrito, *Râkshasa*; pero esta palabra es tan vaga como *jikininki*, pues hay muchas variedades de *Râkshasas*. Aparentemente la palabra *jikininki* aquí significa uno de los *Bara-mon-Rasetsu-Gaki*, que conforman las veintiséis clases de pretas enumeradas en los antiguos libros budistas (*N. del A.*) <<

[2] Literalmente, «piedra de cinco círculos (o cinco zonas)», monumento funerario que consiste en cinco partes superpuestas —cada una de diversa forma—, que simbolizan los cinco elementos místicos: el Éter, el Aire, el Fuego, el Agua, la Tierra (N. del A.) <<

MUJINA

En el camino de Akasaka, en Tokio, hay una cuesta llamada Kii-nokuni-zaka, es decir, la Cuesta de la Provincia de Kii. Ignoro por qué se llama la Cuesta de la Provincia de Kii. A un lado de la cuesta hay un antiguo foso, muy profundo y muy ancho, cuyas verdes orillas se elevan hasta una zona de jardines; y al otro lado del camino se extienden las largas e imponentes murallas de un palacio imperial. Antes de la época de los faroles callejeros y las *jinrikishas*, este paraje era muy solitario durante la noche; y los peatones que viajaban a horas tardías preferían desviarse varias millas antes de ascender el Kii-no-kuni-zaka a solas, después del crepúsculo.

Todo a causa de una Mujina que solía pasearse por el lugar.

El último hombre que vio a la Mujina fue un viejo mercader del barrio Kyōbashi, muerto hace treinta años. Ésta es la historia tal como él la refirió:

Una noche, a horas tardías, el mercader ascendía el Kii-nokuni-zaka, cuando vio a una mujer en cuclillas junto al foso; estaba sola y lloraba con amargura. Temiendo que la mujer quisiera ahogarse, él se detuvo para ofrecerle cuanta ayuda o consuelo estuviera en sus manos. Ella vestía con elegancia, y tenía un aspecto grácil y ligero; llevaba el cabello peinado como el de una joven de buena familia.

—*O-jochû*^[1] —exclamó el mercader, acercándose—, *o-jochû*, no lloréis de ese modo... Decidme qué os aqueja, y si hay algún modo de ayudaros, yo me ofreceré gustoso.

(El mercader era sincero en sus palabras, pues era hombre de buen corazón). Pero ella continuó llorando y ocultaba el rostro en una de sus amplias mangas.

—*O-jochû* —repitió el mercader con dulzura—, os ruego que me escuchéis. Este lugar, a estas horas, no conviene a una dama. ¡No lloréis, os lo imploro! ¡Sólo decidme cómo puedo ayudaros!

Ella se incorporó con lentitud, pero le volvió la espalda y prosiguió con sus gemidos y sollozos. Él le puso la mano sobre el hombro, rogándole:

—¡*O-jochû*! ¡*O-jochû*! ¡*O-jochû*!

Entonces la *O-jochû* se volvió, apartó la manga y se golpeó la cara con la mano; y el hombre vio que en ese rostro no había ojos ni boca ni nariz... y se alejó con un alarido.

Subió por el Kii-nokuni-zaka, corriendo sin cesar, cercado por la desierta tiniebla. Corría sin atreverse a mirar atrás; y al fin vio una luz, tan distante que parecía el destello de una luciérnaga; se dirigió hacia ella. No era sino el farol de un vendedor ambulante de *soba*^[2], quien había acampado junto al camino; pero cualquier luz y cualquier compañía humana era bienvenida después de semejante experiencia; y el

mercader se arrojó a los pies del vendedor de *soba*, sin dejar de gemir.

—¡*Koré!* ¡*Koré!* —exclamó el vendedor—. ¡Basta! ¿Qué le ocurre? ¿Alguien le atacó?

—No... nadie me atacó —jadeó el otro—... sólo que... ¡Ah! ¡Ah!

—¿Sólo lo asustaron? —preguntó el vendedor con brusquedad—. ¿Salteadores?

—No, salteadores no, salteadores no —musitó el aterrado mercader—. Vi... vi una mujer... junto a la fosa... y me mostró... ¡Ah!, no puedo decirle lo que me mostró...

—¡Eh! ¿Era algo parecido a esto lo que le mostró? —gritó el vendedor de *soba*, golpeándose la cara. Ésta se transformó en un Huevo. Y, simultáneamente, se apagó la luz.

[1] *O-jochû* (honorable damisela): una fórmula de cortesía empleada al dirigirse a una joven desconocida (*N. del A.*) <<

[2] *Soba* es una comida preparada a base de alforfón, algo parecida a los fideos (N. del A.) <<

ROKURO-KUBI

Hace casi quinientos años había un samurai, llamado Isogai Hêidazaëmon Takétsura, al servicio del Señor Kijuki, de Kyûshû. Este Isogai había heredado, de múltiples ancestros guerreros, una aptitud natural para los ejercicios militares, así como un extraordinario vigor. Ya en la infancia excedía a sus maestros en el arte de la espada, en el manejo del arco y de la lanza, y hacía gala de todas las virtudes de un soldado diestro y audaz. Más tarde, en épocas de la guerra de los Eikyô^[1], se distinguió a tal punto que fue merecedor de grandes honores. Mas, al abatirse la ruina sobre la estirpe de los Kijuki, Isogai se quedó sin amo. Pudo haber entrado sin dificultad al servicio de otro *daimyô*; pero como jamás había procurado la gloria en beneficio propio, y como su corazón permanecía fiel a su antiguo señor, prefirió abjurar del mundo. Se rasuró el cabello y se hizo monje viajero, adoptando el nombre budista de Kwairyô.

Pero, bajo la *koromo*^[2] del sacerdote, Kwairyô conservó siempre un ardiente corazón de samurai. Si anteriormente había desdeñado las asechanzas del enemigo, también ahora se burlaba del peligro; y viajó, bajo cualquier clima y en cualquier estación, para predicar la buena Ley en regiones donde ningún sacerdote se habría aventurado. Pues eran épocas de violencia y desorden; y en los caminos no había seguridad para el viajero solitario, aunque se tratara de un monje.

En el curso de su primer viaje largo, Kwairyô tuvo ocasión de visitar la provincia de Kai. Una noche, mientras atravesaba las montañas de esa provincia, la oscuridad lo sorprendió en un paraje muy solitario, a varias leguas de cualquier aldea. De modo que se resignó a pasar la noche a la intemperie; halló un pastizal apropiado junto al camino, y se preparó para dormir. Habitado a una vida rigurosa, aun la roca desnuda era un buen lecho para él, a falta de algo mejor, y la raíz de un pino, una almohada excelente. Su cuerpo era de hierro, y jamás lo inquietaban el rocío, la lluvia, el granizo o la nieve.

Acababa de acostarse cuando un hombre apareció en el camino, con un hacha y un haz de leña recién cortada. El leñador se detuvo al ver a Kwairyô en el suelo y, después de observarlo un instante sin decir palabra, exclamó con enfático tono de asombro:

—¿Qué clase de hombre sois, buen señor, que os atrevéis a dormir solo en semejante lugar? Aquí abundan los espectros... ¿No teméis a las Criaturas Velludas?

—Amigo mío —respondió animosamente Kwairyô—, soy sólo un monje errabundo, un «Huésped del Agua y de las Nubes», como dice la gente: *Un-sui-noryokaku*. Y no temo en absoluto a las Criaturas Velludas... si te refieres a las

zorras, los tejones, o duendes de esa especie. En cuanto a los lugares solitarios, me gustan: son propicios a la meditación. Estoy acostumbrado a dormir al aire libre: y he aprendido a no padecer ansiedades.

—Sin duda sois hombre de coraje, Señor Monje —respondió el leñador—. ¡Acostaos aquí! Este sitio tiene mala reputación... muy mala. Pero, como dice el proverbio, *Kunshi ayakuki ni chikayorazu* (El hombre superior no se expone innecesariamente al peligro), y os aseguro, señor, que dormir aquí es muy peligroso. Por tanto, aunque mi hogar es sólo una choza maltrecha y desvencijada, permitidme rogaros que me acompañéis en el acto. Nada puedo ofreceros para comer, pero al menos tendréis un techo bajo el cual dormiréis sin riesgo.

Habló con firmeza, y Kwairyō, conmovido por la amabilidad de este hombre, aceptó su modesta oferta. El leñador lo guió por un estrecho sendero que salía del camino principal para internarse en la foresta de la montaña. Era un sendero áspero y peligroso: ya bordeaba profundos precipicios, ya se limitaba a una red de resbaladizas raíces, ya afrontaba rocas filosas y abruptas. Pero al fin Kwairyō se halló en el claro de la cima de un monte, bajo el esplendor de la luna; y vio ante él una choza pequeña y desvencijada, en cuyo interior brillaba una luz alegre. El leñador lo condujo a un establo detrás de casa, donde el agua de un arroyo cercano aflucía mediante canales de bambú; y los dos hombres se lavaron los pies. Detrás del establo había un huerto y un bosquecillo de cedros y bambúes; y detrás de los árboles relucía una cascada, despeñándose desde las rocas para mecerse a la luz de la luna como un tenue sudario.

Al entrar a la cabaña, Kwairyō vio cuatro personas —hombres y mujeres— que se calentaban las manos ante una pequeña hoguera que ardía en el ro^[3] del cuarto principal. Todos se inclinaron ante el sacerdote, saludándolo con sumo respeto. Sorprendióse Kwairyō de que gentes tan humildes y apartadas conocieran las fórmulas de la cortesía.

«Esta es gente bondadosa —pensó para sí—, y alguien que conocía las normas de la hospitalidad ha de habérselas enseñado».

Luego, volviéndose a su anfitrión —el *aruji* o señor de la casa, como lo llamaban los demás—, dijo Kwairyō:

—De la delicadeza de tu lenguaje, así como de la cordial bienvenida que me ofrece tu gente, infiero que no siempre has sido leñador. ¿Acaso serviste alguna vez a un señor de rango?

El leñador, sonriente, respondió:

—No os equivocáis, señor. Aunque ahora vivo en las condiciones que veis, fui en otro tiempo persona de cierta distinción. Mi historia es la historia de una vida arruinada, y arruinada por mi propia culpa. Yo estaba al servicio de un *daimyō*, y ocupaba un puesto nada desdeñable. Pero amaba en exceso las mujeres y el vino; e, incitado por la pasión, actué con malevolencia. Mi egoísmo provocó la ruina de

nuestra casa, y también innumerables muertes. Mis males pronto se vieron compensados, y durante mucho tiempo fui un fugitivo en la tierra. Hoy ruego con frecuencia para expiar mi maldad, e intento erigir una vez más el hogar de mis ancestros. Aunque temo que jamás halle el modo de lograrlo. Trato, no obstante, de superar el karma de mis errores mediante un sincero arrepentimiento, y mediante la ayuda que pueda brindar a quienes padecen infortunio.

Kwairyō, a quien agradó esta resolución de hacer el bien, díjole al *aruji*:

—Amigo mío, he tenido ocasión de observar que los hombres, víctimas del frenesí en la juventud, pueden alcanzar en años posteriores una vida recta. En los sūtras sagrados está escrito que quienes abrazan el mal con más fervor pueden convertirse, si cuentan con una firme voluntad, en quienes con más fervor ejerzan el bien. No dudo de tu buen corazón; y espero que te aguarde una fortuna más favorable. Esta noche recitaré los sūtras en tu honor, y rogaré para que obtengas la fuerza que te permita superar el karma de tus errores pretéritos.

Con estas declaraciones Kwairyō se despidió de su anfitrión; el *aruji* lo guió hasta un pequeño cuarto lateral, donde habían preparado una cama. Todos se durmieron salvo el sacerdote, quien comenzó a leer los sūtras a la luz de un farolillo de papel. Persistió en sus lecturas y plegarias hasta horas tardías; luego abrió una ventana de su pequeño dormitorio para contemplar por última vez el paisaje antes de acostarse. La noche era hermosa: no había nubes en el cielo, no había viento, y los acerados rayos lunares proyectaban nítidas y negras formas desde el bosque, y destellos de rocío desde el jardín. Grillos y cigarras ofrecían un unánime concierto, y el sonido de la cascada vecina se ahondaba con la noche. Kwairyō sintió sed al escuchar el rumor del agua; recordó el acueducto de bambú que había al fondo de la casa, y pensó que podía ir hasta allí para beber un sorbo sin perturbar a los que dormían. Corrió con suavidad la mampara que separaba su cuarto del aposento principal; y vio, a la luz de la lámpara, cinco cuerpos recostados... ¡sin cabeza!

Por un instante quedó rígido de asombro, imaginando un crimen. Pero luego advirtió que no había sangre, y que los cuellos decapitados no tenían aspecto de haber sufrido un corte. Pensó entonces:

«O bien se trata de una ilusión de origen diabólico, o bien me trajeron a la morada de un Rokuro-Kubi... En el libro *Sōshinki* está escrito que si uno hallare el cuerpo de un Rokuro-Kubi sin la cabeza, y trasladare el cuerpo a otro lugar, la cabeza jamás podrá volver a unirse al cuello. Y también dice el libro que cuando la cabeza vuelva y descubra que cambiaron su cuerpo de lugar, golpeará tres veces en el suelo, rebotando como una pelota, con jadeos de temor, y morirá al instante. Ahora bien, si éstos son Rokuro-Kubi, querrán hacerme daño; de modo que se justifica que siga las prescripciones del libro».

Tomó el cuerpo del *aruji* por los pies, lo arrastró hacia la ventana y lo arrojó fuera

de la casa. Luego se dirigió a la puerta trasera, que halló cerrada con una tranca; y advirtió que las cabezas habían salido a través de la chimenea del techo, que estaba abierta. Abrió la puerta con todo sigilo, salió al jardín y con suma cautela se dirigió hacia el huerto. En el huerto oyó un rumor de voces, y avanzó hacia ellas, al amparo de las sucesivas sombras, hasta que llegó a un buen escondite. Oculto detrás de un tronco, vio las cabezas —cinco en total— que revoloteaban y conversaban entre sí. Comían los gusanos y los insectos que hallaban en el suelo o en los matorrales. De pronto la cabeza del *aruji* dejó de comer y dijo:

—¡Ah, ese monje viajero que vino esta noche! Cuando lo hayamos comido, nuestros estómagos quedarán colmados... Fui tonto al hablarle de ese modo; así lo induje a recitar los sùtras por mi alma. Acercársele mientras recita sería difícil; y no podemos tocarlo mientras ore. Pero como ya está por amanecer, es posible que se haya dormido... Que uno de vosotros vaya a la casa y vea qué está haciendo.

Otra cabeza —la cabeza de una joven— se elevó y voló hacia la casa con la agilidad de un murciélago. Poco después regresó, y gritó con voz ronca y alarmada:

—El monje viajero no está en la casa. ¡Se fue! Pero eso no es lo peor. Se ha llevado el cuerpo de nuestro *aruji*; y no sé dónde lo ha puesto.

Entonces la cabeza del *aruji* —claramente visible a la luz de la luna— asumió un aspecto espantoso: los ojos se abrieron desmesuradamente, los cabellos se erizaron, los dientes castañetearon. Profirió un alarido brutal y —con lágrimas de furia— exclamó:

—¡Si se ha llevado mi cuerpo, no es posible volver a unirme a él! ¡Entonces debo morir!... ¡Y todo por culpa de ese monje! ¡Pero antes de morir lo encontraré, lo partiré en pedazos, lo devoraré!... Allí está... ¡detrás de ese árbol! ¡Está oculto detrás de ese árbol! ¡Ved al muy cobarde!

Y la cabeza del *aruji*, seguida por las otras cuatro, se arrojó en el acto sobre Kwairyõ. Pero el vigoroso sacerdote había arrancado un árbol joven para defenderse, y lo esgrimió contra ellas, golpeándolas con tenacidad. Cuatro cabezas huyeron, pero la del *aruji*, pese a los golpes recibidos, atacaba con desesperación al monje, y al fin le mordió la manga izquierda de su túnica. Kwairyõ, no obstante, la apresó sin vacilar por los cabellos y le pegó una y otra vez. La cabeza no le soltó la manga, pero emitió un largo gemido y al fin abandonó la lucha. Estaba muerta. Pero los dientes aún mordían la manga; y Kwairyõ, pese a su vigor, no pudo abrir las mandíbulas.

Con la cabeza aún aferrada a la túnica regresó a la casa, donde vio a los otros Rokuro-Kubi en cuclillas, con las cabezas maltrechas y ensangrentadas ya unidas a sus cuerpos. Pero, al verlo entrar por la puerta trasera, gritaron al unísono:

—¡El monje! ¡El monje!

Y salieron por la otra puerta, huyendo hacia el bosque.

Hacia el este se aclaraba el cielo; estaba a punto de romper el alba; y Kwairyõ

sabía que el poder de los espectros se limita a las horas de oscuridad. Examinó la cabeza que le colgaba de la túnica, con el rostro embadurnado de sangre, barro y espuma. Y riéndose en voz alta, pensó para sí:

—¡Vaya *miyage*^[4]! ¡La cabeza de un duende!

Luego recogió sus escasas pertenencias y perezosamente descendió por la montaña para proseguir el viaje.

Siguió adelante hasta llegar a Suwa, en Shinano; y caminó con solemnidad por la calle principal de Suwa, con la cabeza colgada del codo. Las mujeres se desvanecían, los niños gritaban y salían corriendo; y hubo tumultos y clamores hasta que la *torité* (así denominábase a la policía en aquellos tiempos) capturó al sacerdote y lo llevó a prisión. Pues suponían que ésa era la cabeza de un hombre asesinado, quien, en el instante de su muerte, había apresado con los dientes la manga del asesino. En cuanto a Kwairyō, se limitó a sonreír y a guardar silencio ante los interrogatorios. Así, luego de pasar la noche en la cárcel, fue conducido ante los magistrados del distrito. Éstos lo exhortaron a explicar cómo él, un sacerdote, había sido sorprendido con la cabeza de un hombre sujeta a su túnica, y por qué se había atrevido a exhibir su crimen ante el pueblo con tan poco pudor...

Kwairyō se rió sin reservas ante estas preguntas; al fin declaró:

—Señores, yo no sujeté esta cabeza a mi túnica: se sujetó sola y contra mi voluntad. Y no he cometido crimen alguno. Pues ésta no es la cabeza de un hombre, sino la de un duende, y si causé la muerte de un duende, no fue sólo por derramar sangre, sino para tomar los recaudos necesarios para mi propia seguridad...

Y prosiguió con el relato de toda la aventura; al narrar el encuentro con las cinco cabezas, profirió otra carcajada.

Pero los magistrados no se reían. Lo juzgaron un criminal sin miramientos, y su historia un insulto a la inteligencia de los jueces. Por tanto, sin más interrogatorios, decidieron ordenar su ejecución de inmediato. Sólo un anciano osó disentir. Este hombre no había hecho ninguna observación durante el juicio, mas, al escuchar la opinión de sus colegas, se incorporó y les dijo:

—Primero examinemos cuidadosamente la cabeza, pues creo que esto aún no se hizo. Si el monje ha dicho la verdad, la cabeza misma le servirá de testigo... ¡Traed la cabeza!

Y la cabeza, con los dientes aún hincados en la *koromo* de Kwairyō, que éste se quitó de sus hombros, fue puesta a consideración de los jueces. El anciano la volvió una y otra vez, la observó escrupulosamente, y descubrió que había en la nuca extraños caracteres rojos. Llamó la atención de sus colegas al respecto, y también destacó que los bordes del cuello no presentaban huellas del filo de ningún arma. Al contrario, la línea divisoria era tan suave como la que separa una hoja amarilla del tallo que la sostiene. Dijo, pues, el anciano:

—Estoy seguro de que el sacerdote no nos ha dicho sino la verdad. Ésta es una cabeza de Rokuro-Kubi. En el libro *Nan-hō-ī-butsu-shi* está escrito que siempre han de hallarse ciertos caracteres rojos en la nuca de un auténtico Rokuro-Kubi. Observad los caracteres: podéis ver por vosotros mismos que éstos no han sido pintados. Por lo demás, se sabe que hace tiempo que estos duendes habitan las montañas de la provincia de Kai... Pero vos, señor —exclamó, volviéndose a Kwairyō—, ¿qué clase de sacerdote sois? Por cierto disteis prueba de un coraje que pocos monjes poseen; y antes tenéis el aire de un soldado que el de un religioso. ¿Acaso habéis sido samurai?

—Estáis en lo cierto, señor —respondió Kwairyō—. Antes de ser sacerdote, me dediqué largo tiempo al servicio de las armas, y en esos días jamás temí a hombre o demonio alguno. Llamábame entonces Isogai Hēidazaemon Takétsura, de Kyûshû: acaso haya entre vosotros alguno que lo recuerde.

Ante el sonido de ese nombre, un murmullo de admiración colmó el tribunal, pues había muchos que lo recordaban. Y Kwairyō inmediatamente se vio rodeado de amigos en lugar de jueces, amigos que ansiaban demostrarle su admiración mediante una gentileza fraterna. Lo escoltaron con honor hasta la morada del *daimyō*, que lo recibió con festejos y no lo dejó ir sin ofrendarle un valioso presente. Kwairyō, al irse de Suwa, era tan feliz como puede serlo un monje en este mundo transitorio. En cuanto a la cabeza, la llevó consigo, insistiendo jocosamente en que se trataba de un *miyagé*.

Sólo nos queda referir lo que sucedió con la cabeza.

Uno o dos días después de alejarse de Suwa, Kwairyō se enfrentó con un salteador, quien lo detuvo en un paraje solitario y lo obligó a desnudarse. Kwairyō se quitó en el acto la *koromo* y se la ofreció al salteador, que entonces advirtió lo que colgaba de la manga. El ladrón, aunque no carecía de audacia, quedó estupefacto: dejó caer la túnica y saltó hacia atrás. Luego exclamó:

—¿Pero qué clase de sacerdote sois? ¡Sois peor hombre que yo! Es verdad que cometí asesinatos, pero jamás anduve con la cabeza de nadie sujeta a mi manga... Bien, Señor Sacerdote, veo que somos de la misma calaña, y debo declarar que os admiro... Ahora bien, esa cabeza me sería útil: con ella podría atemorizar a la gente. ¿Me la vendéis? Os doy mi ropa a cambio de vuestra *koromo*, y os daré cinco *ryō* por la cabeza.

Respondió Kwairyō:

—Te dejaré la cabeza y la túnica, si insistes; pero debo advertirte que ésta no es una cabeza de hombre. Es una cabeza de duende. De tal modo que, si la compras y luego te trae problemas, recuerda que no tuve intención de engañarte.

—¡Buen sacerdote sois! —exclamó el salteador—. Matáis hombres y luego lo tomáis a broma... Pero yo hablo en serio. Aquí está mi túnica y aquí está el dinero;

dadme, pues, la cabeza... ¿De qué vale bromear?

—Tómala —dijo Kwairyō—. Yo no bromeaba. Lo único gracioso de todo esto, si es que hay algo gracioso, es que seas tan necio como para pagar por una cabeza de duende.

Y Kwairyō siguió su camino con grandes carcajadas.

Así obtuvo el salteador la cabeza y la *koromo*; y durante un tiempo jugó al monje fantasma en las carreteras. Pero, al llegar a las vecindades de Suwa, se enteró de la auténtica historia de la cabeza, y temió que el espíritu del Rokuro-Kubi pudiese perturbarlo. De modo que resolvió devolver la cabeza al sitio de donde provenía, y sepultarla con su cuerpo. Se abrió paso hasta la solitaria choza de los montes de Kai; pero allí no había nadie, y no pudo descubrir el cuerpo. Sepultó entonces la cabeza en el huerto y erigió una lápida sobre la tumba; luego hizo officiar un servicio Ségaki por el espíritu del Rokuro-Kubi. Y esa lápida —conocida como la Lápida del Rokuro-Kubi— se conserva (así al menos lo declara el cronista japonés) aún en el día de hoy.

^[1] El periodo de Eikyō duró de 1429 a 1441 (*N. dé. A.*) <<

[2] Tal es el nombre de la túnica de los monjes budistas (*N. del A.*) <<

[3] Trátase de una especie de pequeño hogar practicado en el suelo de una habitación. El *ro* suele ser una cavidad cuadrada, poco profunda, revestida de metal y medio cubierta de cenizas, en la que se enciende el carbón de leña (*N. del A.*) <<

[4] Ése es el nombre que recibe un regalo hecho a los amigos o parientes al regresar de un viaje. Por lo común, el *miyagé* consiste, como es natural, en algún producto de la localidad a la que se ha viajado: de ahí la broma de Kwairyō (*N. del A.*) <<

EL SECRETO DE LA MUERTA

Hace mucho tiempo, en la provincia de Tamba, vivía un rico mercader llamado Inamuraya Gensuké. Tenía una hija llamada O-Sono. Como ésta era muy bonita y sagaz, el mercader juzgó inoportuno brindarle sólo la exigua educación que podían ofrecerle los maestros rurales; la confió, pues, a unos servidores fieles y la envió a Kyôto, para que allí adquiriera las gráciles virtudes que suelen exhibir las damas de la capital. En cuanto la muchacha completó su educación, fue cedida en matrimonio a un amigo de la familia paterna, un mercader llamado Nagaraya, y con él compartió una dicha que duró casi cuatro años. Sólo tuvieron un hijo, un varón, pues O-Sono cayó enferma y murió después del cuarto año de matrimonio.

En la noche siguiente al funeral de O-Sono, su hijito dijo que la madre había vuelto y que estaba en el cuarto de arriba. Le había sonreído, pero sin dirigirle la palabra: el niño se había asustado y había emprendido la fuga. Algunos miembros de la familia subieron al cuarto que había pertenecido a O-Sono, y no poco se asombraron al ver, a la luz de una pequeña lámpara que ardía ante un altar en el cuarto, la imagen de la muerta. Parecía estar de pie ante un *tansu*, o cómoda, que aún contenía sus joyas y atuendos. La cabeza y los hombros eran nítidamente visibles, pero de la cintura para abajo la imagen se esfumaba hasta tornarse invisible; semejaba un imperfecto reflejo, transparente como una sombra en el agua.

Todos se asustaron y abandonaron la habitación. Abajo se consultaron entre sí; y la madre del esposo de O-Sono declaró:

—Toda mujer siente predilección por sus pequeñas cosas, y O-Sono le tenía gran afecto a sus pertenencias. Acaso haya vuelto para contemplarlas. Muchos muertos suelen hacerlo... a menos que las cosas se donen al templo de la zona. Si le regalamos al templo las ropas y adornos de O-Sono, es probable que su espíritu guarde sosiego.

Todos estuvieron de acuerdo en hacerlo tan pronto como fuera posible. A la mañana siguiente, por tanto, vaciaron los cajones y llevaron al templo las ropas y los adornos. Pero O-Sono regresó la próxima noche y contempló el *tansu* tal como la vez anterior. Y también volvió la noche siguiente, y todas las noches se repitió su visita, que transformó esa casa en una morada del temor.

La madre del esposo de O-Sono acudió entonces al templo y le contó al sumo sacerdote lo que había sucedido, pidiéndole que la aconsejara al respecto. El templo pertenecía a la secta Zen, y el sumo sacerdote era un docto anciano, conocido como Daigen Oshô.

Dijo el sacerdote:

—Debe haber algo que le causa ansiedad, dentro o cerca del *tansu*.

—Pero vaciamos todos los cajones —replicó la anciana—; no hay nada en el *tansu*.

—Bien —dijo Daigen Oshō—, esta noche iré a vuestra casa y montaré guardia en el cuarto para ver qué puede hacerse. Dad órdenes de que nadie entre a la habitación mientras monto guardia, a menos que yo lo requiera.

Después del crepúsculo, Daigen Oshō fue a la casa y comprobó que el cuarto estaba listo para él. Permaneció allí a solas, leyendo los sūtras; y nada apareció hasta la Hora de la Rata^[1]. Entonces la imagen de O-Sono surgió súbitamente ante el *tansu*. Su rostro denotaba ansiedad, y permaneció con los ojos fijos en el *tansu*.

El sacerdote pronunció la fórmula sagrada prescrita para tales casos, y luego, dirigiéndose a la imagen por el *kaimyō*^[2] de O-Sono le dijo:

—Vine aquí para ayudarte. Quizá haya en ese *tansu* algo que despierta tu ansiedad. ¿Quieres que te ayude a buscarlo?

La sombra pareció asentir mediante un leve movimiento de cabeza; el sacerdote se incorporó y abrió el cajón de arriba. Estaba vacío. A continuación, abrió el segundo, el tercero y el cuarto cajón; hurgó detrás y encima de cada uno de ellos; examinó con cuidado el interior de la cómoda. No halló nada. Pero la imagen permanecía erguida, con tanta ansiedad como antes. «¿Qué querrá?», pensó el sacerdote. De pronto se le ocurrió que acaso hubiera algo oculto debajo del papel que revestía los cajones. Levantó el forro del primer cajón: ¡nada! Pero debajo del forro del cajón inferior halló algo: una carta.

—¿Era esto lo que te inquietaba? —preguntó.

La sombra de la mujer se volvió hacia él, con su lánguida mirada en la cara.

—¿Quieres que la queme? —preguntó Daigen Oshō.

Ella se inclinó ante él.

—Esta misma mañana será quemada en el templo —prometió el sacerdote—, y nadie la leerá salvo yo.

La imagen sonrió y se disipó.

Rompía el alba cuando el sacerdote bajó las escaleras, a cuyo pie la familia lo aguardaba expectante.

—Calmaos —les dijo—, no volverá a aparecer.

Y la sombra, en efecto, jamás regresó.

La carta fue quemada. Era una carta de amor redactada por O-Sono en la época de sus estudios en Kyōto. Pero sólo el sacerdote se enteró de su contenido, y el secreto murió con él.

[1] La Hora de la Rata (Né-no-Koku) era, según el antiguo método japonés de medición del tiempo, la hora primera. Correspondía, para nuestro código, al tiempo transcurrido entre medianoche y las dos de la mañana; para los antiguos japoneses cada hora equivalía a dos horas modernas (*N. del A.*) <<

[2] *Kaimyō*: nombre budista póstumo, o nombre religioso, dado a los muertos. Estrictamente hablando, el significado de la palabra es «nombre de silâ». Véase mi artículo «The Literature of the Dead» en *Exotics and Retrospectives* (N. del A.) <<

YUKI-ONNA

En una aldea de la provincia de Musashi vivían dos leñadores: Mosaku y Minokichi. En la época a la que aludo, Mosaku era un anciano, y Minokichi, su aprendiz, un joven de dieciocho años. Todos los días iban juntos a un bosque que distaba unas cinco millas de la aldea. Camino de ese bosque hay que vadear un ancho río, y hay una balsa. Varias veces se construyó un puente en el sitio donde cruza la balsa, pero cada vez el puente fue arrastrado por una inundación. No hay puente que resista la corriente cuando crece ese río.

Mosaku y Minokichi iban camino de casa, un frío atardecer, cuando los sorprendió una brusca tormenta de nieve. Alcanzaron la balsa, pero el batelero se había ido, dejando la embarcación en la otra ribera del río. No era día apropiado para nadar, y los leñadores se cobijaron en la choza del batelero, juzgándose dichosos por haber hallado al menos ese refugio. En la choza no había brasero ni sitio alguno donde encender fuego: era sólo una choza de doble entarimado^[1], con una sola puerta y sin ventanas. Mosaku y Minokichi cerraron la puerta y se echaron a descansar, cubriéndose con los abrigos de paja. Al principio no sintieron mucho frío, y pensaban que la nevisca no tardaría en concluir.

El viejo se durmió casi enseguida, pero el muchacho, Minokichi, permaneció despierto durante un buen rato, atento al viento que gemía y a la nieve que azotaba la puerta. El río bramaba con furia; la choza crujía, meciéndose como un junco en el mar. Era una tormenta espantosa, y el aire era cada vez más helado. Minokichi temblaba debajo de su abrigo. Pero al fin, pese a todo, también se durmió.

Una ráfaga de nieve en la cara lo despertó. La puerta de la choza se había abierto con brusquedad; el resplandor de la nieve (*yukiakari*) iluminó a una mujer que estaba dentro de la choza: una mujer totalmente vestida de blanco. Estaba inclinada sobre Mosaku y exhalaba su aliento sobre él; y su aliento semejaba un humo blanco y brillante. Casi en el mismo instante se volvió hacia Minokichi y se agachó sobre él. El joven quiso gritar, pero no pudo emitir sonido alguno. La mujer de blanco se le acercó cada vez más, casi hasta rozarlo con el rostro; advirtió que era muy hermosa, aunque sus ojos eran terribles. Ella lo miró durante un rato; luego susurró, con una sonrisa:

—Mi intención era tratarte como al otro. Pero no puedo evitar cierta piedad por ti... eres tan joven... Eres un muchacho apuesto, Minokichi, y no te causaré daño. Pero, si alguna vez le cuentas a alguien (aun a tu madre) lo que viste esta noche, lo sabré y acudiré a matarte... ¡Recuerda estas palabras!

Y, tras pronunciarlas, se apartó de él y salió por la puerta. Entonces el joven

recobró el don del movimiento; se incorporó de un salto y miró alrededor. Pero la mujer no estaba en ninguna parte, y la nieve inundaba frenéticamente la cabaña. Minokichi cerró la puerta y la aseguró con leños. Supuso que era el viento el que la había abierto, y pensó que había estado soñando, que había tomado el resplandor de la nieve en el vano de la puerta por la imagen de una mujer blanca; pero no podía estar seguro. Llamó a Mosaku, y se atemorizó al ver que éste no le contestaba. Tendió la mano en la oscuridad, acarició el rostro de Mosaku, y descubrió que estaba helado. Mosaku era un rígido cadáver.

Hacia el alba se disipó la tormenta; y cuando el batelero regresó a su puesto, poco después del amanecer, halló a Minokichi sin sentido junto al gélido cadáver de Mosaku. Minokichi recibió atención inmediata y no tardó en recobrarse; pero durante mucho tiempo quedó enfermo a causa del frío padecido en esa terrible noche. También lo había asustado mucho la muerte del viejo, pero a nadie mencionó la visión de la mujer de blanco. Apenas se repuso, volvió a emprender su faena: todas las mañanas, a solas, iba al bosque, de donde regresaba al anochecer con sus haces de leña, que vendía con ayuda de su madre.

Un atardecer del invierno siguiente, mientras regresaba a casa, encontró una muchacha que viajaba por el mismo camino. Era alta, delgada y muy bonita, y respondió al saludo de Minokichi con una voz tan dulce como el arrullo de un pájaro. Caminó junto a ella y comenzaron a conversar. La muchacha dijo llamarse O-Yuki^[2]; dijo además que hacía poco había perdido a sus padres y que iba en viaje hacia Yedo, donde tenía unos parientes pobres que acaso la ayudaran a conseguir empleo como sirvienta. La extraña muchacha pronto sedujo a Minokichi: cuanto más la miraba más hermosa parecía. El joven le preguntó si no estaba comprometida, y ella respondió, con una carcajada, que estaba libre. A su vez, ella le preguntó a Minokichi si él estaba casado o comprometido; le contestó que, si bien sólo tenía que mantener a una madre viuda, aún no habían considerado la cuestión de una «honorable nuera», puesto que él era muy joven... Luego de estas confidencias, prosiguieron su camino en silencio; mas, según declara el proverbio, *Ki ga aréba, mé mo kuchi hodo ni mono wo yu* (En presencia del deseo, los ojos no son menos elocuentes que los labios). Cuando llegaron a la aldea, ambos se habían cobrado mutuo afecto; y entonces Minokichi le rogó a O-Yuki que aceptara alojarse en su casa por esa noche. Tras una tímida vacilación, ella decidió acompañarlo; y la madre de Minokichi le ofreció la bienvenida y le preparó una comida caliente. O-Yuki se comportó con tal discreción que la madre del joven se prendó repentinamente de ella, y la persuadió de que aplazara su viaje a Yedo. La natural consecuencia de este episodio fue, por supuesto, que O-Yuki jamás fue a Yedo. Permaneció en la casa, como «honorable hija política».

O-Yuki desempeñó este papel a la perfección. Al fallecer la madre de Minokichi —cinco años más tarde—, sus últimas palabras fueron de afecto y alabanza para la mujer de su hijo. Y O-Yuki le dio diez hijos a Minokichi, entre varones y mujeres, todos ellos muy hermosos, y de tez admirable.

La gente de la comarca consideraba a O-Yuki una persona maravillosa, aunque distinta de ellos por naturaleza. La mayor parte de las campesinas envejece prematuramente, pero O-Yuki, aunque era madre de diez niños, se conservaba tan joven y lozana como el día en que llegó a la aldea.

Una noche, cuando los niños se habían dormido, O-Yuki cosía a la luz de un farolillo de papel; y Minokichi, observándola, le dijo:

—Al verte allí, cosiendo, con la luz en la cara, evoqué algo extraño que me aconteció cuando tenía dieciocho años. En esa ocasión, vi a una mujer tan hermosa y blanca como tú... en realidad, se te parecía mucho...

O-Yuki respondió, sin alzar los ojos:

—Háblame de ella... ¿Dónde la viste?

Entonces Minokichi le refirió la noche espantosa pasada en la cabaña del batelero, le contó el episodio de la Mujer Blanca que le había sonreído y susurrado, y le describió la silenciosa muerte del viejo Mosaku. Y añadió:

—Ésa fue la única vez, en el sueño o la vigilia, que vi una criatura tan hermosa como tú. No era, por supuesto, un ser humano; y yo le tenía miedo... mucho miedo... ¡pero era tan blanca! En verdad, nunca estuve seguro de si había soñado o si había visto a la Mujer de la Nieve...

O-Yuki arrojó su costura, se levantó, se irguió ante Minokichi, y le gritó:

—¡Era yo... yo... yo!... ¡Era Yuki! ¡Y te dije que te mataría si alguna vez llegabas a mencionarlo!... Si no fuera por esos niños que duermen allí, te mataría al instante. Y ahora, mejor que los cuides muy, muy bien, pues si alguna vez tienen razones para quejarse de ti, te trataré como mereces...

Mientras gritaba, su voz se había aflautado hasta parecer un gemido del viento; entonces se disipó, convirtiéndose en una niebla blanca y rutilante que ascendió hacia el cielo raso y que desapareció trémula, por el agujero de la chimenea... Jamás volvieron a verla.

^[1] Es decir, la superficie del piso tenía unos seis pies cuadrados (*N. del A.*) <<

[2] Este nombre, que significa «nieve», no es infrecuente. Acerca de los nombres femeninos en Japón véase mi libro *Shadowings* (N. del A.) <<

LA HISTORIA DE AOYAGI

En la era de Bummei (1469-1486) hubo un joven samurai llamado Tomotada al servicio de Hatakéyama Yoshimuné, Señor de Noto. Tomotada era nativo de Echizen, pero a temprana edad lo habían llevado como paje al palacio del *daimyō* de Noto, y allí lo habían adiestrado, bajo la supervisión del príncipe, en el ejercicio de las armas. Con el tiempo, demostró que sus virtudes como erudito no eran inferiores a sus virtudes como soldado, y continuó gozando del favor de su príncipe. Dotado de afabilidad, simpatía y apostura, ganó el afecto y la admiración de los otros samurais.

Tomotada tenía veinte años cuando se le encomendó una misión especial ante Hosokawa Masamoto, gran *daimyō* de Kyotō y pariente de Hatakéyama Yoshimuné. Como recibió órdenes de pasar por Echizen, el joven solicitó y obtuvo licencia para visitar de paso a su madre, que era viuda.

Partió en la época más gélida del año; el campo estaba cubierto de nieve y, aunque el samurai contaba con un vigoroso corcel, se vio forzado a marchar con lentitud. Tomó una senda que se internaba en un paraje montañoso, donde los poblados eran escasos y distantes entre sí; y en el segundo día de viaje, agotado por horas de cabalgata, sucumbió a la desesperación al ver que no podía llegar a su próximo descanso sino hasta bien entrada la noche. Su ansiedad se justificaba, pues cerníase una pesada nevisca y un ventarrón frío e intenso, y el caballo ya parecía exhausto. Pero, en ese momento crucial, Tomotada súbitamente vislumbró el techo derruido de una cabaña en la cima de un monte coronado de sauces. Espoleó al animal, y no sin dificultades trepó hasta la casa; golpeó con fuerza los batientes de madera, cerrados para impedir la irrupción del viento. Una anciana acudió a abrirle, y al ver al apuesto desconocido, gritó, compadeciéndole:

—¡Ah, qué horrible! ¡Un joven caballero viajando solo con este tiempo!... Dignaos entrar, joven señor.

Tomotada desmontó y, tras conducir su caballo a un establo al fondo de la casa, entró en la cabaña, donde vio a un viejo y una muchacha que se calentaban a la lumbre de una fogata hecha de ramas de bambú. Con todo respeto lo invitaron a compartir el fuego; los ancianos procedieron a calentar un poco de vino de arroz y a preparar comida para el viajero, a quien se aventuraron a interrogar con respecto a su travesía. La joven, entretanto, desapareció detrás de una mampara. Tomotada había observado con asombro que ésta era extraordinariamente bella, aunque su vestimenta consistía en aborrecibles harapos y tenía el cabello, largo y suelto, totalmente desgreñado. Le intrigó que una muchacha tan bonita viviera en un sitio tan pobre y desolado.

Díjole el anciano:

—Honorable señor, el próximo pueblo está lejos; arrecia la nieve, el viento cala

los huesos, y el camino está en malas condiciones. Seguir vuestro camino esta misma noche sería, por tanto, algo peligroso. Aunque este cobertizo es indigno de vuestra presencia, y aunque no tenemos comodidades que ofreceros, quizá sea más seguro que esta noche os cobijéis bajo este techo miserable... Sabríamos cuidar de vuestra cabalgadura.

Tomotada aceptó esta humilde propuesta, íntimamente feliz de disponer de más ocasiones de ver a la muchacha. Pronto le ofrecieron una comida tosca aunque abundante, y la joven regresó para servirle el vino. Se había cambiado de ropas y ahora lucía un vestido de confección casera, basto pero limpio; se había peinado y cepillado los largos cabellos. En cuanto ella se inclinó para llenar la copa, Tomotada comprobó con perplejidad que era más bella que todas las mujeres que había conocido; también lo asombraron sus gráciles movimientos. Pero los ancianos comenzaron a disculparse por ella, diciendo:

—Señor, nuestra hija, Aoyagi^[1], ha sido criada aquí, en las montañas, prácticamente sola, e ignora los buenos modales. Os rogamos que disculpéis su estupidez y su ignorancia.

Tomotada alegó que se consideraba dichoso al ser servido por una doncella tan bonita. No podía apartar los ojos de ella, aunque advertía que su mirada de admiración la hacía sonrojar; no probó el vino ni la comida.

—Amable señor —dijo la madre—, esperamos que intentaréis comer y beber un poco, pues aunque nuestros alimentos sean de la peor calidad, ese viento espantoso os debe haber helado.

Entonces, para complacer a los ancianos, Tomotada comió y bebió cuanto pudo, pero los encantos de la muchacha no dejaron de seducirlo. Habló con ella y descubrió que sus palabras eran tan dulces como su rostro. Acaso la hubiesen criado en las montañas, pero, en tal caso, sus padres debían haber sido gente de rango en otro tiempo, pues hablaba y gesticulaba como una dama de alcurnia. Súbitamente, Tomotada le dirigió un poema —que también era una pregunta— inspirado por el deleite de su corazón:

*Tadzunétsuru
Hana ka toté koso,
Hi wo kurasé
Akénu ni otoru
Akané sasuran?*

*[Yendo a hacer una visita,
Hallé algo que creí una flor:
Por tanto, aquí pasaré el día...]*

*¿Por qué, antes del alba,
Han de encenderse los tintes del alba?
Eso en verdad lo ignoro*].^[2]

Sin vacilar un instante, ella le respondió con estos versos:

*Izuru hi no
Honoméku iro wo
Waga sodé ni
Tsutsumaba asu mo
Kimiya tomaran*

*[Si con la manga oculto el lánguido
Y hermoso color del sol crepuscular,
Entonces es posible que mi señor
Aún permanezca aquí por la mañana*]^[3].

Entonces Tomotada supo que ella aceptaba su admiración; y el asombro que le causó la sutileza con que ella hilvanara en versos sus sentimientos no fue inferior al deleite que le ocasionó la respuesta que éstos implicaban. Ahora estaba seguro de que en todo este mundo jamás podría encontrar, y menos conquistar, a una muchacha más bella y sagaz que esta rústica doncella; y en su corazón, una voz parecía gritarle: «¡Aprovecha la suerte que los dioses han puesto en tu camino!». En otras palabras, estaba hechizado, y lo estaba a tal punto que, sin dilación, le pidió a los ancianos la mano de su hija, no sin detallarles su propio nombre y linaje, y su rango en la corte del Señor de Noto.

Ellos se inclinaron ante él, proclamando su sorpresa y gratitud. Pero, tras unos instantes de aparente vacilación, dijo el padre:

—Honorable señor, sois persona de alto rango y tenéis posibilidad de elevaros más todavía. Muy grande es el favor que os dignáis ofrecernos, y por cierto que no hay modo de expresar o medir la hondura de nuestra gratitud. Pero esta muchacha es sólo una estúpida campesina, nacida en cuna humilde y sin educación de ningún tipo, y no es adecuado que se convierta en esposa de un noble samurai. Ni siquiera es correcto mencionar tal posibilidad... Pero, puesto que la halláis a vuestro gusto y habéis condescendido a disculpar sus rústicos modales y a pasar por alto su grosería, os la ofrecemos con gusto para que os sirva con humildad. Dignaos, pues, actuar como mejor convenga a vuestro augusto placer.

Antes de la mañana se disipó la tormenta, y la claridad irrumpió desde el oriente sin nubes. Aunque la manga de Aoyagi ocultaba el arrebol del crepúsculo a los ojos

de su amante, éste no podía demorarse más. No obstante, no se resignaba a despedirse de la joven. Cuando todo estuvo dispuesto para el viaje, se dirigió a los padres con estas palabras:

—Aunque parezca ingrato solicitar más de lo que ya he recibido, una vez más quiero rogaros que me deis a vuestra hija por esposa. Ahora me sería difícil separarme de ella; y, puesto que ella está deseosa de acompañarme, si lo permitís, la llevaré tal como está. Si me la concedéis, siempre os veneraré como padres... y aceptad entretanto esta pobre señal de agradecimiento a vuestra amabilísima hospitalidad.

Hablando de este modo, puso a los pies de su humilde anfitrión una bolsa de *ryō* de oro. Pero el anciano, tras prosternarse reiteradas veces, le devolvió el presente con amabilidad, diciéndole:

—Bondadoso señor, de nada nos serviría el oro, y vos acaso lo necesitéis durante vuestra larga jornada. Aquí no compramos nada; y no podríamos gastar tanto dinero aunque quisiéramos... En cuanto a la muchacha, ya os la hemos ofrecido como un regalo. Os pertenece: es innecesario que nos pidáis permiso para llevárosla. Ya nos ha confiado que desea acompañaros y ser vuestra sirvienta tanto tiempo como os dignéis mirarla. Con sólo aceptarla, nos colmáis de felicidad; os imploramos que no os preocupéis por nosotros. En este lugar no podíamos brindarle ropa adecuada... mucho menos una dote. Además, siendo viejos, pronto hubiésemos debido despedirnos de ella de cualquier modo. Es, pues, una suerte que vuestra voluntad sea llevárosla.

En vano intentó Tomotada persuadir a los ancianos de que aceptaran el presente: el dinero no les interesaba. Pero advirtió que tenían verdadera ansiedad por confiarle el destino de su hija, de modo que decidió llevársela consigo. La montó sobre el caballo y se despidió de los ancianos por el momento, expresándoles su sincera gratitud.

—Honorable señor —respondió el padre—, somos nosotros, no vos, quienes debemos estar agradecidos. Estamos seguros de que trataréis bien a nuestra niña y que no debemos temer por ella...

[Aquí, en el original japonés hay una extraña ruptura en el curso natural de la narración, que acusa por tanto una curiosa incoherencia. Nada más se dice sobre la madre de Tomotada o sobre los padres de Aoyagi o sobre el *daimyō* de Noto. Es obvio que el narrador se hartó aquí de su obra y apresuró el relato, llevándolo sin escrúpulo a su asombroso final. No puedo suplir tales omisiones o reparar sus fallas de construcción, pero me aventuraré a intercalar ciertos detalles aclaratorios que impidan la total disolución del resto del cuento... Parece que Tomotada se apresuró a ir a Kyōto con Aoyagi, y así se procuró problemas; pero no se nos informa de cómo vivió la pareja de ahí en adelante.]

... Ahora bien, un samurai no podía casarse sin consentimiento de su señor, y Tomotada no habría de obtenerlo antes de que su misión fuera cumplida. Tenía razones, en tales circunstancias, para temer que la belleza de Aoyagi le ganara enemigos que intentaran arrebatársela. En Kyôto, por tanto, procuró mantenerla oculta a los curiosos. Pero un servidor del Señor Hosokawa vio un día a Aoyagi, descubrió cuál era su relación con Tomotada, e informó del asunto al *daimyô*.

El *daimyô* —un joven príncipe adepto a las caras bonitas— ordenó que la muchacha compareciera en palacio, adonde aquélla fue llevada en el acto y sin ceremonias.

Tomotada sufrió un ilimitado dolor, pero no ignoraba su impotencia. Era sólo un humilde mensajero al servicio de un lejano *daimyô*, y por el momento estaba a la merced de un *daimyô* mucho más poderoso, cuyos deseos eran irrecusables. Por lo demás, Tomotada sabía que había actuado como un necio, atrayendo su propio infortunio al iniciar una relación clandestina condenada por el código de la casta militar. Sólo le quedaba un recurso desesperado: huir con Aoyagi, siempre que ésta pudiera y quisiera. Tras largas reflexiones, decidió intentar enviarle un mensaje. El intento sería arriesgado, por supuesto: cualquier escrito que se le enviara podía caer en manos del *daimyô*, y mandarle una carta de amor a una residente en palacio era una ofensa imperdonable. Pero resolvió correr el albur y compuso una carta en forma de poema chino, que intentó hacerle llegar. El poema estaba escrito con sólo veintiocho caracteres. Pero en esos veintiocho caracteres pudo expresar toda la hondura de su pasión y sugerir todo el dolor de la ausencia^[4]:

*Kôshi ô-son gojin wo ou;
Ryokuju namida wo tarété rakin wo hitararu;
Komon hitotabi irité fukaki koto umi no gotoshi;
Koré yori shorô koré rojin.*

*[El joven príncipe ahora sigue de cerca a la rutilante doncella;
Las lágrimas de la bella, al caer, han humedecido todos sus vestidos.
Pero el augusto señor se prendó de ella...
Y la profundidad de su anhelo iguala a la profundidad del océano.
Sólo yo, pues, padezco el olvido, sólo yo deambulo en la soledad.]*

Al anoecer del día en que envió el poema, Tomotada fue requerido por el Señor Hosokawa. El joven sospechó en el acto que lo habían descubierto; y, si el *daimyô* había visto su carta, no tenía esperanzas de rehuir la pena capital.

«Ahora ordenará ejecutarme», pensó Tomotada, «pero no me importa vivir si no me devuelven a Aoyagi. Además, si determinan mi sentencia de muerte, al menos

intentaré matar a Hosokawa».

Echó sus espadas al cinto y se dirigió al palacio.

Al entrar en la sala de audiencias, vio al Señor Hosokawa en cuclillas sobre el estrado, rodeado por samurais de alto rango, con gorros y mantos ceremoniales. Todos estaban callados como estatuas, y mientras Tomotada avanzaba para tributar su homenaje, el silencio parecía tornarse denso y siniestro, como la quietud que precede al temporal. Pero Hosokawa descendió súbitamente del estrado y, tomando el brazo del joven, repitió las palabras del poema: *Kōshi ō-son gojin wo ou...* Y Tomotada, al mirarlo, vislumbró bondadosas lágrimas en los ojos del príncipe.

Dijo entonces Hosokawa:

—Ya que tanto os amáis, me tomo la libertad de autorizar vuestro matrimonio, arrogándome un derecho que le corresponde al Señor de Noto; y vuestra boda se celebrará en mi presencia. Los invitados están presentes, los regalos están dispuestos.

A una señal del Señor, las mamparas corredizas fueron abiertas: Tomotada contempló un vasto salón donde múltiples dignatarios de la corte se habían congregado para la ceremonia, y Aoyagi lo aguardaba con un vestido nupcial. De tal modo la muchacha le fue devuelta; la boda fue espléndida y jovial, y la joven pareja recibió valiosos presentes tanto del príncipe cuanto de los miembros de la corte.

Después de la boda, Tomotada y Aoyagi compartieron cinco años de felicidad. Pero una mañana, Aoyagi, mientras comentaba con su esposo un problema doméstico, profirió un súbito alarido de dolor y luego quedó pálida y tiesa. Después de unos instantes, dijo con un hilo de voz:

—Discúlpame por ese grito brutal... ¡pero el dolor fue tan repentino! Querido esposo, nuestra unión ha de estar inscrita en nuestro karma desde una existencia anterior, gracias a lo cual, espero, volveremos a estar juntos en más de una de las vidas que nos aguardan. Pero en esta existencia, tal unión se ha quebrado... ha llegado el momento de separarnos. Repite en mi honor, lo imploro, la plegaria *Nembutsu*^[5]... porque agonizo.

—¡Oh! ¡Qué extrañas y ridículas fantasías! —exclamó el asombrado esposo—. No te sientes bien, querida... eso es todo... Reclínate un rato y descansa, pronto pasará.

—¡No, no! —respondió Aoyagi—. ¡Agonizo! No es mi imaginación... lo sé. Y ahora sería en vano, esposo mío, ocultarte la verdad por más tiempo: no soy un ser humano. Mi alma es el alma de un árbol, la savia del sauce es mi vida. Y alguien, en este instante cruel, derriba mi árbol y causa mi muerte... Ni siquiera tengo fuerzas para llorar... ¡Rápido, rápido! Repite el *Nembutsu* para mí... rápido... ¡Ah!

Con otro alarido apartó la cabeza, e intentó ocultarla detrás de la manga. Pero en

ese mismo instante todo su cuerpo pareció ceder del modo más extraño y caer hasta alcanzar el nivel del piso. Tomotada dio un salto e intentó aferrarla, pero no había nada que aferrar. En el piso sólo quedaban las ropas vacías de la hermosa criatura y los ornamentos con que se había tocado el cabello: el cuerpo había dejado de existir.

Tomotada se rasuró el cráneo, prestó juramento ante el Buda y se convirtió en monje viajero. Recorrió todas las provincias del imperio y, en todos los lugares sacros que visitaba, ofrecía plegarias por el alma de Aoyagi. Al llegar a Echizen, en el curso de su peregrinación, buscó el hogar de los padres de su amada. Pero cuando llegó a ese solitario paraje entre los montes, comprobó que la choza había desaparecido. No había señal alguna que precisara el lugar donde había estado, salvo los tocones de tres sauces (dos árboles viejos y uno joven), talados mucho antes de su llegada.

Junto a los tocones de los sauces erigió un monumento funerario, en el que inscribió diversos textos sagrados; y allí ofició muchas ceremonias budistas en memoria de los espíritus de Aoyagi y sus padres

[1] El nombre significa «sauce verde» aunque es infrecuente, todavía está en uso (*N. del A.*) <<

[2] El poema puede ser leído de dos maneras, pues hay diversas frases con doble significado. Pero el arte de su construcción requeriría una explicación extensa, que acaso no interese al lector occidental. El significado que deseaba expresar Tomotada puede vertirse de este modo: «Mientras viajaba para visitar a mi madre, hallé una criatura tan adorable como una flor, y por causa de esa adorable persona, aquí he de pasar el día. Oh hermosa, ¿por qué ese arrebol crepuscular antes de la hora del crepúsculo? ¿Acaso significa que me amas?». (*N. del A.*) <<

[3] Es posible otra lectura, pero ésta da el significado de la *respuesta* requerida (N. del A.). <<

[4] De ello quisiera persuadirnos el narrador japonés, si bien es cierto que los versos parecen vulgares en una traducción. Sólo intenté ofrecer su significado general: una traducción literal eficaz requeriría cierta erudición (*N. del A.*) <<

[5] La palabra *Nembutsu* —explica L. H. en el artículo ‘Buddhist Names of Plants and Animals’ (*A Japanese Miscellany*)— es el nombre de la invocación *Namu Amida Butsu!* (‘¡Salutación al Buda Amitabha!’), que los piadosos de muchas sectas emplean como plegaria, y especialmente como plegaria para los muertos». (*N. del A.*)

<<

JIU-ROKU-ZAKURA

*Uso no yona
Jiu-roku-zakura
Saki ni keri!*

En Wakégōri, un distrito de la provincia de Iyo, se yergue un cerezo famoso y antiguo, llamado *Jiuroku-sakura*, «el Cerezo del Día Decimosexto» porque todos los años florece el día decimosexto del primer mes (según el antiguo calendario lunar), y sólo ese día. De modo que la época de su florecimiento es durante el Gran Frío, pese a que el hábito natural de un cerezo consiste en aguardar hasta la primavera antes de aventurarse a florecer. Pero el *Jiu-roku-sakura* florece gracias a una vida que no es la propia, o que, al menos, no lo era originalmente. El espíritu de un hombre habita ese árbol.

Era un samurai de Iyo, y ese árbol crecía en su jardín y solía dar flores en la época habitual, o sea, hacia fines de marzo y principios de abril. El samurai había jugado bajo ese árbol cuando niño; y sus padres y abuelos y ancestros habían colgado en esas ramas, estación tras estación, durante más de cien años, brillantes tiras de papel de colores donde habían escrito poemas de alabanza. El samurai envejeció, a tal punto que sobrevivió a sus propios hijos, y nada le quedaba en el mundo digno de su amor, salvo ese árbol. Mas, ¡ay!, un incierto verano el árbol se marchitó y murió.

El anciano no hallaba consuelo por la pérdida de su árbol. Entonces, unos cordiales vecinos hallaron un cerezo joven y hermoso y lo plantaron en el jardín del samurai, con la esperanza de confortarlo. Él demostró gratitud y simuló alegría. Pero lo cierto es que su corazón estaba ebrio de dolor, pues tanto había adorado al viejo árbol que nada podía compensar esa pérdida.

Al fin tuvo una feliz ocurrencia: recordó que había un modo de salvar al árbol seco. (Era el día decimosexto del mes primero). Entró en el jardín, se inclinó ante el árbol marchito y le habló de esta manera:

—Ahora dígnate, te lo imploro, florecer una vez más, porque voy a morir en tu lugar.

(Pues se cree que uno en verdad puede ofrecer la propia vida a cambio de la de otra persona, de la de una criatura, o aun de la de un árbol, por mediación de los dioses; el acto de transferir la propia vida se expresa con el giro *migawari ni tatsu*, «actuar como sustituto»). Entonces tendió un manto blanco y varios edredones bajo el árbol, se sentó sobre los edredones y realizó un hara-kiri al estilo samurai. Y su espíritu penetró en el árbol y lo hizo florecer en esa misma hora.

Y todos los años sigue floreciendo en el día decimosexto del mes primero, en la estación de la nieve.

EL SUEÑO DE AKINOSUKÉ

En el distrito Toïchi de la provincia de Yamato, vivía un *gōshi* llamado Miyata Akinosuké...

[Debo aclarar al lector que en el Japón feudal había una clase privilegiada de soldados granjeros, propietarios de sus fincas, semejantes a la clase de los *yeomen* («pequeños propietarios rurales») de Inglaterra; y a éstos se los llamaba *gōshi*].

En el jardín de Akinosuké había un cedro enorme y antiguo, cuyo amparo él procuraba en los días de bochorno. Una tarde muy tórrida Akinosuké estaba sentado bajo el árbol con dos *gōshi*, ambos amigos suyos, charlando y tomando vino, cuando súbitamente lo invadió una irresistible somnolencia, a tal punto irresistible que rogó a sus amigos que lo excusaran por permitirse una siesta en presencia de ellos. Luego se recostó al pie del árbol, y soñó este sueño:

Creyó estar echado allí en el jardín y ver que una procesión, semejante al cortejo de un gran *daimyō*, descendía por la cercana colina y él se incorporaba para observarla. La procesión era fastuosa e imponente (jamás había visto una similar) y marchaba hacia su propia casa. Precedíanla hombres jóvenes con ricas vestiduras, que arrastraban un palanquín lacado o *gosho-guruma*, cubierto con brillantes colgaduras de seda azul. Cuando la procesión llegó a corta distancia de la casa se detuvo; y un hombre de rica vestimenta —obviamente una persona de rango— abandonó el cortejo, se acercó a Akinosuké, le hizo una profunda reverencia y le dijo:

—Honorable señor, veis ante vos un *kérai* [vasallo] del *Kokuō* de Tokoyo^[1]. Mi amo, el Rey, ordena que os salude en su nombre y que me ponga a vuestra absoluta disposición. También desea que os informe de que augustamente requiere vuestra presencia en palacio. Dignaos, pues, entrar de inmediato en este honorable palanquín, que él ha enviado para trasladaros.

Akinosuké quiso responder a estas palabras con una réplica apropiada, pero estaba perplejo y atónito; su voluntad pareció abandonarlo, y no pudo hacer sino lo que indicaba el *kérai*. Entró en el palanquín, el *kérai* se situó junto a él e hizo una señal; los servidores, tirando de las cuerdas de seda, hicieron girar el vehículo hacia el sur; y así se inició el viaje.

Para asombro de Akinosuké, transcurrió muy poco tiempo antes de que el carruaje se detuviera ante un enorme pórtico (*rōmon*) de estilo chino, que jamás había visto antes. El *kérai*, apeándose, le dijo:

—Acudo a anunciar vuestra honorable llegada.

Luego desapareció. Después de un rato de espera, Akinosuké vio que dos hombres de noble aspecto, con túnicas de seda púrpura y altos gorros que indicaban un respetable rango, salían del pórtico. Ambos lo saludaron respetuosamente, lo ayudaron a descender del palanquín, y lo condujeron, pasando el pórtico y a través de

un vasto jardín, a la entrada de un palacio cuyas murallas parecían extenderse, tanto al este como al oeste, a una distancia de millas. Akinosuké fue llevado hasta una sala de audiencias espléndida y de gran tamaño. Sus guías lo condujeron al sitio de honor y con todo respeto se sentaron aparte, mientras varias doncellas con atuendo ceremonial traían refrescos. En cuanto Akinosuké tomó algún refresco, los hombres con manto de púrpura se prosternaron ante él y le dirigieron las siguientes palabras, turnándose alternativamente, según la etiqueta de las cortes:

—Es nuestro honorable deber informaros... de la razón por la cual os han traído aquí... Nuestro señor, el Rey, augustamente desea que os convirtáis en su yerno... y es su orden y su voluntad que hoy mismo... desposéis a la Augusta Princesa, su hija virginal... Pronto os conduciremos a la cámara... donde Su Augusta Majestad os aguarda para recibirlos... Pero antes será necesario que os engalanemos... con los atuendos necesarios para la ceremonia^[2].

Tras hablarle de este modo, los servidores se incorporaron y entraron en una alcoba donde había un gran baúl lacado en oro. Abrieron el baúl y extrajeron ropas y ornamentos de exquisita factura, y un *kamuri*, o tocado real. Vistieron pues a Akinosuké según convenía a un novio principesco, y lo condujeron a la sala de audiencias, donde el *Kokuō* de Tokoyo estaba sentado sobre su *daiza*^[3], tocado con alto gorro negro propio de su dignidad real y cubierto por ropajes de seda amarilla. Ante el *daiza*, a izquierda y derecha, había una multitud de dignatarios sentados según el orden que les asignaba su rango, inmóviles y espléndidos como las imágenes de un templo; y Akinosuké, avanzando entre ellos, saludó al Rey con una triple inclinación, según el hábito. El Rey lo recibió con gráciles palabras, y díjole después:

—Os han informado de la razón por la cual habéis debido comparecer ante Nuestra presencia. Hemos decidido que os convirtáis en el esposo de Nuestra única hija, y ahora procederemos a la ceremonia nupcial.

En cuanto el Rey completó su discurso, sonaron las notas de una música alegre; y un alto cortejo de hermosas damas irrumpió desde los cortinajes, para conducir a Akinosuké a la cámara donde lo aguardaba su prometida.

La cámara era inmensa, pero apenas bastaba para albergar a una multitud de huéspedes congregados para presenciar la ceremonia. Todos se prosternaron ante Akinosuké cuando éste se puso ante la hija del Rey, en el almohadón que le estaba destinado. La novia parecía una doncella celestial y sus ropajes eran deslumbrantes como el cielo estival. Y celebróse el matrimonio, en medio de un gran júbilo.

La pareja fue luego conducida a una serie de aposentos preparados para ambos en otra ala del palacio, donde recibieron las felicitaciones de muchas personas de noble condición, y presentes innumerables.

Días más tarde, Akinosuké debió comparecer una vez más en la sala del trono. En esta ocasión recibióselo con palabras aún más gráciles; y el Rey le anunció:

—Al sudoeste de Nuestro imperio hay una isla llamada Raishû. Os hemos designado gobernador de esa isla. Allí hallaréis un pueblo dócil y leal, pero cuyas leyes aún no han sido acordadas con las leyes de Tokoyo, y cuyas costumbres aún no han sido reguladas como corresponde. Os confiamos el deber de mejorar la condición social de esas gentes tanto como os sea posible, y os encomendamos que las gobernéis con prudencia y sabiduría. Todo está dispuesto para que emprendáis vuestro viaje a Raishû.

Así fue como Akinosuké y su esposa partieron del palacio de Tokoyo, custodiados por una escolta de nobles y oficiales que los acompañaron hasta la costa, donde se embarcaron en una suntuosa nave provista por el Rey. Y con vientos favorables llegaron a Raishû, donde la buena gente de la isla los aguardaba en la playa para ofrecerles la bienvenida.

Akinosuké se consagró de inmediato a sus nuevos deberes, que no resultaron arduos de cumplir. Dedicó los primeros tres años de su gobierno, ante todo, a la configuración y ejecución de las leyes; mas, como contaba con sabios consejeros, la tarea no supo serle ingrata. Una vez concluida, Akinosuké no tuvo otros deberes activos que cumplir, salvo la asistencia a los ritos y ceremonias prescritos por la tradición. Esa comarca era tan fecunda y saludable que nadie conocía la enfermedad o la indigencia, y su gente era tan bondadosa que las leyes jamás fueron quebrantadas. Y Akinosuké moró y gobernó en Raishû durante veinte años más —un total de veintitrés años—, jamás perturbados por la sombra del dolor.

Pero el año vigésimo cuarto de su mandato, un grave infortunio se abatió sobre él: su esposa, que le había dado siete hijos —cinco varones y dos hembras— enfermó y murió. Fue sepultada con gran pompa en la cima de una hermosa colina del distrito de Hanryôkô, y un magnífico monumento coronó su tumba. Pero Akinosuké sentíase tan desolado por esa muerte que ya no le interesaba vivir.

Al culminar el período de duelo, un mensajero real, o *shisha*, llegó a Raishû. El *shisha* le dio a Akinosuké un mensaje de condolencia, y luego le dijo:

—Éstas son las palabras que nuestro augusto señor, el Rey de Tokoyo, me ordena repetiros: «Os enviaremos de vuelta con vuestra gente, a vuestro país. En cuanto a los siete niños, tratándose de los nietos del Rey, recibirán la debida atención, de modo que dignos no preocuparos por ellos».

Al recibir este mandato, Akinosuké sumisamente se dispuso a partir. Una vez que dejó todo en orden y asistió a la ceremonia de despedida de sus consejeros y oficiales,

fue escoltado al puerto entre grandes honores. Allí se embarcó en la nave que venía a buscarlo; y la nave se internó en el mar azul, y el perfil de la isla de Raishû se volvió azul, luego gris, y luego desapareció para siempre... Y Akinosuké súbitamente despertó bajo el cedro de su jardín.

Estaba confundido y estupefacto. Entonces advirtió que sus amigos aún permanecían junto a él, bebiendo y charlando alegremente. Los miró con asombro y gritó en alta voz:

—¡Qué extraño!

—Akinosuké estuvo soñando —exclamó uno de ellos, con una carcajada—. ¿Qué viste de extraño, Akinosuké?

Entonces Akinosuké les refirió el sueño, un sueño que había abarcado veintitrés años de estancia en el reino de Tokoyo, en la isla de Raishû; ambos se sorprendieron, pues su amigo no había dormido sino unos pocos minutos.

Dijo uno de los *gōshi*:

En verdad que viste cosas extrañas. También nosotros vimos algo extraño mientras dormías la siesta. Una pequeña mariposa amarilla revoloteó un instante cerca de tu rostro, y nosotros la observamos. Luego descendió al suelo, junto a ti, debajo del árbol; y apenas hubo descendido, una enorme hormiga salió de un agujero, la atrapó y la arrastró hacia el agujero. Poco antes de que te despertaras, vimos que la misma mariposa volvía a salir del agujero y revoloteaba una vez más sobre tu rostro. Y desapareció súbitamente: no sabemos adónde fue.

—Acaso era el alma de Akinosuké —dijo el otro *gōshi*—, pues por cierto que la vi volar dentro de su boca... Pero, aun cuando la mariposa *fuera* el alma de Akinosuké, eso no explica el sueño.

—Las hormigas pueden explicarlo —respondió el primer *gōshi*—. Las hormigas son criaturas muy raras... acaso demoníacas... En todo caso, hay un gran nido de hormigas debajo del cedro.

—¡Vamos a ver! —exclamó Akinosuké, incitado por esta sugerencia. Y fue en busca de una pala.

Según comprobaron, una prodigiosa colonia de hormigas había excavado el suelo alrededor y debajo del cedro, de un modo sorprendente. Además, las hormigas habían edificado dentro de la cavidad, y sus minúsculas construcciones de paja, barro y ramas guardaban una asombrosa semejanza con ciudades en miniatura. En el centro de una estructura considerablemente mayor que las demás, un inquieto enjambre de hormigas se afanaba alrededor de la hormiga mayor, que tenía alas amarillentas y una prominente cabeza negra.

—¡Caramba! —exclamó Akinosuké—. ¡Ése es el rey de mi sueño! ¡Y ése es el palacio de Tokoyo!... ¡Extraordinario! Raishû debería estar al sudeste... a la izquierda de esa raíz... ¡Sí! ¡Aquí está! ¡Qué extraño! Ahora estoy seguro de poder

encontrar la colina de Hanryōkō, y la tumba de la princesa.

Hurgó con tenacidad en el destrozado hormiguero, y al fin descubrió un pequeño montículo en cuya cima había un guijarro enmohecido, con forma de monumento budista. Debajo, envuelto en barro, halló el cadáver de una hormiga hembra.

[1] Este nombre, «Tokoyo», es indefinido. Puede significar según las circunstancias, cualquier país desconocido, o esa ignorada comarca de la que no vuelve jamás viajero alguno*, o ese País de las Hadas de las fábulas del Lejano Oriente, el Reino de Hōrai. El término *Kokuō* designa al gobernante de un país, un rey, por lo tanto. La frase original, «Tokoyo no Kokuō», puede traducirse aquí como «El gobernante de Hōrai» o «el Rey del País de las Hadas». (N. del A.)

* «Esa ignorada comarca de la jamás vuelve viajero alguno». (*That undiscovered country from whose bourn no traveller returns*) es una cita literal de *Hamlet*, del famoso soliloquio de la escena I del acto III (N. del T.) <<

[2] La última frase, según la antigua costumbre, debía ser pronunciada simultáneamente por ambos servidores. Todos estos requisitos ceremoniales aún pueden observarse en los escenarios japoneses (*N. del A.*) <<

[3] Tal era el nombre que recibía el estrado que ocupaba un príncipe o señor feudal en la corte. El vocablo, literalmente, significa «gran asiento». (*N. del A.*) <<

RIKI-BAKA

Se llamaba Riki, que significa «fuerza—», pero la gente lo llamaba Riki el Simple, o Riki el Tonto —«Riki-Baka»— porque su vida transcurría en una infancia perpetua. Por esa misma razón lo trataban con amabilidad, aun cuando hubiera incendiado una casa acercando un fósforo encendido a un mosquitero, aplaudiendo de alegría al ver el resplandor de las llamas. A los dieciséis años era un mozo alto y fornido, pero su mente siempre conservó la feliz edad de dos años, y por tanto Riki seguía jugando con los pequeños. Los niños más grandes de la vecindad, de cuatro a seis años, no jugaban con él, porque Riki no podía aprender sus juegos ni sus canciones. Su juguete favorito era una escoba, a la que montaba como un caballito; y se pasaba las horas con su escoba, subiendo y bajando la cuesta que hay frente a mi casa, con asombrosas carcajadas. Pero al fin el ruido que causaba comenzó a molestarme, y tuve que decirle que fuera a jugar a otro sitio. Se inclinó con docilidad y se alejó, arrastrando la escoba con pesadumbre. Era muy amable y absolutamente inofensivo (siempre que no le dieran la oportunidad de jugar con fuego), y rara vez daba motivo de queja. Se relacionaba con la vida de nuestra calle en forma tan anónima como un pollo o un perro; cuando desapareció, no llegué a extrañarlo. Pasaron meses antes de que llegara a acordarme de Riki.

—¿Qué le ocurrió a Riki? —le pregunté entonces a un viejo leñador que provee de combustible a nuestra vecindad, pues recordé que Riki solía ayudarlo a llevar los haces de leña.

—¿Riki-Baka? —respondió el viejo—. Ah, Riki murió, pobrecito... Sí, murió hace cosa de un año, inesperadamente; los médicos dijeron que tenía una enfermedad en el cerebro. Y hay una extraña historia respecto a Riki.

»Cuando Riki murió, la madre escribió su nombre, ‘Riki-Baka’, en la palma de su mano izquierda, poniendo ‘Riki’ en escritura china, y ‘Baka’ en *kana*^[1]. Y repitió muchas plegarias por él, pidiendo que renaciera en una condición más feliz.

»Ahora bien, hace cosa de tres meses, en la honorable residencia de Nanigashi-Sama, en Kōjimachi, nació un niño con caracteres en la palma de la mano izquierda; y los caracteres decían, con toda claridad, ‘Riki-Baka’.

»De modo que la gente de la casa pensó que ese nacimiento debía obedecer a la plegaria de alguien, y se hicieron indagaciones por todas partes. Al fin, un verdulero les confió que solía haber un muchacho tonto, llamado Riki-Baka, en el barrio de Ushigomé, y que había muerto en el último otoño; enviaron, pues, dos sirvientes en busca de la madre de Riki.

»Los sirvientes la encontraron y le dijeron lo que había ocurrido; y ella se alegró mucho, pues la casa Nanigashi es muy rica y famosa. Pero los sirvientes le contaron que la familia de Nanigashi-Sama estaba furiosa por la palabra ‘Baka’ inscrita en la

mano del niño.

»—¿Dónde está enterrado Riki? —preguntaron los sirvientes.

»—En el cementerio de Zendōji —les dijo ella.

»—Por favor —le pidieron los sirvientes—, danos un poco de barro de su tumba.

»Ella entonces los condujo al templo Zendōji, y les mostró el sepulcro de Riki, y ellos se llevaron un poco de barro de la tumba envuelto en un *furoshiki*^[2]. A la madre de Riki le dieron algún dinero... diez yenes.

—Pero ¿para qué querían el barro? —pregunté.

—Bueno —dijo el viejo—, imagínese que no convenía que el niño creciera con ese nombre en la mano. Y no hay otra manera de borrar los caracteres inscritos por ese medio en el cuerpo de un niño: *hay que frotar la piel con barro tomado de la tumba del cadáver de la existencia anterior...*

[1] Nombre con que se conocen los dos silabarios (*hiragana* y *katakana*) más empleados para escribir el japonés actual (*N. del T.*) <<

[2] Pieza cuadrada de algodón, o de una tela similar, empleada para llevar bultos pequeños (*N. del A.*) <<

HI-MAWARI

En la colina boscosa que hay detrás de la casa, Robert y yo buscamos anillos de hadas^[1]. Robert tiene ocho años, es apuesto y sagaz; yo tengo poco más de siete, y reverencio a Robert. Es un fulgurante día de agosto, y en el aire cálido vibra el áspero y dulce aroma de la resina.

Aunque no encontramos anillos de hadas, hallamos muchas piñas en el pastizal. Le cuento a Robert la vieja historia galesa del hombre que se durmió, inadvertidamente, dentro de un anillo de hadas, y desapareció por siete años, y no volvió a comer o hablar después de que sus amigos lo libraron del sortilegio.

—Ya sabes, sólo comen puntas de agujas —dice Robert.

—¿Quiénes? —pregunto yo.

—Los duendes —responde Robert.

Esta revelación me deja mudo de asombro y horror... Pero Robert grita de pronto:

—¡Un arpista! ¡Va para la casa!

Y presurosamente bajamos la colina para escuchar al arpista. ¡Pero qué arpista! En nada se parece a los canosos bardos de los libros de cuentos. Es un vagabundo de tez oscura, de aspecto descuidado, robusto, con ojos negros e insolentes que destellan bajo cejas negras y fruncidas, más parecido a un albañil que a un poeta... ¡y su ropa era de pana!

—¿Cantará en galés? —murmuró Robert.

Mi decepción me impide todo comentario. El arpista deja el arpa —un enorme instrumento— en el umbral de nuestra casa, hace sonar las cuerdas con una caricia tosca, se aclara la garganta con una especie de furioso gruñido, y comienza:

*Creedme, si esos jóvenes encantos seductores,
Que hoy contemplo con tal deleite...*

El acento, la voz, la actitud, todo suscita en mí una inexpresable repulsión, me infunde una sensación de vulgaridad intolerable. Quisiera decirle en voz alta: «¡Usted no tiene derecho a cantar esa canción!». Pues la he escuchado en labios de la criatura más hermosa y adorable de mi pequeño mundo, y que ese hombre rústico y grosero se atreva a cantarla me parece una burla y una injuria. ¡Mas sólo por un instante! Una vez que ha pronunciado estas palabras, esa voz ronca y profunda prorrumpe súbitamente en una ternura trémula e indescriptible, y luego, ¡oh maravilla!, se disuelve en tonalidades tan sonoras y exuberantes como el bajo de un órgano, mientras una ignorada sensación me apresa la garganta... ¿Qué hechicería, qué secreto descubrió este hombre huraño y ambulante? ¿Habrá alguien más en el mundo que pueda cantar de ese modo? La imagen del cantor tiembla y se disipa; y la casa, y

el césped, y todas las formas visibles se quiebran y flotan ante mí. Sin embargo, por instinto, temo a ese hombre; diríase que lo odio; y enrojeczo de vergüenza y de furia a causa del poder que se arroga para conmoverme.

—Te hizo llorar —observa Robert compadeciéndose y acrecentando mi confusión, en cuanto el hombre se aleja con seis peniques más en la bolsa, aceptados sin agradecimientos—. Pero supongo que debe ser un gitano. Los gitanos son mala gente... son todos brujos... volvamos al bosque.

Y volvemos hacia los pinares, nos acucillamos en el pasto herido por los destellos del sol, y contemplamos la ciudad y el mar. Pero ya no jugamos como antes: aún perdura el sortilegio del brujo.

—Quizá sea un duende —aventuro al fin—, o un hada.

—No —dice Robert—, sólo un gitano. Pero es casi tan malo como ellos. Ya sabes, roban a los niños.

—¿Qué haremos si vuelve? —digo con voz entrecortada, súbitamente horrorizado ante el desamparo de nuestra situación.

—Oh, no se atrevería —responde Robert—. A la luz del día no, ya sabes...

* * *

Sólo ayer, cerca de la aldea de Takata, al ver una flor que los japoneses denominan casi igual que nosotros («*Hi-mawari*», La que se vuelve hacia el sol), la voz del arpista vagabundo cruzó un espacio de cuarenta años y volvió a vibrar en mis oídos:

*El girasol vuelve hacia su dios poniente
Idéntica mirada que al verlo ascender.*

Una vez más vi los intersticios de sol entre las sombras de esa distante colina galesa, y por un segundo Robert se irguió ante mí con su rostro de niña y sus rizos de oro. Buscábamos anillos de hadas... Pero todo cuanto existía del verdadero Robert ha de haberse transformado hace tiempo en algo prodigioso y extraño... *Nadie cuenta con mayor riqueza que esta: que un hombre dé su vida por su amigo...*

[1] Vierto literalmente el nombre inglés del *Marasmius oreades*, una especie de hongo cuya denominación, *fairy ring*, también designa a la vegetación donde se lo encuentra; derívase ese nombre de la creencia popular de que en tales sitios las hadas se reunían a bailar.

*(N. del T.) En España no eran precisamente las hadas; su denominación correcta es «corro de brujas». (Nota propia). <<

HORAI

Visión azul de una profundidad que se ahonda en lo alto... el cielo y el mar intercambian mutuos fulgores. Un día de primavera, por la mañana.

Sólo el cielo y el mar... vasta extensión de azur. En primer plano, las ondas captan un destello de plata, se arremolinan las hebras de espuma. Pero un poco más allá, no se vislumbra movimiento alguno, nada salvo el color: el cálido y tenue azul del agua que se dilata hasta confundirse con el azul del aire. No hay horizonte: sólo la distancia que se eleva al espacio, una cóncava infinitud que se ahueca sobre mí, el color que con la altura se torna más profundo. Mas en la azul lejanía pende una lánguida visión de torres palaciegas, de altos tejados filosos y curvados como lunas... sombras de un antiguo y extraño esplendor, iluminado por un sol brumoso como la memoria.

Esto que intenté describir es un *kakémono*, o sea, una pintura japonesa trazada sobre seda, que cuelga de la pared de mi alcoba; su nombre es *Shinkirō*, que significa «espejismo». Pero las formas del espejismo son inequívocas. Aquéllos son los rutilantes pórticos de la bendita Hōrai, y aquéllos son los tejados de luna del Palacio del Rey-Dragón; y su estilo (aunque obra de un pincel japonés de hoy) es el estilo de ciertas cosas chinas de hace veintiún siglos.

Esto es lo que dicen los libros de esa época sobre ese lugar:

En Hōrai no existen la muerte o el dolor, y no existe el invierno. Allí jamás se marchitan las flores, jamás se pudren los frutos; y basta que un hombre pruebe una vez dichos frutos para que jamás vuelva a padecer el hambre o la sed. En Hōrai crecen las mágicas plantas *So-rinshi*, y *Riku-gō-aoi*, y *Ban-kon-tō*, que curan todas las enfermedades y también la hierba mágica *Yō-shin-shi*, que resucita a los muertos; y esa mágica hierba se alimenta de aguas encantadas, de las que basta beber un sorbo para obtener perpetua juventud. La gente de Hōrai come su arroz en unas escudillas muy pequeñas; pero el arroz jamás mengua, por mucho que uno coma, hasta que se haya satisfecho el apetito. Y toman el vino en copas muy, muy pequeñas, pero no hay hombre capaz de vaciarlas, por muy excesivamente que beba, antes de ser vencido por el plácido sueño de la ebriedad.

Esto y mucho más cuentan las leyendas de la época de la dinastía Shin. Pero no es creíble que la gente que transcribió esas leyendas haya visto Hōrai, siquiera en un espejismo. Pues en verdad no hay frutas encantadas que dejen a quien las come eternamente satisfecho, ni mágicas hierbas que revivan a los muertos, ni fuentes de agua hechizadas, ni escudillas en las que jamás falte el arroz, ni copas en las que jamás falte el vino. No es cierto que el dolor y la muerte jamás entren en Hōrai, ni que jamás sobrevenga el invierno. El invierno de Hōrai es gélido y sus vientos traspasan los huesos; y monstruosos cúmulos de nieve se agolpan sobre los tejados

del Rey-Dragón.

En Hōrai, empero, hay cosas de maravilla; y ningún escritor chino mencionó jamás lo más maravilloso de todo. Aludo a la atmósfera de Hōrai. Es una atmósfera exclusiva de ese lugar y, gracias a ella, el sol resplandece en Hōrai con una *blancura* ignorada en otros lugares, una luz láctea que jamás enceguece, muy tenue, aunque asombrosamente diáfana. Esa atmósfera no es de nuestro periodo humano: es muy antigua (a tal punto que sólo mencionar su antigüedad me aterra) y no es una combinación de nitrógeno y oxígeno. No está hecha de aire, sino de espíritu, la sustancia de miríadas y miríadas de generaciones de almas fundidas en una única y traslúcida extensión, las almas de gente que pensó de modos hartos diversos de los nuestros. El mortal que inhale esa atmósfera comunica a su sangre la vibración de esos espíritus, y éstos transmutan su percepción, remodelando sus nociones del Espacio y del Tiempo, de modo que dicho mortal sólo podrá ver como ellos veían y sentir como ellos sentían y pensar como ellos pensaban. Tales cambios de la percepción son suaves como el sueño; y Hōrai, de tal modo vislumbrada, podría ser descrita con estas palabras:

«Como en Hōrai nadie tiene conocimiento del mal, los corazones jamás envejecen. Y, siendo siempre jóvenes de corazón, los habitantes de Hōrai sonríen desde que nacen hasta que mueren, salvo cuando los Dioses les infligen algún dolor; y los rostros permanecen velados hasta que ese dolor se disipa. Toda la gente de Hōrai ama al prójimo y confía en él, tal como si todos integraran una sola familia; y la voz de las mujeres semeja el canto de un pájaro, porque sus corazones son ligeros como los de los pájaros, y el susurro de las mangas de las doncellas, cuando juegan, evoca fugaces y pesados aleteos. Salvo las penas, nada se oculta en Hōrai, porque allí no hay motivo de vergüenza; y nada se encierra bajo llave, porque allí no se concibe el robo; y tanto de día como de noche las puertas permanecen sin tranca, porque no hay nada que temer. Y como quienes habitan Hōrai son seres sobrenaturales, aunque mortales, todos los objetos de Hōrai (salvo el palacio del Rey-Dragón) son diminutos, preciosos y extraños; y esas criaturas comen el arroz, sí, en escudillas muy pequeñas, y beben el vino en copas muy, muy pequeñas...».

Buena parte de tal apariencia se debería a la inhalación de esa atmósfera espectral, mas no su totalidad. Pues el sortilegio forjado por los muertos no es sino el encanto de un Ideal, el destello de una antigua esperanza; y tal esperanza de algún modo se ha colmado en muchos corazones —en la sencilla belleza de las vidas sin egoísmo— en la dulzura de la Mujer...

Maléficos vientos del Oeste arrecian sobre Hōrai, y disipan, ay, esa atmósfera mágica. Ésta hoy se demora sólo en franjas y fragmentos... esas rutilantes franjas de nubes, por ejemplo, que atraviesan los paisajes de los pintores japoneses. Aún puede hallarse a Hōrai bajo los jirones de ese vapor etéreo, mas en ninguna otra parte...

Recordemos que Hōrai también se llama Shinkirō, que significa Espejismo: la Visión de lo Intangible. La Visión se difumina y jamás volverá a aparecer, salvo en cuadros y sueños y poemas.

URASHIMA ^[1]

Una vez que ustedes conozcan la historia, no la olvidarán jamás. Cada verano, cuando voy a la costa (y especialmente en días muy plácidos y tenues), me seduce su presencia tenaz. Hay múltiples versiones nativas de ella, que han sido inspiración de innumerables obras de arte. Pero la más conmovedora y antigua se encuentra en el *Manyefushifu*, una colección de poemas que abarca del siglo v al ix. De esta antigua versión, el gran estudioso Aston realizó una versión al inglés, en prosa, y el gran estudioso Chamberlain realizó una en prosa y otra en verso. Pero para los lectores ingleses creo que la versión más encantadora es la que Chamberlain hizo para niños, en las *Japanese Fairy-Tale Series*, a causa de sus dibujos, deliciosamente coloreados por artistas nativos. Teniendo a la vista ese libro, intentaré contar la leyenda una vez más, con mis propias palabras.

Hace mil cuatrocientos dieciséis años, el joven pescador Urashima Taro partió en bote de la costa de Suminoyé.

Entonces, los días estivales eran como los de hoy: somnolientos y diáfanos, de un azul apenas interrumpido por nubes ligeras y algodónadas que se reflejaban en el espejo del mar. También las colinas eran como las de hoy: formas azules y distantes que se confundían con el cielo azul. Soplaban perezosos vientos.

Y el joven pescador, también perezoso, dejó que su bote flotara a la deriva mientras él pescaba. Era un bote extraño, despintado y sin timón, cuya forma quizás ustedes no hayan visto jamás. Pero aún hoy, después de mil cuatrocientos años, tales botes pueden verse ante las antiguas aldeas de la costa del Mar del Japón.

Tras una larga espera, Urashima pescó algo y lo sacó del agua. Mas descubrió que sólo era una tortuga.

Ahora bien, las tortugas son sagradas para el Dios Dragón del Mar, y su longevidad llega hasta los mil —hasta los diez mil, según algunos— años. De modo que está muy mal matarlas. El joven con sumo cuidado soltó la tortuga del sedal y la dejó ir, murmurando una plegaria a los dioses.

Pero no pescó nada más. Y el día estaba muy cálido, y el mar y el aire y todas las cosas guardaban un inquebrantable silencio. Un gran sopor se adueñó del joven, que se durmió en el bote a la deriva.

Entonces una hermosa muchacha surgió del mar somnoliento —tal como la que retrata la ilustración del «Urashima» del profesor Chamberlain—, vestida de azul y carmesí, con una larga cabellera negra que le llegaba hasta los pies, al estilo de la hija de un príncipe de hace mil cuatrocientos años.

Deslizándose sobre las aguas, tenue como la atmósfera, se acercó al muchacho que dormía en el bote y lo despertó sin brusquedad, diciéndole:

—No te sorprendas. Mi padre, el Rey-Dragón del Mar, me envió a ti a causa de tu

corazón generoso. Pues en el día de hoy diste libertad a una tortuga. Y ahora iremos al palacio de mi padre, que se yergue en la isla donde jamás muere el estío; y seré, si lo deseas, tu delicada esposa, y viviremos allí felices para siempre.

Y al contemplarla, crecía el asombro de Urashima; pues ella era más hermosa que cualquier criatura humana, y él no podía sino amarla. Entonces ella tomó un remo, él tomó otro, y ambos bogaron juntos —imagen distante que perdura en el horizonte, el esposo y la esposa remando juntos— mientras los botes pesqueros se esfumaban en el oro de la tarde.

Navegaron suavemente, con lentitud, sobre las aguas azules y calladas, hacia el sur, hasta llegar a la isla en que jamás muere el estío, al palacio del Rey-Dragón del Mar.

[Aquí, el texto del pequeño libro súbitamente se encoge mientras lo leemos, y hermosas ondas azules inundan la página; y más allá, en un horizonte encantado, se ve la deliciosa costa de la isla, y techos puntiagudos que asoman del verde follaje, los techos del palacio del Dios del Mar, semejante al palacio del Mikado Yuriaku, hace mil cuatrocientos dieciséis años].

Extraños servidores acudieron a recibirlos con atuendo de ceremonia: criaturas del Mar, que saludaron a Urashima como yerno del Rey-Dragón.

Así fue como la hija del Dios del Mar desposó a Urashima, en medio de suntuosas celebraciones; y hubo gran regocijo en el palacio del Rey-Dragón.

Y cada día Urashima conocía nuevas maravillas y nuevos deleites: maravillas que los servidores del Dios Oceánico le traían de las insondables profundidades; deleites que le ofrecía esa tierra encantada en que jamás muere el estío. Y así pasaron tres años.

Pero, pese a todo, el corazón del joven se contraía de angustia cuando pensaba en sus padres, esperándolo a solas. De modo que al fin le imploró a su esposa que lo dejara regresar a casa sólo por un tiempo, apenas para hablar un poco con sus padres... después se apresuraría a volver con ella.

Tales palabras la hicieron llorar, y ese llanto silencioso persistió durante mucho tiempo; al fin le dijo:

—Por supuesto que puedes irte si así lo deseas. Pero tu partida me causa temor, y lo que temo es que jamás volvamos a vernos. Pero te daré un cofrecito para que lleves contigo. Te ayudará a regresar si haces lo que te digo. No lo abras. Ante todo, no lo abras... pase lo que pase. Pues si lo abres, jamás podrás regresar y nunca volverás a verme.

Luego le dio un pequeño cofre lacado sujeto con una cuerda de seda.

[Aún hoy puede verse ese cofre en el templo de Kanagawa, a orillas del mar; y los sacerdotes también conservan el sedal de Urashima Taro, y ciertas joyas extrañas que él trajo consigo del reino del Rey-Dragón.]

Urashima consoló a su esposa y le prometió que jamás, jamás abriría el cofre, que jamás desataría la cuerda de seda. Luego se internó en la luz estival que se abatía sobre el mar somnoliento; y la forma de la isla donde jamás muere el verano se desvaneció a sus espaldas, como un sueño; y una vez más vio ante él las azules montañas del Japón, erguidas sobre el blanco resplandor del horizonte.

Una vez más penetró en su bahía natal; una vez más anduvo por su playa. Pero, al mirar en derredor, lo invadió un inmenso asombro, una duda funesta.

Pues ese lugar era el mismo, pero no era el mismo. La cabaña de sus padres había desaparecido. Había una aldea, pero las formas de las casas eran extrañas, extraños los árboles, extraños los campos y aun los rostros de la gente. Casi todas las señas que recordaba habían desaparecido; el templo sintoísta había sido reconstruido en otro lugar; ya no había bosques en las laderas vecinas. Sólo la voz del manantial que fluía entre las casas y las formas de las montañas se conservaban iguales. Todo lo demás era nuevo e ignorado. En vano buscó la morada de sus padres; los pescadores lo contemplaban con curiosidad, y él no recordaba haber visto jamás ninguno de esos rostros.

Acercóse un anciano, apoyado en un bastón, y Urashima le preguntó por dónde había que tomar para ir a la casa de la familia Urashima. El viejo se quedó atónito, y al fin le hizo repetir la pregunta una y otra vez, hasta que al fin exclamó:

—¡Urashima Taro! ¿Pero de dónde vienes que no conoces la historia? ¡Urashima Taro! Caramba, si hace más de cuatrocientos años que se ahogó, y en el cementerio hay un monumento levantado en su memoria. En ese cementerio están las tumbas de toda su familia... en el cementerio viejo, que ya no se usa más... ¡Urashima Taro! ¿Cómo puedes ser tan tonto como para preguntarme dónde queda su casa?

Y el viejo prosiguió su camino, riéndose de la simpleza del forastero.

Urashima se dirigió al cementerio de la aldea —al cementerio viejo, el que ya no se usaba— y allí descubrió su propia lápida, y las lápidas de su padre y de su madre y de otros allegados, las lápidas de mucha gente que había conocido. Eran tan viejas, tanto las había corroído el musgo, que apenas podían leerse los nombres inscritos en ellas.

Entonces se creyó víctima de una extraña ilusión, y volvió hacia la playa, siempre llevando en la mano el cofre que le había regalado la hija del Dios del Mar. ¿Pero cuál era la ilusión? ¿Y qué podía haber en ese cofre? ¿Acaso el contenido del cofre era lo que provocaba la ilusión? La duda se impuso sobre la fe. Urashima no vaciló en quebrantar la promesa hecha a su amada: aflojó la cuerda de seda y abrió el cofre.

Al instante, sin emitir un sonido, brotó de su interior un vapor blanco, gélido y espectral, que se elevó en el aire como una nube de verano y se deslizó suavemente hacia el sur, sobre el silencioso mar. Nada más había en el cofre.

Y Urashima supo entonces que había destruido su propia felicidad, que jamás

podría regresar junto a su amada, la hija del Rey Oceánico. Desesperado, gimió y sollozó con amargura.

Pero sólo por un instante. Pues en el acto se encontró cambiado. Un helado escozor le penetró la sangre, se le cayeron los dientes, su rostro se arrugó, su cabello se volvió blanco como la nieve, sus miembros se marchitaron, su vigor se disipó; cayó sin vida, sobre la arena, aplastado por el peso de cuatrocientos inviernos.

Está escrito en los anales oficiales del Imperio, que «en el año vigésimo primero del Mikado Yuriaku, el joven Urashima de Midzunoyé, distrito de Yosa, provincia de Tango, descendiente de la divinidad Shimanemi, viajó al Elíseo (Hōrai) en un bote de pesca». Luego no hay más noticias de Urashima durante los reinados de treinta y un emperadores y emperatrices, es decir, entre los siglos v y ix. Luego esos mismos anales anuncian que «en el segundo año de Tenchiyo, bajo el poder del Mikado Go-Junwa, el joven Urashima regresó y luego partió una vez más, sin que nadie supiese hacia dónde^[2]».

[1] Esta historia es, en realidad, la segunda parte de un artículo periodístico, *The Dream of a Summer Day*, publicado en el *Japan Weekly Mail* el 28 de julio de 1984 (N. del T.) <<

[2] Véase *The Classical Poetry of the Japanese*, del profesor Chamberlain, en las *Oriental Series* de Trübner. De acuerdo con la cronología occidental, Urashima salió de pesca en el 477 d. C., y regresó en el 825. (N. del A.) <<

ANTE LA CORTE SUPREMA^[1]

Dice el gran sacerdote budista Mongaku Shonin, en su libro *Kyogyo Shin-sho*: «Muchos de los dioses adorados por la gente son dioses injustos [*jajin*]: tales dioses, por tanto, no reciben adoración de las personas que reverencian las Tres Cosas Sagradas^[2]. Y aun las personas que obtienen favores de esos dioses en respuesta a sus plegarias, suelen descubrir más tarde que tales favores son causa del infortunio». Es buen ejemplo de esta verdad una historia registrada en el libro *Nihon-Rei-Iki*.

En tiempo del Emperador Shomu^[3], Kinumé era muy bonita y gozaba de buena salud; pero, poco después de que ella cumpliera los dieciocho años, una insidiosa enfermedad se propagó en esa zona del país y atacó a Kinumé^[4]. Sus padres y amigos tributaron ofrendas a un tal Dios-Peste, y se sometieron a severa austeridad en honor de ese Dios, rogándole que la salvara.

La muchacha yació durante días en un estado de sopor; cuando volvió en sí, refirió a sus padres un extraño sueño. Había soñado que el Dios-Peste comparecía ante ella, diciéndole:

—Los tuyos me han rogado con tal fervor y me han adorado con tal devoción que realmente quiero salvarte. Pero no puedo hacerlo sino dándote la vida de otra persona. ¿Conoces por casualidad a alguna muchacha que tenga tu mismo nombre?

—Sí —respondió Kinumé—, recuerdo que en Utarigori vive una muchacha que tiene el mismo nombre que yo.

—Indícamela —dijo el Dios, tocando a la durmiente. Y ésta, al ser tocada, se elevó en el aire con él, y en menos de un segundo ambos estuvieron frente a la casa de la otra Kinumé, en Utarigori. Era de noche, pero la familia aún no se había acostado, y la hija lavaba algo en la cocina.

—Es ésa —dijo Kinumé de Yamadagori.

El Dios-Peste extrajo, de un bolso escarlata que llevaba a la cintura, un instrumento largo y filoso con forma de buril; entró en la casa e introdujo el agudo instrumento en la frente de Kinumé de Utarigori. Entonces Kinumé de Utarigori cayó al suelo con dolores atroces; y Kinumé de Yamadagori despertó y refirió el sueño.

Inmediatamente después, sin embargo, recayó en un estado de sopor. Durante tres días permaneció sin conocimiento, y sus padres comenzaron a desesperar de recobrarla. Entonces volvió a abrir los ojos, y habló. Pero casi en el acto saltó de la cama, miró el cuarto con estupor, y se precipitó fuera de la casa, exclamando:

—¡Ésta no es mi casa! ¡Vosotros no sois mis padres!

Algo extraño había sucedido.

Kinumé de Utarigori había muerto a causa del Dios-Peste. Sus padres profirieron grandes lamentos, y los sacerdotes del templo celebraron una ceremonia budista en su honor; y el cadáver fue incinerado en un campo de las afueras. Entonces su espíritu

descendió al Meido, el mundo de los muertos, y fue convocado por el tribunal de Emma-Dai-O, Rey y Juez de las Almas. Pero apenas la vio el Juez, exclamó:

—¡Esta muchacha es la Kinumé de Utarigori: aún no era tiempo de que viniera! ¡Devolvedla de inmediato al mundo de Shaba^[5], y traedme a la otra Kinumé, la de Yamadagori!

Entonces el espíritu de Kinumé de Utarigori gimió ante el Rey Emma, quejándose de este modo:

—Gran Señor, hace más de tres días que fallecí, y ya deben haber quemado mi cuerpo. Si me devolvéis al mundo de Shaba, ¿qué haré? De mi cuerpo no quedan sino humo y cenizas. ¡No tendré cuerpo!

—No te inquietes —respondió el formidable Rey—, voy a darte el cuerpo de Kinumé de Yamadagori, pues su espíritu debe comparecer ante mí de inmediato. No te preocupes por la incineración de tu cuerpo: el cuerpo de la otra Kinumé te sentará mucho mejor.

Y no bien completó su discurso, el espíritu de Kinumé de Utarigori revivió en el cuerpo de Kinumé de Yamadagori.

Ahora bien, cuando los padres de Kinumé de Yamadagori vieron que su hija enferma saltaba y huía proclamando que ése no era su hogar, pensaron que había enloquecido, y la siguieron, diciéndole:

—¡Kinumé! ¿Adónde vas? ¡Aguarda un instante! ¡Estás muy enferma para correr de ese modo!

Pero ella emprendió la fuga y corrió sin detenerse, hasta llegar a Utarigori, a la casa de la familia de la difunta Kinumé. Entró allí y saludó a los ancianos, exclamando:

—¡Oh, qué placer estar de nuevo en casa! ¿Cómo estáis, queridos padres?

Ellos no la reconocieron, y la tomaron por una demente; pero la madre le habló con amabilidad, y le preguntó:

—¿De dónde vienes, hija?

—Vengo del Meido —respondió Kinumé—. Soy vuestra hija, Kinumé, y he vuelto de entre los muertos. Pero ahora tengo otro cuerpo, madre.

Y les refirió todo lo ocurrido; y los ancianos se admiraron en exceso, sin saber qué creer. Los padres de Kinumé de Yamadagori no tardaron en llegar a la casa en busca de su hija; y entonces los dos padres y las dos madres consultaron entre sí y rogaron a la muchacha que repitiera su historia, interrogándola una y otra vez. Pero ella respondía de tal modo a todas las preguntas que era imposible dudar de la veracidad de sus declaraciones. Finalmente, la madre de Kinumé de Yamadagori, tras relatar el extraño sueño que había tenido su hija enferma, les dijo a los padres de la Kinumé de Utarigori:

—Hay muchas pruebas satisfactorias de que el espíritu de esta muchacha es el

espíritu de vuestra hija. Pero sabéis que su cuerpo es el cuerpo de la nuestra. Ambas familias, pues, tienen derecho a una parte. Os rogamos que aceptéis considerarla como hija de ambas familias.

Los padres de Kinumé de Utarigori aprobaron con júbilo esta propuesta, y el cronista refiere que, con el tiempo, Kinumé heredó la propiedad de las dos familias.

«Esta historia —dice el autor japonés de *Bukkyo Hyakkawa Zensho*— puede hallarse en el lado izquierdo de la duodécima hoja del primer volumen del *Nihon-Rei-Iki*».

[1] De *A Japanese Miscellany*, Boston, 1901 (*N. del T.*) <<

[2] Sambo (Ratnaraya): el Buda, la Doctrina y el Sacerdocio (*N. del A.*) <<

[3] Reinó durante el segundo cuarto del siglo VIII (*N. del A.*) <<

[4] «Flor de Ciruelo Dorada». (*N. del A.*) <<

[5] El mundo de Shaba (Sahaloka) significa, en lengua ordinaria, el mundo de los hombres, la región de la existencia humana (*N. del A.*) <<

LA MONJA DEL TEMPLO DE AMIDA^[1]

I

Cuando el esposo de O-Toyo —un primo distante integrado a la familia por razones afectivas— fue llamado a la capital por su señor, ella no sintió ansiedad alguna por el futuro. Sólo se sintió triste. Era la primera vez que debían separarse desde que estaban casados. Pero contaba con su padre y su madre para hacerle compañía y, más entrañable que ambos (aunque jamás se lo hubiese confesado ni siquiera a sí misma), con su hijito. Además, siempre tenía mucho que hacer. Había múltiples tareas domésticas que cumplir, y muchos vestidos que preparar, tanto de seda como de algodón.

Una vez por día, a una hora determinada, hacía preparar un refrigerio en el cuarto favorito de su esposo: ofrecía, en exquisitas bandejas de plata, comidas en miniatura como las que se tributan al espíritu de los ancestros y a los dioses^[2]. Servíanse los refrigerios en el ala oriental de la sala, frente al almohadón predilecto del esposo. Se los servía en el ala oriental porque él había viajado hacia el este. Antes de retirar la comida ella siempre alzaba la tapa de la sopera para ver si había vapor en el interior de la tapa que cubre la comida que se ofrenda de tal modo, el añorado ausente está bien. Pero si no lo hay, está muerto, pues es señal de que su alma ha vuelto por sí sola para buscar alimento. Todos los días, O-Toyo hallaba la tapa perlada de vapor.

El niño era su constante deleite. Tenía tres años, y solía formular preguntas que ninguno de los dioses sería capaz de responder. Cuando él quería jugar, O-Toyo dejaba su trabajo para acompañarlo. Cuando él quería reposar, O-Toyo le contaba maravillosas historias, o daba pías respuestas a esas preguntas que indagaban cosas que ningún hombre comprenderá jamás. Al anochecer, en cuanto se encendían las pequeñas lámparas que iluminaban las tablillas sagradas y las imágenes, ella le enseñaba a articular las palabras de las plegarias filiales. Una vez que él se dormía, O-Toyo se acercaba con su costura y contemplaba la tierna paz de su rostro. A veces, el niño sonreía en sueños; y ella sabía que el divino Kwannon jugaba con él en un mundo espectral: entonces murmuraba la invocación budista que apela a esa Doncella «que siempre está atenta a los susurros de la oración».

A veces, en la estación de los días diáfanos, solía ascender al monte de Dakeyama, llevando al niño a sus espaldas. Éste se deleitaba con tales paseos, no sólo por lo que su madre le enseñaba a ver, sino por cuanto le enseñaba a oír. El escarpado sendero ascendía por huertos y bosquecillos, bordeaba verdes prados y rodeaba extraños peñascos; y había flores en cuyos corazones se ocultaba una historia, y árboles que albergaban un espíritu. Las palomas gritaban «korup-korup»; y las

torcaces gemían «owao, owao»; y las cigarras emitían crepitantes susurros.

Todos los que aguardan a los ausentes suelen hacer, si pueden, una peregrinación al pico llamado Dakeyama. Se ve desde cualquier parte de la ciudad, y desde su cima se contemplan varias provincias. Lo corona una roca de forma y altura casi humanas, erguida perpendicularmente; sobre ella, y alrededor de ella, hay cúmulos de guijarros. Y en las cercanías hay un pequeño altar sintoísta consagrado al espíritu de una princesa de antaño. Pues ella deploraba la ausencia del amado, y desde esta montaña solía esperar su llegada; un día desfalleció y se convirtió en piedra. Entonces el pueblo construyó el altar, y quienes añoran a los ausentes aún oran allí por el regreso de sus seres queridos; y, luego de tales plegarias, todos se llevan a casa uno de los guijarros allí acumulados. Y cuando regresa el ser amado, el guijarro debe ser devuelto a su cúmulo en la montaña, junto con otros guijarros, en señal de gratitud y conmemoración.

Siempre ocurría que, antes de que O-Toyo y su pequeño llegaran a casa después de tales peregrinaciones la oscuridad los rodeaba inadvertidamente; pues era un largo camino, y debían cruzar en bote, tanto a la ida como a la vuelta, los huraños arrozales que rodean la ciudad, una travesía que sólo puede cumplirse con lentitud. A veces los iluminaban las estrellas y las luciérnagas; a veces resplandecía la luna, y O-Toyo, con dulce voz, le cantaba a su niño una canción de cuna de Izumo:

*Nono-San,
Pequeña Dama Luna,
¿Qué edad tienes?
«Trece días...
Trece y nueve».
Aún eres joven,
Y la causa ha de ser
Ese obi rojo y brillante
Ceñido con tanta gracia^[3],
Y ese cingulo blanco y bonito
Que rodea tus caderas.
¿Se lo darás al caballo?
«¡Oh, no, no!».
¿Se lo darás a la vaca?
«¡Oh, no, no!».*

Y la noche azul elevaba sobre esa húmeda extensión de campos labrados ese suave coro de burbujas que parece la auténtica voz de la tierra, el canto de las ranas. Y O-Toyo interpretaba sus sílabas para el niño: *Mé kayui! Mé kayui!* («Mis ojos

vacilan; me quiero dormir»).

Eran horas felices.

II

Dos veces en el término de tres días, los amos de la vida y de la muerte, cuyas sendas son un eterno misterio, le desgarraron el corazón. Primero se enteró de que el amado esposo por el que tanto había orado jamás volvería junto a ella, pues había vuelto al polvo del que surgen todas las formas. Y poco después se enteró de que su hijo dormía un sueño tan profundo que el médico chino no podía despertarlo. Vislumbró estos hechos como se vislumbran las formas heridas por el relámpago. Entre un relámpago y otro medió esa absurda oscuridad que trasunta la piedad de los dioses.

Pasó el tiempo; y al fin afrontó un enemigo cuyo nombre es Memoria. Podía exhibir, como antaño, una expresión dulce y sonriente. Mas cuando su enemigo la visitaba, le faltaban las fuerzas. Solía arreglar juguetes y cubrir el suelo de pequeños vestidos, contemplarlos y hablarles, y sonreír en silencio. Pero esa sonrisa inevitablemente culminaba en un sollozo feroz e incontenible; entonces se golpeaba la cabeza contra el suelo, y formulaba a los dioses preguntas sin sentido.

Un día concibió un siniestro consuelo: el rito que la gente denomina *Toritsubanashi*, la evocación de los muertos. ¿No podría convocar al niño por un breve minuto? Perturbaría su pequeña alma, ¿pero acaso no soportaría él un dolor fugaz por causa de su madre? ¡Claro que sí!

[Para convocar a los muertos uno debe acudir a un sacerdote, budista o sintoísta, que conozca el rito de encantamiento. Y hay que presentarle la tablilla mortuoria, o *ihai*, al sacerdote.

Entonces se llevan a cabo ceremonias de purificación; se encienden velas y se quema incienso ante el *ihai* del muerto; se tributan ofrendas de flores o arroz. Pero, en este caso, el arroz no debe estar cocido.

Y cuando todo está dispuesto, el sacerdote, tomando en la mano izquierda un instrumento con forma de arco, y golpeándolo rápidamente con la mano derecha, clama el nombre del muerto, y repite las palabras: *Kitazo yo! Kitazo yo! Kitazo yo!*, que significa «¡He vuelto!»^[4]. y, mientras grita, el tono de su voz cambia gradualmente hasta transformarse en la voz de la persona invocada, pues el espíritu del muerto lo penetra.

Entonces el muerto responderá a las rápidas preguntas, pero gritando incesantemente: «¡Pronto, pronto! ¡Pues mi regreso es doloroso y no puedo quedarme mucho tiempo!». Concluidas las respuestas, el espíritu se retira, y el sacerdote cae de bruces, desvanecido.

Aunque no es conveniente invocar a los muertos, pues, al llamarlos, se empeora

su condición. Al regresar al submundo, deben ocupar un sitio más bajo que el que tenían.

Hoy, la ley veda estos ritos. Antes servían de consuelo; pero esa ley es bondadosa y justa, pues hay hombres ansiosos de burlarse del hálito divino que albergan los corazones humanos.]

Así sucedió que, una noche, O-Toyo se encontró en un templo a la vera de la ciudad, de rodillas ante el *ihai* de su niño, atenta al rito de encantamiento. Y de pronto, de los labios del sacerdote brotó una voz que ella creyó reconocer —una voz amada sobre todas las cosas—, aunque exánime y lánguida como el llanto del viento.

Y la lánguida voz le gritó:

—¡Pronto, madre, pronto! Larga y oscura es la senda, y no puedo demorarme.

Ella le preguntó con voz trémula:

—¿Por qué debo penar por mi hijo? ¿Cuál es la justicia de los dioses?

Y esto fue lo que le respondieron:

—Oh, madre, no me llores así. Morí sólo para que tú vivieras. Pues era un año de plagas y dolores, y me fue dado saber que ibas a morir; y mediante plegarias me fue concedido ocupar tu sitio^[5].

»Oh, madre, no me llores. Es impío llorar por los muertos. Su callada senda vadea el Río de las Lágrimas [*Namidako-Kawa*]; cuando lloran las madres, crece el caudal del río; las almas no pueden atravesarlo y deben errar de un lado a otro.

»Por tanto, te imploro que no me llores, oh madre mía. Sólo ofréndame, de vez en cuando, un poco de agua».

III

A partir de entonces, jamás se la vio llorar. Al igual que antes, cumplía, de modo furtivo y silencioso, con sus deberes de hija.

Transcurrió el tiempo, y su padre pensó en desposarla una vez más. Díjole a la madre:

—Si nuestra hija vuelve a dar a luz, favorecerá su felicidad y la nuestra.

Pero la madre, más sabia, respondió:

—Ella no es desdichada. Es imposible que vuelva a casarse. Se ha transformado en una niña, ignorante de la inquietud y del pecado.

Era cierto que O-Toyo había cesado de conocer el dolor. Había desarrollado una curiosa afición por los objetos minúsculos. Al principio, le había parecido grande la cama, acaso debido al vacío dejado por la pérdida de su hijo; luego, día a día, hubo otras cosas que le parecieron grandes en exceso: la casa, las habitaciones, la alcoba con sus enormes floreros, hasta los utensilios domésticos. Comía el arroz con palillos en miniatura, en escudillas muy pequeñas, como las que usan los niños.

Sus deseos al respecto eran satisfechos con vehemencia; además, era su única extravagancia. Los ancianos constantemente realizaban conciliábulos a causa de su hija. Al fin dijo el padre:

—Para nuestra hija sería doloroso convivir con extraños. Pero somos viejos, y acaso pronto la dejemos. Quizá podamos ponerla a recaudo haciéndola monja. Podríamos edificarle un pequeño templo.

Al día siguiente, la madre le preguntó a O-Toyo:

—¿No te gustaría ser monja y vivir en un templo muy, muy pequeño, con un altar pequeño, y pequeñas imágenes de los Buda? Siempre estaríamos cerca de ti. Si estás de acuerdo, solicitaremos a un sacerdote que te enseñe los sùtras.

O-Toyo asintió, y pidió que le hiciera un vestido de monja extremadamente pequeño.

—Todo puede ser pequeño —dijo la madre—, salvo el vestido de una buena monja, que debe usar un atuendo amplio. Tal como es la ley de Buda.

Así la persuadieron de que usara el mismo atuendo que las otras monjas.

IV

Le edificaron un pequeño *Andera*, o templo de monja, en un predio desierto donde antes se erguía un templo más grande, llamado *Amida-ji*. *El An-dera* también se llamó *Amida-ji* y fue consagrado a Amida-Nyorai y a otros Budas. Fue provisto con un minúsculo altar y con un mobiliario minúsculo. Había un pequeño ejemplar de los sùtras sobre un pequeño atril, y pequeños biombos y campanas y *kakemono*. O-Toyo vivió allí hasta mucho tiempo después de la muerte de sus padres. La gente la llamaba *Amida-ji no Bikuni*, «La Monja del Templo de Amida».

A poca distancia del portal se erguía una estatua de Jizo. Este Jizo era un Pizo especial, un protector de los niños enfermos. Siempre había ante él, depositadas en calidad de ofrenda, pequeñas tortas de arroz. Éstas evidenciaban que alguien oraba por un niño enfermo, y el número de tortas de arroz equivalía a la edad en años de ese niño. Era frecuente ver dos o tres tortas, más raro ver siete o diez. *La Amidaji no Bikuni* cuidaba la estatua, le tributaba incienso y flores que arrancaba del jardín; pues había un pequeño jardín detrás del *An-dera*.

Tras realizar la ronda matinal con el platillo para las limosnas, solía sentarse ante un pequeño telar para hilar tejidos demasiado pequeños para que alguien los usara. Pero había comerciantes que siempre se los compraban, pues conocían su historia; y le regalaban pequeñas copas, ínfimos floreros, curiosos árboles enanos para su jardín.

El mayor placer lo recibía de la compañía de los niños, que jamás le faltaba. La infancia japonesa suele transcurrir en los patios del templo; y muchas infancias felices transcurrieron en el patio del *Amidaji*. Todas las madres de ese barrio se complacían en llevar a sus niños para que jugasen, pero les advertían que no se rieran de la *Bikuni-San*.

—A veces tiene ciertas rarezas —solían decirles—, pero eso se debe a que tuvo un hijo que murió de pequeño, y su corazón de madre no pudo soportar el dolor. Por tanto, debéis ser buenos y respetuosos con ella.

Eran buenos, pero no eran respetuosos en un sentido reverencial. Eran demasiado sensibles para limitarse a eso. La llamaban siempre «Bikuni-San», y la saludaban con simpatía; pero, por lo demás, la trataban como a uno de sus iguales. Compartían sus juegos con ella, y ella les servía el té en tazas sumamente pequeñas, y les preparaba pilas de tortas de arroz menores que arvejas, y urdía en su telar vestidos de seda y algodón para las muñecas de las pequeñas. Era como una hermana de sangre.

Jugaban con ella todos los días, hasta que abandonaban los juegos y el templo de Amida para afrontar la amarga faena de la vida, y convertirse en padres o madres de niños a quienes enviaban a jugar en lugar de ellos. Éstos amaron a la *Bikuni-San* tal

como la habían amado sus padres. Y la *Bikuni-San* vivió para jugar con los hijos de los hijos de los hijos de quienes recordaban la construcción de su templo.

La gente se cuidaba de que ella no padeciera necesidades. Siempre le daban más de lo que quería. Esto le permitía ser casi tan generosa con los niños como hubiese deseado, y criar, otra extravagancia, animales minúsculos. Las aves anidaban en el templo y se alimentaban de su mano, y aprendieron a no pararse sobre las cabezas de los Budas.

Pocos días después de su funeral, una multitud de niños irrumpió en mi casa. Una pequeña de nueve años habló en nombre de todos ellos:

—Señor, venimos a pedir algo para la *Bikuni-San* que murió. Le han erigido una gran *hakaka* [lápida]. Es una *haka* bonita. Pero queremos ofrecerle también una *haka* muy, muy pequeña, porque cuando estaba con nosotros decía a menudo que le habría gustado una *haka* muy pequeña. Y el cantero nos prometió prepararla y hacerla muy bonita, si podemos llevarle dinero. Quizás usted pueda hacer una honorable contribución.

—Por cierto —dije yo—. Pero ahora no tendréis donde jugar.

La niña respondió con una sonrisa:

—Aún podemos jugar en el patio del templo de Amida. Ella está enterrada allí. Nos oirá jugar y será feliz.

[1] De *Kokoro*, Boston, 1896 (*N. del T.*) <<

[2] Semejante refrigerio, ofrendado al espíritu del ausente que uno ama, se llama *Kagézen*, literalmente, «bandeja de la sombra». La palabra *zen* también se emplea para designar la comida que se sirve en la bandeja lacada, que tiene pies, como una mesa en miniatura. De modo que la expresión «Banquete de la sombra» sería la traducción más adecuada de *Kagé-zen* (N. del A.) <<

[3] Porque el *obi* (guirnalda de colores brillantes) sólo puede ser usado por los niños
(*N. del A.*) <<

[4] De ahí el dicho de Izumo sobre alguien que anuncia su llegada reiteradamente: «Hablas como hablan los nigromantes», *Toritsubanashi no yona* (N. del A.) <<

[5] El vocablo religioso es *Migawari*, «sustituto». (N. del A.) <<

LA DONCELLA DEL ESPEJO^[1]

Durante el Shogunado de Ashikaga^[2], el altar de Ogawachi-Myojin, en Minami-Isé, medio se derrumbó; y el *daimyō* del distrito, el Señor Kitahataké, apremiado por la guerra y otras circunstancias, no pudo costear la reparación del edificio. El sacerdote sintoísta que estaba a cargo de él, Matsumura Hyogo, se procuró ayuda del gran *daimyō* Hosokawa, de Kyōto, cuya influencia en el Shogun era conocida. El Señor Hosokawa recibió al sacerdote con amabilidad, y prometió hablarle al Shogun con respecto a la ruina de Ogawachi-Myojin. De todos modos, le advirtió que sólo podrían obtenerse fondos para la restauración del templo después de la debida investigación y una considerable demora, y le aconsejó a Matsumura que permaneciera en la capital mientras se tramitaba la subvención. Matsumura, pues, trajo a su familia a Kyōto y alquiló una casa en el antiguo barrio de Kyogoku.

Esta casa, aunque espaciosa y elegante, había permanecido desocupada durante mucho tiempo. Decíase que era una casa de infortunio. En el sector noreste había una fuente, y algunos de los anteriores habitantes se habían ahogado en ella, sin que nadie supiera la causa. Pero Matsumura, como era sacerdote, no temía a los espíritus malignos; y no tardó en instalarse cómodamente en su nuevo hogar.

En el verano de ese año hubo una terrible sequía. Hacía meses que no llovía en las Cinco Provincias Domésticas; los cauces se secaron, se agotaron las fuentes, hasta en la capital escaseaba el agua. Pero la fuente del jardín de Matsumura permanecía rebosante, como si un arroyo la alimentara, con un agua fría y cristalina, de leves tintes azulados. En esa tórrida temporada mucha gente acudía de todas partes de la ciudad para rogar que le dieran agua; Matsumura les permitía llevar toda la que gustaran. La provisión de agua, sin embargo, no parecía menguar jamás.

Pero una mañana hallaron en la fuente el cadáver flotante de un sirviente de la vecindad, al que habían enviado en busca de agua. Al parecer, no había causa que justificara un suicidio; y Matsumura, recordando los ingratos rumores que aludían a la fuente, comenzó a sospechar una presencia malévola e invisible. Acudió a examinar la fuente, con la intención de rodearla con una cerca; mientras realizaba esa tarea, lo sorprendió una súbita agitación del agua, como si algo vivo palpitara en ella. Esa agitación cesó en el acto; entonces Matsumura vio, claramente reflejado en la tersa superficie, el rostro de una joven de unos diecinueve o veinte años de edad. Parecía estar maquillándose; con toda nitidez, él advirtió cómo se rozaba los labios con *béni*^[3]. Al principio el rostro sólo era visible de perfil, pero de inmediato se volvió hacia él con una sonrisa. Un extraño temblor estremeció el corazón del sacerdote, quien se vio abrumado por una somnolencia semejante a la que provoca el vino; le rodeó una tiniebla sólo interrumpida por ese rostro sonriente, pálido y hermoso como la luz de la luna, cuya belleza parecía crecer para arrastrarlo a esa

insondable oscuridad. Con un esfuerzo desesperado, Matsumura recobró la voluntad y cerró los ojos. Cuando volvió a abrirlos, el rostro ya no estaba y había vuelto la luz: el sacerdote se sorprendió echado sobre el borde de la fuente; un segundo más de somnolencia, un segundo más de esa presencia enceguecedora, y jamás habría vuelto a ver el sol.

Al regresar a la casa, ordenó a su gente que nadie se acercara a la fuente por ninguna circunstancia, y que a nadie le permitieran ir en busca de agua. Y al día siguiente, hizo erigir una empalizada alrededor de la fuente.

Una semana después de la construcción de la cerca una furiosa tormenta interrumpió la sequía; la zona se vio azotada por rayos, vendavales y truenos, truenos de tal magnitud que estremecían a toda la ciudad, como un terremoto. Durante tres días y tres noches arreciaron las lluvias, los relámpagos y los truenos; y el Kanogawa creció con desconocido furor, arrastrando numerosos puentes. En la tercera noche del temporal, a la Hora del Buey, golpes perentorios sacudieron la puerta de la casa del sacerdote, seguidos de la voz de una mujer que rogaba que la dejaran entrar. Pero Matsumura, alertado por su experiencia de la fuente, vedó a la servidumbre responder a la llamada. Él mismo acudió, preguntando:

—¿Quién llama?

Una voz femenina respondió:

—¡Perdón! Soy yo, Yayoi^[4]. Tengo algo que decir a Matsumura Sama... algo muy urgente. ¡Abridme, por favor!

Matsumura entreabrió la puerta con suma cautela, y vio el mismo rostro que le había sonreído desde la fuente. Pero ahora no sonreía: parecía muy contristado.

—No entrarás en mi casa —exclamó el sacerdote—. No eres un ser humano, sino una Criatura de la Fuente... ¿Por qué engañas y destruyes a la gente con tal perversidad?

La Criatura de la Fuente respondió con una voz tan melodiosa como el entrecuchar de *joyas (tama-wokoro-gasu-koé)*:

—Precisamente de eso vengo a hablar... Jamás quise dañar a los seres humanos. Desde hacía mucho tiempo un Dragón Ponzoso habitaba esa fuente. Era el Amo de la Fuente, y por su causa ésta siempre rebosaba. Hace mucho yo me caí al agua y de tal modo me transformé en su esclava; y él tenía el poder de atraer a la gente a la muerte, para así alimentarse con la sangre de las víctimas. Pero el Emperador Celestial ordenó que el Dragón morara, en adelante, en el lago llamado Torii-no-Iké, en la provincia de Shinshu, y los dioses han decidido que jamás pueda regresar a esta ciudad. Esta noche, pues, en cuanto él partió, yo pude salir y venir en busca de tu benévola ayuda. Como el Dragón se ha ido, hay en la fuente muy poca agua; si ordenas investigar, allí hallarás mi cadáver. Te ruego que lo rescates sin demora, y por cierto que recompensaré tu bondad...

Dijo estas palabras, y se esfumó en la sombra.

Antes del alba se disipó la tormenta; y cuando surgió el sol, ni una nube maculaba el límpido cielo azul. En las primeras horas de la mañana, Matsumura mandó buscar obreros para limpiar la fuente. Para asombro general, la fuente estaba casi vacía. La limpiaron sin dificultad, y en el fondo descubrieron ciertos adornos de estilo muy antiguo y un espejo de metal de forma muy curiosa, pero no había trazas de ningún cadáver, ni animal ni humano.

Matsumura supuso, empero, que el espejo acaso ofreciera alguna explicación del enigma; pues tales espejos siempre son objetos extraños, ya que tienen un alma propia, y esa alma es femenina. El espejo parecía muy viejo y estaba cubierto por una gruesa costra de arcilla. El sacerdote ordenó limpiarlo y descubrieron que se trataba de una obra artesanal muy rara y valiosa, en cuyo dorso había maravillosos diseños, además de diversos caracteres. Algunos de los caracteres se habían vuelto ilegibles, pero aún podía distinguirse parte de una fecha y unos ideogramas que significaban «el tercer mes, el tercer día». Ahora bien, el tercer mes solía denominarse Yayoi (o sea, el Mes del Incremento); y el tercer día del tercer mes, que es día de fiesta, aún se denomina Yayoi-nosekku. Matsumura recordó que la Criatura de la Fuente se había presentado como «Yayoi», y estuvo casi seguro de que este visitante espectral no era sino el Alma del Espejo.

Decidió, pues, tratar al espejo con todos los respetos debidos a un Espíritu. Tras ordenar que lo pulieran y cromaran cuidadosamente, hizo construir un cofre de madera para guardarlo, y un cuarto en la casa para albergarlo. En la noche del mismo día que lo depositaron en ese cuarto, la misma Yayoi compareció inesperadamente ante el sacerdote, que estaba a solas en su estudio. Parecía más adorable que antes, pero la luz que irradiaba su belleza era ahora tan tenue como la de la luna estival cuando brilla a través de nubes de blanca pureza. Tras saludar a Matsumura con humildad, dijo con su voz dulce y melodiosa:

—Ahora que me has arrebatado a la soledad y el dolor, vine a agradecértelo... Soy, tal como tú pensabas, el Espíritu del Espejo. Me trajeron aquí en época del Emperador Saimei, desde Kudara; y moré en la augusta residencia hasta el tiempo del Emperador Saga, en que fui augustamente ofrecido a la dama Kamo Naishinno de la Corte Imperial^[5]. Más tarde me transformé en objeto hereditario de la Casa de Fujiwara, y eso duró hasta el periodo de Hogen, en que fui arrojado a la fuente. Allí me dejaron y me olvidaron durante los años de la gran guerra^[6]. El Amo de la Fuente^[7] era un Dragón venenoso que habitaba un lago que anteriormente cubría gran parte de este distrito. Cuando el gobierno ordenó rellenar el lago para que pudieran edificarse casas en el lugar que aquél ocupaba, el Dragón se apoderó de la fuente; y al caer en ella quedé sujeta a su poder, y me obligó a arrastrar a muchos a la

muerte. Pero los dioses lo han exiliado para siempre... Ahora debo pedirte un nuevo favor: te imploro que me hagas llegar hasta el Shogun, el señor Yoshimasa, quien por ascendencia está ligado a mis anteriores propietarios. Ofréceme esta última gentileza, y te traerá buena suerte... Aunque también debo advertirte un peligro. En esta casa, después de mañana, no conviene que permanezcas, pues será destruida...

Y con tal advertencia, Yayoi desapareció.

Matsumura prestó oídos a esa premonición. Al día siguiente hizo mudar a su gente y sus pertenencias a otro distrito; casi enseguida se levantó otra tormenta, aún más violenta que la anterior, y ésta provocó una inundación que arrastró la casa que él había habitado.

Poco después, por mediación del Señor Hosokawa, Matsumura logró obtener una audiencia con el Shogun Yoshimasa, a quien le presentó el espejo, adjuntándole por escrito su maravillosa historia. Entonces se cumplió la predicción del Espíritu del Espejo, pues el Shogun, harto complacido por este extraño regalo, no sólo le ofreció a Matsumura valiosos presentes, sino que le otorgó una generosa subvención para la reconstrucción del Templo de Ogawachi-Myojin.

[1] De *The Romance of the Milky Way and Other Studies and Stories* (N. del T.) <<

[2] *Shogun* significa, literalmente, «Generalísimo vencedor de los bárbaros». A fines del siglo XII, Yoritomo Minamoto se impuso al resto de los señores feudales, se hizo amo del país y se investió de este título, que pasó a ser familiarmente hereditario e hizo del Emperador una figura políticamente decorativa. Tal situación se prolongó hasta la era Meiji (*N. del T.*) <<

[3] Especie de *rouge* (*N. del A.*) <<

[4] Este nombre, aunque infrecuente, aún suele usarse (*N. del A.*) <<

[5] El Emperador Saimei reinó de 655 a 662 (d. C.); el Emperador Saga, de 810 a 842. Kudara era un antiguo reino de Corea sudoccidental, mencionado con frecuencia en la historia japonesa temprana. Una Naishinno tenía sangre imperial. En la antigua jerarquía de la corte había veinticinco rangos o grados de damas nobles; la Naishinno se situaba en el séptimo, por orden de importancia (*N. del A.*) <<

[6] Durante siglos, las esposas de los emperadores y las damas de la Corte Imperial fueron escogidas en el clan Fujiwara. El periodo llamado Hogen duró de 1156 a 1159: la guerra aludida es la famosa guerra entre los clanes de Taira y Minamoto (*N. del A.*)

<<

[7] Según antiguas creencias, todo lago o arroyo tenía un guardián invisible que a veces cobraba, según se suponía, forma de serpiente o dragón. El espíritu de un lago o un estanque era comúnmente denominado *Iké-no-Mushi*, el Amo del Lago. Aquí hallamos el título de «Amo» conferido a un dragón que habita en una fuente, pero el guardián de las fuentes es, en realidad, el dios Suyin (*N. del A.*) <<

LA HISTORIA DE KOGI EL SACERDOTE^[1]

Hace casi diez siglos, en el famoso templo Miidera, de Otsu^[2], vivía un docto sacerdote llamado Kogi. Era un gran artista. Pintaba, con casi idéntica maestría, Budas, hermosos paisajes, animales o pájaros; pero lo que más le gustaba era pintar peces. Cuando el buen tiempo y sus deberes religiosos se lo permitían, solía llegarse hasta el Lago Biwa y pagarles a los pescadores para que atraparan peces sin causarles el menor daño, de modo que pudiera pintarlos mientras ellos nadaban en una enorme pecera. Luego de pintarlos y alimentarlos con afecto, les devolvía la libertad; él mismo se encargaba de llevarlos al lago. Sus pinturas de peces lograron tanta fama que la gente recorría grandes distancias para contemplarlas. Pero la más maravillosa de ellas no fue copiada de la vida, sino del recuerdo de un sueño. Pues una vez que estaba en la ribera del lago y contemplaba los peces que nadaban, Kogi se había dormido y soñó que jugaba con ellos debajo del agua. Al despertar, evocó el sueño con tal nitidez que pudo pintarlo; y llamó a esta pintura, que colgó en la alcoba de su cuarto en el templo, «Carpa del sueño».

Jamás pudieron persuadir a Kogi de que vendiera sus pinturas de peces. Sin dificultad se desprendía de sus paisajes, sus pájaros o sus flores, pero alegaba que no estaba dispuesto a vender sus cuadros de peces vivientes a nadie que tuviera la crueldad de matarlos o comerlos. Y como todas las personas que querían comprarle los cuadros se alimentaban con pescado, el dinero que le ofrecían no bastaba para tentar al sacerdote.

Un verano, Kogi cayó enfermo, y a la semana perdió la facultad del habla y el movimiento, de modo que parecía muerto. Pero, cumplida la ceremonia fúnebre, sus discípulos advirtieron que el cuerpo aún irradiaba un poco de calor, y decidieron postergar la sepultura y vigilar el aparente cadáver. En la tarde de ese día, Kogi súbitamente revivió e interrogó a los centinelas, preguntándoles:

—¿Cuánto hace que permanezco sin conocimiento?

—Más de tres días —respondió un acólito—. Pensamos que habías muerto; y esta mañana tus amigos y feligreses se congregaron en el templo para la ceremonia fúnebre, pero, como advertimos que tu cuerpo no estaba del todo frío, aplazamos el entierro, de lo cual mucho nos regocijamos.

Kogi hizo un gesto aprobatorio, y dijo:

—Deseo que alguno de vosotros vaya inmediatamente a la casa de Taira no Suké, donde los jóvenes celebran un banquete en este mismo momento, con pescado y con vino, y que le diga: «Nuestro maestro ha revivido y os implora que tengáis la bondad de dejar vuestra fiesta y comparecer ante él de inmediato, pues tiene una maravillosa historia que contaros.

»Entretanto —continuó Kogi—, observad lo que hacen Suké y sus hermanos.

Comprobad si, tal como digo, celebran un banquete».

Entonces un acólito partió de inmediato a la casa de Taira no Suké, y descubrió con asombro que Suké y su hermano Juro, con el sirviente de ambos, Kamori, celebraban un banquete, tal como Kogi había dicho. Pero, al recibir el mensaje, los tres dejaron en el acto el pescado y el vino, y se dirigieron al templo. Kogi, echado sobre el sillón al que lo habían trasladado, los recibió con una sonrisa de bienvenida; y, tras el intercambio de amables saludos, le dijo a Suké:

—Ahora, amigo mío, respóndeme por favor a algunas preguntas que quiero formularte. Ante todo, te ruego que me digas si hoy le compraste un pescado al pescador Bunshi.

—Pues sí, en efecto —respondió Suké—, ¿pero cómo lo supiste?

—Aguarda un momento —dijo el sacerdote—. Ese pescador hoy entró en tu casa, con un pescado de tres pies de largo en su cesta: fue a primeras horas de la tarde, poco después de que tú y Juro comenzarais una partida de *go*; y Kamori estaba observando la partida y comiendo un durazno, ¿no es verdad?

—Es verdad —exclamaron al unísono Suké y Kamori, con creciente asombro.

—Y cuando Kamori vio ese enorme pescado —prosiguió Kogi—, en el acto quiso comprarlo; y, además de pagar por el precio del pescado, le dio a Bunshi algunos duraznos, en una fuente, y tres copas de vino. Entonces llamaron al cocinero, que vino y contempló el pescado con admiración; y luego, a una orden vuestra, lo cortó en rodajas y lo preparó para el banquete... ¿No fue todo tal como he dicho?

—Sí —respondió Suké—, pero mucho nos sorprende que sepas todo lo que hoy ocurrió en nuestra casa. Por favor, dinos cómo lo supiste.

—Vamos, pues, a mi historia —dijo el sacerdote—. Sabéis que casi todos me creyeron muerto; vosotros mismos concurrísteis a mi ceremonia fúnebre. Pero yo no creo que hace tres días estuviera gravemente enfermo: sólo recuerdo que sentía cierta debilidad y mucho calor, y que deseaba salir a tomar aire fresco. Y creí levantarme de la cama, con gran esfuerzo, y salir con ayuda de un bastón... Acaso esto haya sido imaginación mía, más pronto juzgaréis la verdad por vosotros mismos: os referiré todo tal como pareció suceder... Apenas salí de la casa, esa atmósfera rutilante me infundió cierta ligereza, me sentí como un ave que abandona el nido o la jaula que lo apresaba. Di vueltas hasta llegar al lago, y el agua se veía tan hermosa y azul que sentí grandes deseos de nadar. Me quité las ropas, me zambullí, y me puse a nadar, sorprendiéndome de que lo hiciera con tal destreza y rapidez, pues antes de enfermar fui siempre mal nadador... Acaso pensáis que sólo os relato un sueño sin importancia, pero escuchad. Siempre intrigado por esta habilidad nueva para mí, vi muchos peces que nadaban debajo y alrededor de mí, y reflexioné que, por buen nadador que sea un hombre, jamás gozará bajo el agua como los peces. En ese preciso instante, un pez enorme asomó la cabeza sobre la superficie, justo frente a mí,

y me habló con voz de hombre, diciendo:

»—No es difícil satisfacer tu deseo. Aguarda un momento, te lo ruego.

»El pez se sumergió y desapareció de mi vista; aguardé. Pocos minutos después, emergió del fondo del lago un hombre que montaba a lomos de ese mismo pez que me había hablado, y que lucía el tocado y las ropas ceremoniales de un príncipe; y el hombre me dijo:

»—Vengo a ti con un mensaje del Rey-Dragón, quien sabe de tu deseo de gozar por un tiempo breve de la condición de pez. Y como has salvado la vida de muchos peces, y siempre has demostrado compasión hacia las criaturas vivientes, el Dios te confiere el atuendo de la Carpa Dorada, para que puedas disfrutar de los placeres del Mundo del Agua. Mas debes guardarte de no comer peces, ni comida alguna preparada con peces, por mucho que te tienta su aroma; y también debes cuidarte de no caer en manos de los pescadores ni de infligir ningún daño a tu cuerpo.

»Con estas palabras, el mensajero y su pez se zambulleron y desapareciendo en las aguas profundas. Me miré a mí mismo, y advertí que todo mi cuerpo estaba cubierto de escamas que relucían como el oro, y que tenía aletas... advertí que, en efecto, me habían transformado en una Carpa Dorada. Entonces supe que podía nadar adonde quisiera.

»Luego creí alejarme a nado y visitar muchos sitios hermosos. [Aquí, en el relato original, se intercalan algunos versos que describen las Ocho Famosas Atracciones del Lago de Omi, *Omi-Hakkei*.] A veces, me bastaba contemplar los destellos del sol que danzaban sobre el agua azul, o admirar el hermoso reflejo de árboles y colinas en las tersas superficies resguardadas del viento, para sentir delectación... Recuerdo especialmente la costa de una isla (Okitsushima o Chikubushima) que se reflejaba en el agua como un muro rojo... A veces me acercaba tanto a la costa que veía los rostros y oía las voces de los caminantes; a veces me dormía en el agua hasta que me sorprendía el rumor de unos remos que se acercaban. Por la noche, la luna iluminaba plácidos paisajes, aunque más de una vez me atemorizó la proximidad de las antorchas de los botes pequeños de Katasé. Cuando empeoraba el tiempo, iba muy, muy hondo (hasta mil pies de profundidad) y jugaba en el fondo del lago. Pero, a los dos o tres días de este gozoso vagabundeo, empecé a sentir hambre, y regresé hacia estos parajes con la esperanza de hallar algún alimento. En ese preciso instante estaba pescando el pescador Bunshi, y yo me acerqué al anzuelo que éste había arrojado al agua. Había en él una preparación de pescado que despedía un aroma agradable. En ese momento recordé la advertencia del Rey-Dragón y me alejé a nado, diciéndome “Por ninguna circunstancia he de comer nada que contenga pescado; soy un discípulo del Buda”. Poco después, empero, mi hambre se volvió tan intensa que no pude resistir la tentación; y nadé hacia el anzuelo, pensando: “Aun si Bunshi me atrapara, no me haría daño, pues es un viejo amigo mío”. No pude arrancar la carnada del

anzuelo, y ese aroma entrañable me impacientó; al fin lo engullí todo de un trago. En cuanto lo hice, Bunshi tiró del sedal y me atrapó. Le grité:

»—¿Qué haces? ¡Me lastimas!

»Pero él no pareció oírme, y de inmediato maniató mis mandíbulas con una cuerda. Luego me arrojó a su cesta y me llevó a vuestra casa. Cuando abrieron la cesta, vi que tú y Juro jugabais al go en la habitación que da al sur, y que Kamori te observaba, comiendo un durazno. Entonces todos os acercasteis a la galería para contemplarme, y os regocijasteis al ver un pez tan enorme. Clamé, tan alto como pude:

»—¡No soy un pez! ¡Soy Kogi! ¡Kogi el sacerdote! ¡Dejadme volver al templo, por favor!

»Pero todos daban palmadas de satisfacción, y no prestaban atención a mis palabras. Entonces vuestro cocinero me llevó a la cocina y me arrojó con violencia sobre una tabla, donde había un cuchillo de formidable filo. Me aferró con la mano izquierda, y con la derecha tomó el cuchillo. Yo le grité:

»—¡Cómo puedes matarme con tal crueldad! ¡Soy un discípulo del Buda! ¡Auxilio, auxilio!

»Pero en ese instante sentí que el cuchillo me laceraba... ¡un dolor atroz! Y entonces desperté, súbitamente, y me encontré aquí, en el templo.

Cuando el sacerdote completó su relato, los hermanos manifestaron gran asombro; díjole Suké:

—Ahora recuerdo que advertí que las mandíbulas del pez se movían constantemente mientras lo mirábamos: pero no escuché ninguna voz... Enviaré un sirviente a la casa para que arroje al lago los restos de ese pez.

Kogi no tardó en recobrase de su enfermedad, y vivió para pintar muchos cuadros. Cuéntase que, mucho después de su muerte, algunos de sus cuadros de peces cayeron accidentalmente al lago y que las imágenes, desprendiéndose en el acto de la seda o el papel donde estaban pintadas, se alejaron a nado.

[1] De la colección de relatos titulada *Ugetsu Monogatari* (N. del A.). En *A Japanese Miscellany* (N. del T.) <<

[2] La ciudad de Otsu se yergue a orillas del gran Lago de Omi, habitualmente conocido como Lago Biwa, y el Templo de Miidera está situado en un monte que se alza junto al lago. Miidera fue fundado en el siglo VII, pero ha sido reconstruido varias veces: la estructura actual data de fines del siglo XVII (*N. del A.*) <<

LA HISTORIA DE KWASHIN KOJI^[1]

En el período de Tensho^[2], vivía en uno de los distritos del norte de Kyōto un anciano a quien la gente llamaba Kwashin Koji. Lucía una larga barba blanca, y siempre vestía como un sacerdote sintoísta; pero se ganaba la vida exhibiendo pinturas budistas y predicando la doctrina budista. Solía ir, cada vez que el tiempo era propicio, a los jardines del templo Gion, y colgaba de algún árbol un amplio *kakémono* en el que figuraban los suplicios de los diversos infiernos. Este *kakémono* estaba pintado con tal exactitud que todo lo que representaba parecía real; y el anciano solía dirigirse a cuantos se congregaban para contemplarlo, y explicarles la Ley de la Causa y el Efecto, señalando con una vara búdica (*nyoi*), que siempre llevaba consigo, cada detalle de los diferentes tormentos, exhortándolos a seguir las enseñanzas del Buda. Grupos multitudinarios se congregaban para ver el cuadro y escuchar las prédicas del anciano; y a veces, la estera que éste tendía en el suelo para recibir las contribuciones quedaba oculta por un cúmulo de monedas.

Oda Nobunaga era a la sazón gobernador de Kyōto y de las provincias vecinas. Uno de sus servidores, Arakawa, estando de visita en el templo de Gion, vio la pintura allí expuesta y luego procedió a comentarla en palacio. La descripción de Arakawa despertó el interés de Nobunaga, quien dio orden de que Kwashin Koji se presentara en el acto con su pintura.

Cuando Nobunaga vio el *kakémono* no pudo ocultar su asombro ante la vivacidad de la obra: los demonios y los espíritus atormentados parecían palpar ante sus ojos, sus aullidos parecían audibles, y la sangre allí representada parecía fluir con tal fuerza que Nobunaga no pudo evitar rozar la tela con el dedo para comprobar si no estaba mojada. Pero el dedo no se manchó, pues el papel estaba perfectamente seco. Cada vez más atónito, Nobunaga preguntó quién había ejecutado ese cuadro maravilloso. Kwashin Koji respondió que era obra del famoso Oguri Sotan^[3], quien la había pintado tras realizar durante cien días un cotidiano rito de purificación, practicar severas austeridades, y rogar fervorosamente al divino Kwannon del Templo Kiyomidzu que lo inspirara.

Al advertir la codicia que el *kakémono* despertaba en Nobunaga, Arakawa le preguntó a Kwashin Koji si estaba dispuesto a «ofrecérsela» al Señor en calidad de presente. Pero el anciano respondió con audacia:

—Esta pintura es el único objeto de valor que poseo, y mostrándosela a la gente puedo hacer un poco de dinero. Si se la regalara al Señor, me privaría de mi único medio de manutención. Sin embargo, si el Señor ansía poseerla, págume por ella la suma de cien ryo de oro. Con esa suma, podría iniciar algún negocio fructífero. De lo contrario, me veré obligado a conservar la pintura.

Nobunaga no pareció satisfecho con tal respuesta; guardó silencio. Arakawa,

entonces, susurró algo al oído del Señor, que hizo un gesto aprobatorio; y Kwashin Koji fue despedido con un pequeño presente en dinero.

Mas cuando el anciano abandonó el palacio, Arakawa lo siguió en secreto, dispuesto a adueñarse del cuadro por medios deshonestos. Su oportunidad no tardó en presentarse, pues Kwashin Koji tomó un camino que conducía directamente a las colinas de las afueras. Al llegar a un paraje solitario al pie de las colinas, en que el camino viraba con brusquedad, fue sorprendido por Arakawa, que le dijo:

—¿Cómo te atreviste a pedir cien *ryo* de oro por ese cuadro? En lugar de cien *ryo* de oro, ahora te daré una pieza de acero de tres pies de largo.

Arakawa desenvainó la espada, mató al anciano y se llevó el cuadro.

Al día siguiente, Arakawa le entregó el *kakémono* —aún cubierto por la envoltura que le había hecho Kwashin Koji antes de salir del palacio— a Oda Nobunaga, quien ordenó que lo colgasen ante él. Pero, una vez expuesto el cuadro, tanto Nobunaga como su servidor quedaron atónitos al descubrir que no había pintura alguna... sólo una superficie desierta. Arakawa fue incapaz de explicar cómo había desaparecido la pintura original; y como era culpable —mediante su voluntad o sin ella— de haber engañado a su amo, se decidió castigarlo. De modo que fue condenado a un prolongado período de cárcel.

No bien hubo cumplido su condena, Arakawa se enteró de que Kwashin Koji exhibía el famoso cuadro en los jardines del Templo Kitano. Arakawa no podía dar crédito a sus oídos, pero tal información le infundió la vaga esperanza de apoderarse de un modo u otro del *kakémono*, y de tal forma redimir su falta. Por tanto, reunió en el acto a algunos de sus secuaces y se encaminó al templo; pero en cuanto llegó, le dijeron que Kwashin Koji se había ido.

Varios días más tarde, informáronle a Arakawa que Kwashin Koji exhibía el cuadro en el Templo Kiyomidzu, mientras predicaba ante la multitud. Arakawa se apresuró a ir a Kiyomidzu, pero sólo llegó para ver que la multitud se dispersaba, pues que Kwashin Koji había desaparecido una vez más.

Al fin sucedió que, un día, Arakawa, de modo imprevisto, vio a Kwashin Koji en una taberna, y lo capturó de inmediato. El anciano se rió de buena gana al verse apresado, diciendo:

—Iré contigo, pero por favor espera a que beba un poco de vino.

Arakawa no opuso objeciones a este pedido; y Kwashin entonces bebió, para asombro de los presentes, doce tazones de vino. Sólo al beber el último se declaró satisfecho; Arakawa ordenó que lo sujetaran con una cuerda y lo condujeran a la residencia de Nobunaga.

En el patio del palacio, Kwashin Koji fue examinado sin demora por el Primer Oficial y recibió una severa reprimenda. El Primer Oficial le dijo al fin:

—Es evidente que has engañado a la gente mediante prácticas mágicas; basta esa

ofensa para acarrearle duros castigos. Sin embargo, si con todo respeto le ofreces ese cuadro al Señor Nobunaga, pasaremos por alto tu culpa esta vez. De lo contrario, recibirás un castigo sin atenuantes.

Ante tal amenaza, Kwashin Koji se rió con estrépito y exclamó:

—No soy yo el culpable de haber engañado a la gente —y añadió, volviéndose hacia Arakawa—. ¡Eres tú quien lo ha hecho! Quisiste halagar al Señor dándole el cuadro, e intentaste matarme para apoderarte de él. Si existe el delito, eso es un delito, sin duda alguna. La suerte decidió que no hayas podido matarme, pero si lo hubieses logrado, como era tu deseo, ¿qué habrías alegado como excusa? De todos modos, robaste el cuadro. Lo que tengo yo es sólo una copia. Y después de robar el cuadro, preferiste no dárselo al Señor Nobunaga y elaboraste un plan para conservarlo. De modo que le ofreciste al Señor Nobunaga un *kakémono* en blanco; y, para ocultar tu acto y tu propósito secreto, simulaste que yo te había engañado reemplazando el *kakémono* auténtico por el que estaba en blanco. Yo ignoro dónde está el verdadero cuadro. Es probable que tú lo sepas.

Tales palabras enardecieron a Arakawa, que se abalanzó hacia el prisionero, y lo habría matado a no ser por la mediación de los guardias. Este súbito paroxismo indujo al Primer Oficial a sospechar que Arakawa no era en absoluto inocente. Ordenó encarcelar a Kwashin Koji mientras tanto, y luego procedió a interrogar escrupulosamente a Arakawa. Arakawa, por naturaleza, hablaba con dificultad; y en esta ocasión estaba tan alterado que apenas podía pronunciar las palabras; tartamudeó y se contradijo, y delató todas las señales de la culpa. El Primer Oficial ordenó que apalearan a Arakawa hasta que éste confesara la verdad. Pero aun simular tal confesión se le hacía difícil a Arakawa, de modo que lo golpearon con un bambú hasta que los sentidos lo abandonaron y yació como muerto.

En la prisión, Kwashin Koji se enteró de lo sucedido a Arakawa, y se echó a reír. Pero luego le dijo al carcelero:

—¡Escucha! El tal Arakawa se comportó como un bribón, sin duda, y con toda intención quise que sufriera ese castigo para corregir sus malignas inclinaciones. Pero ahora dile al Primer Oficial, por favor, que Arakawa debe ignorar la verdad, y que yo puedo explicarlo todo en forma satisfactoria.

Entonces Kwashin Koji fue conducido una vez más ante el Primer Oficial, a quien hizo la siguiente declaración:

—En toda pintura de auténtico genio habita un espíritu, y dicha pintura, al disponer de voluntad propia, puede rehusar apartarse de la persona que le dio vida, o aun de su verdadero dueño. Hay muchas historias que prueban que los cuadros realmente excelsos tienen un alma. Se sabe que ciertos gorrones que Hogen Yenshin pintó sobre un biombo [*fusuma*], una vez se alejaron volando, dejando libres los espacios que ocuparon sobre esa superficie. También se sabe que un caballo, pintado

en un *kakémono*, solía salir de noche a pastar. Ahora bien, creo que en presente caso, en tanto que el Señor Nobunaga jamás fue el verdadero dueño de mi *kakémono*, la pintura voluntariamente se desvaneció del papel en cuanto éste fue expuesto en su presencia. Pero si me dais el precio que yo exigí al principio, cien *ryo* de oro, pienso que la pintura reaparecerá, por voluntad propia, sobre ese papel que está en blanco. En todo caso, intentémoslo. No hay nada que arriesgar, pues, si la pintura no reaparece, devolveré el dinero en el acto.

Tan extrañas afirmaciones indujeron a Nobunaga a ordenar que se pagaran los cien *ryo*. El *kakémono* fue desplazado en su presencia y, para asombro de los concurrentes, la pintura reapareció con todos sus detalles. Pero los colores parecían haberse desleído, y las imágenes de almas y demonios no tenían la misma vitalidad. Al percibir la diferencia, el Señor le pidió a Kwashin Koji que explicara la causa; Kwashin Koji replicó:

—El valor de la pintura que visteis al principio era el valor de una pintura que no tenía precio. Pero el valor de la pintura que veis ahora representa exactamente lo que habéis pagado por ella: cien *ryo* de oro. No podía ser de otra forma.

Ante tal respuesta, todos los presentes comprendieron que era hartos más que inútil presentar más objeciones al anciano. Éste recobró la libertad de inmediato; Arakawa también fue liberado, pues había expiado su culpa con creces con el castigo que padeciera.

Ahora bien, Arakawa tenía un hermano menor llamado Buichi, también al servicio de Nobunaga. Buichi estaba exasperado a causa del castigo y la prisión de Arakawa, y decidió matar a Kwashin Koji. Kwashin Koji, apenas se vio en libertad, se dirigió a una taberna y pidió vino. Buichi lo siguió hasta la taberna, lo atravesó con la espada y lo decapitó. Luego tomó los cien *ryo* que le habían pagado al anciano, envolvió con un trapo la cabeza y el oro, y se apresuró a mostrárselos a Arakawa. Pero al quitar el trapo, sólo halló una jarra de vino en lugar de la cabeza y un montón de mugre en lugar de oro. Ambos hermanos quedaron aún más estupefactos al enterarse de que el cadáver decapitado había desaparecido de la taberna, sin que nadie supiera cómo o cuándo.

Sólo al mes hubo noticias de Kwashin Koji, cuando alguien descubrió, en el pórtico del palacio del Señor Nobunaga, a un borracho que roncaba con tal estrépito que cada ronquido retumbaba como el estruendo de un trueno distante. Un guardia comprobó que el borracho era Kwashin Koji. Por esa insolencia, el anciano fue arrastrado a una celda. Mas no se despertó; y siguió durmiendo en prisión, durante diez días y diez noches, ininterrumpidamente, y desde muy lejos se oían sus estentóreos ronquidos.

En ese entonces murió el Señor Nobunaga, víctima de la traición de uno de sus capitanes, Akéchi Mitsuhide, quien usurpó el poder de inmediato. Aunque el

gobierno de Mitsuhide no resistió más de doce días.

El caso es que cuando Mitsuhide se adueñó de Kyōto, llegó a sus oídos la historia de Kwashin Koji, y ordenó que el prisionero fuera traído a su presencia. Kwashin Koji, en efecto, compareció ante el nuevo Señor; pero Mitsuhide le habló afablemente, lo trató como a un huésped y ordenó que le sirvieran una buena cena. En cuanto el anciano dejó de comer, Mitsuhide le dijo:

—Supe que eres muy aficionado al vino. ¿Cuánto vino puedes beber de una sola sentada?

—En verdad no lo sé —respondió Kwashin Koji—; dejo de beber cuando siento que el sopor está por vencerme.

Entonces el Señor hizo traer una gran copa de vino^[4] para Kwashin Koji, y ordenó a un sirviente que la llenara tantas veces como lo deseara el anciano. Y Kwashin Koji vació la copa diez veces consecutivas, y pidió más; pero el sirviente declaró que en el recipiente no quedaba más vino. Tal proeza asombró a todos los presentes. Y el Señor preguntó a Kwashin Koji:

—¿Aún no estáis satisfecho, Señor?

—En fin, sí —respondió Kwashin Koji—, puede decirse que lo estoy. Y ahora, para agradeceros vuestra augusta bondad, haré una pequeña exhibición de mi arte. Tened la deferencia, pues, de observar ese biombo.

Señaló un biombo de ocho hojas en el que estaban pintadas las Ocho Hermosas Vistas del Lago de Omi (*Omi-Hakkei*); y todos observaron el biombo. En uno de los paisajes, el artista había representado un hombre que remaba a lo lejos, cuyo bote no ocupaba, en la superficie del biombo, más de una pulgada de largo. Kwashin Koji agitó la mano en dirección al bote; y todos vieron como el bote giraba súbitamente y comenzaba a avanzar hacia el primer plano de la pintura. A medida que se acercaba, aumentaba de tamaño, y los rasgos del botero no tardaron en ser claramente discernibles. El bote —cada vez más grande— se aproximó aún más, hasta que pareció estar a muy corta distancia. E, inesperadamente, el agua del lago pareció desbordar de la pintura a la habitación; ésta se inundó, y los espectadores se apresuraron a recoger sus mantos, pues el agua les llegaba hasta las rodillas. En ese mismo instante, el bote pareció deslizarse fuera del biombo; era un auténtico bote de pesca, y se escuchaba el crujido de su único remo. El nivel del agua continuó su ascenso, hasta que cubrió la cintura de los espectadores. Entonces el bote se acercó a Kwashin Koji, y Kwashin Koji subió a bordo; la embarcación viró, y comenzó a alejarse suavemente. A medida que se alejaba el bote, descendía el nivel del agua, que parecía regresar al biombo. En cuanto el bote dejó el primer plano de la pintura, la habitación volvió a secarse. Mas la embarcación aún parecía bogar en el agua pintada, alejándose cada vez más y tornándose cada vez más pequeña, hasta que se redujo a un punto en el horizonte. Entonces desapareció por completo, y con ella

desapareció Kwashin Koji. Jamás volvió a vérselo en Japón.

[1] Incluida en el curioso y viejo libro *Yaso-Kidan* (N. del A.). De *A Japanese Miscellany* (N. del T.) <<

[2] El periodo de Tensho duró de 1573 a 1592 (d. C.). La muerte del gran capitán Oda Nobunaga, presente en esta historia, ocurrió en 1582 (*N. del A.*) <<

[3] Oguri Sotan fue un gran artista religioso que floreció a principios del siglo xv. En los últimos años de su vida se hizo sacerdote budista (*N. del A.*) <<

[4] El término «tazón» sería más preciso para indicar el tipo de recipientes que alude el cuentista. Algunas de estas copas, utilizadas en las celebraciones, eran muy amplias: bacías lacadas, de escasa profundidad, cuya capacidad podía exceder el litro. Vaciar de un solo trago una de las más grandes, no era juzgado una hazaña menor. (*N. del A.*) <<